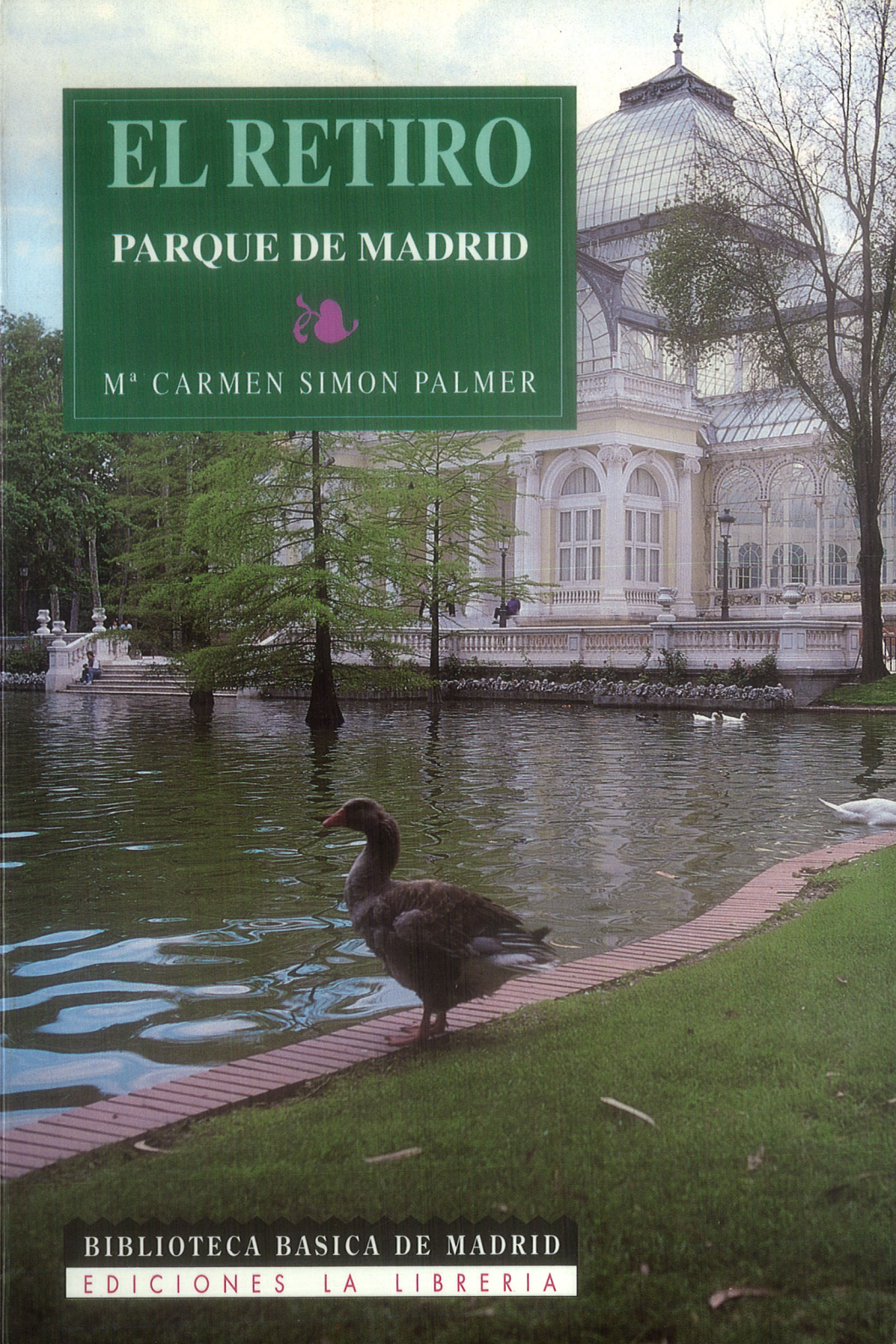
EL RETIRO

PARQUE DE MADRID

Mª CARMEN SIMON PALMER



BIBLIOTECA BASICA DE MADRID
EDICIONES LA LIBRERIA

María del Carmen Simón Palmer es doctora en Filosofía y Letras por la Universidad Complutense de Madrid; miembro del Instituto de Estudios Madrileños e investigadora del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Autora de numerosos libros, destacan referidos a Madrid: «La Enseñanza Privada seglar en Madrid (1820-1868)» y «El Gas y los madrileños (1832-1936)».

EL RETIRO. PARQUE DE MADRID

MARIA DEL CARMEN SIMÓN PALMER

EL RETIRO. PARQUE DE MADRID

BIBLIOTECA BASICA DE MADRID
EDICIONES LA LIBRERIA

© María del Carmen Simón Palmer
© Ediciones La Librería
Santiago, 12
28013 Madrid
Telf.: 541 71 70

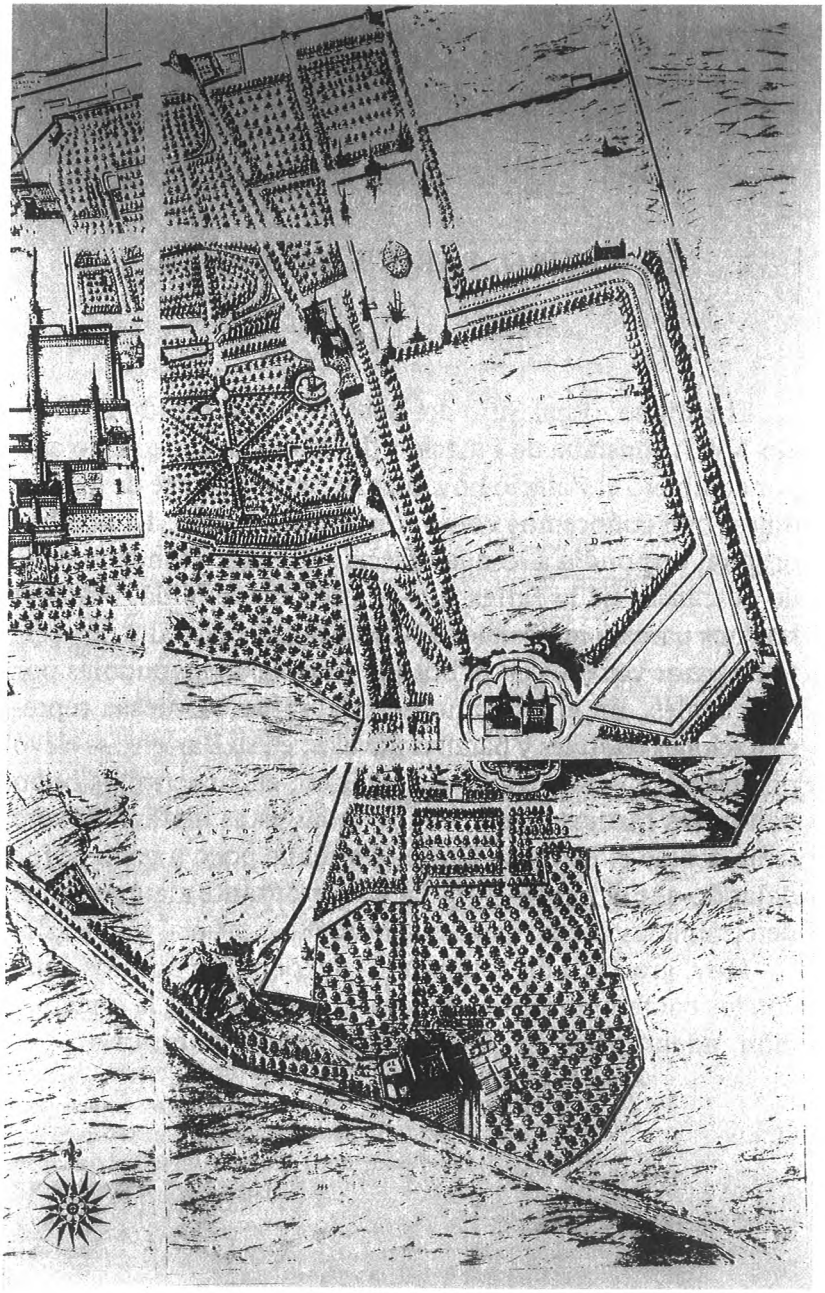
Diseño colección y cubierta: Juan Manuel Domínguez

I.S.B.N.: 84-87290-17-5
Depósito legal: M. 10.964-1991
Fotocomposición: Peña, S. L.
Impreso en España
por Gráficas Rogar, S. A. Fuenlabrada (Madrid)
Las ilustraciones de las páginas 12, 17, 23, 27, 43, 60, 65, 77, 81, 87, 91 y 95 han sido cedidas por el Museo Municipal, a quien EDICIONES LA LIBRERIA agradece su atención.
Los planos de las páginas 104, 114 y 124 han sido elaborados por Purificación Portero Azorín.
El resto de las ilustraciones son propiedad del archivo de EDICIONES LA LIBRERIA.

EL RETIRO, PARQUE DE MADRID

El antiguo «Real Sitio del Buen Retiro», creado en el siglo XVII, constaba de Palacio y Jardines. Desaparecido casi por completo el Palacio hoy quedan tan solo parte de los jardines, que conocemos como Parque del Retiro. El nombre original respondía a lo que ofrecía, un lugar frondoso donde descansar de la fatiga que ocasionaba la Villa. Aunque hoy nos parezca imposible sus dimensiones eran tales que permitía cazar venados en su bosque y navegar en góndolas por sus canales. En el Estanque se celebraron fastuosas representaciones teatrales y batallas navales; en su Parterre se elevó por primera vez un globo aerostático; en sus ermitas hubo banquetes fastuosos, etc. etc. A todas estas maravillas sólo tenía acceso el Rey y su Corte, y aunque poco a poco se fue dejando que el pueblo pudiera visitar durante algunas horas determinadas zonas, hasta el año 1868 no pasó al municipio.

Hoy, gracias a los testimonios de todo tipo que nos dejaron los contemporáneos, podemos, ayudados de la imaginación, adentrarnos en él y volver a revivir su historia.



El Real Sitio del Buen Retiro en el plano de Texeira. 1656.

SIGLO XVII

Los orígenes. La creación del Palacio

Desde mucho antes del establecimiento de la Capitalidad, la pequeña Villa amurallada fue dando origen por su parte oriental a dos caminos o «carreras» que llegaban hasta la profunda vaguada rodeada de diversos prados y posesiones y continuaban luego hasta los monasterios de San Jerónimo y de Atocha, frecuentados tanto por los monarcas como por el pueblo.

Más adelante, el espacio intermedio fue poblándose de gentes marginales, especialmente cómicos, y en 1569 las reformas urbanísticas hechas por el Ayuntamiento para la recepción de la nueva reina doña Ana de Austria, transformaron la vaguada en el paseo del Prado, lugar desde entonces preferido por los madrileños en sus ratos de ocio, de tal forma que unos campos antes lejanos y despoblados se convirtieron en límite natural de la urbe.

Se calcula que son casi 1.700 personas las que ya en el XVII componen la Casa Real, a los que hay que añadir cerca de 400 empleados, según Brown y Elliot. La población crece a un ritmo vertiginoso y ya en 1617 son aproximadamente 150.000 los habitantes de Madrid.

Tan sólo las grandes mansiones y palacetes se construyen fuera, cerca de las puertas de la Villa, para así disfrutar a la vez de casa y jardín. Pero la mayoría de los madrileños

viven hacinados en medio de calles sucias y malolientes; incluso el Real Alcazar no acaba de agradar por completo a un monarca como Felipe IV, que a pesar de tener cerca la Casa de Campo, echa de menos un lugar que reuna las condiciones de residencia y lugar de esparcimiento.

El Conde-Duque de Olivares es quien concibe la idea de ampliar el antiguo «Cuarto» construído por Juan Bautista de Toledo en tiempo de Felipe II junto al convento de los Jerónimos. A este «cuarto» se retiraban los monarcas en las fechas en que no deseaban ser molestados: cuando fallecía algún miembro de la familia y durante la Cuaresma, época de penitencia. Era costumbre que los personajes extranjeros que llegaban a la Corte hicieran antes un alto en este lugar, para dar tiempo a que descansaran y a que las autoridades ultimaran los detalles de su entrada oficial en la capital.

El Conde-Duque plantea a Felipe IV la posibilidad de ampliarlo al estilo de las villas italianas, y desde el primer momento aparece como impulsor y controlador del proyecto, auxiliado por el protonotario Jerónimo Villanueva que administra los «Gastos secretos de S. M».

Ya en 1630 se hacen unas obras preparatorias con desmonte de terrenos, traída de aguas, etc. La construcción se inicia a fines de 1631 con una velocidad inusitada gracias al dinero que llega a través de expedientes extraordinarios, para no tocar la Real Hacienda. Se recurre a la venta de oficios, la remisión de penas, sisas, etc. de Portugal, Flandes y a impuestos en la propia capital. Las censuras no faltan a este enorme gasto para levantar una casa de recreo en época de guerra, pero se ignoran.

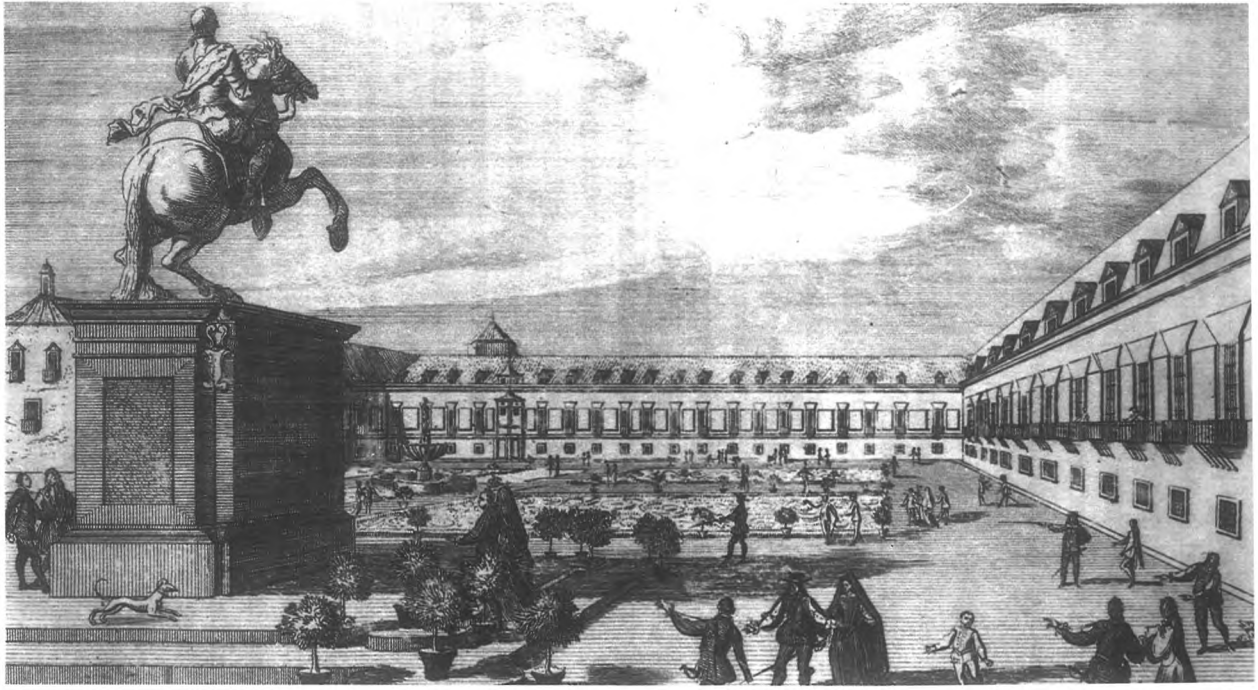
El Palacio era en realidad un conjunto de edificios. El central, cuadrado, con torres de pizarra en las esquinas y un gran patio tenía tres pisos de altura, excepto en el SE con dos y un ático. Construído en ladrillo y madera con molduras de granito en puertas y ventanas, la fachada principal estaba orientada hacia Madrid, con 32 ventanas y las interiores,

todas iguales, tenían 13 ventanas y un balconaje de hierro desde donde se podían presenciar los festejos. A los tres lados del edificio había otras estancias destinadas a residencia de empleados y visitantes.

El arquitecto Alonso Carbonell hizo una obra que recordaba a otra suya, la Cárcel de Corte, actual Ministerio de Asuntos Exteriores, aunque los chapiteles que remataban tanto el palacio como las ermitas y norias daban algo más de gracia al conjunto.

La construcción del Palacio fue realizada con una extraordinaria rapidez. El Conde-Duque había sido nombrado Alcaide del Cuarto Real de San Jerónimo el 10 de julio de 1630; la obra se inicia en 1632 y ya en agosto de 1633 se celebra la primera fiesta. El 1 de diciembre de 1633 el monarca recibe las llaves del Palacio, que vuelve a entregar al Conde-Duque como Alcaide del Sitio. Aquel mismo día hubo un sarao, se repartieron a las damas bolsillos de ámbar llenos de escudos y ricos cortes de vestidos y se corrieron toros, lanzas, sortijas. Muchos autores famosos aprovecharon para componer piezas al efecto: Ana Caro de Mallén recogió en un libro las poesías alusivas al hecho, compuestas por varios escritores; Calderon de la Barca en su auto sacramental «El Nuevo Palacio del Buen Retiro» estrenado el día del Corpus de 1634 lo comparó con el Cielo; Lope de Vega consagró en *La Vega del Parnaso* varios versos «A la primera fiesta del Palacio Nuevo». Otros muchos se sumaron al homenaje: Vélez de Guevara, Pérez de Montalban, Pellicer.

Hoy los únicos recuerdos que nos quedan son el Casón y lo que hasta ahora ha sido Museo del Ejército. El Casón estaba en la parte posterior del Palacio; fue proyectado para grandes fiestas y representaciones en 1637, y ya en el reinado de Carlos II, Lucas Jordán pintó su bóveda con el tema «El origen y triunfo en España de la Orden del Toison», que se conserva, y sus muros con una serie sobre «Los trabajos de Hércules» hoy perdida.



Grabado donde se representa los jardines del Palacio del Buen Retiro y la estatua ecuestre de Felipe IV.

El Museo del Ejercito actual era una de las alas principales del Palacio. Flanqueado por dos torres con agudos chapiteles, su sala central se corresponde con lo que era el Salón de Reinos, que estuvo decorado con grandes cuadros de batallas, entre otros «La rendición de Breda» de Velázquez.

No estaba habilitado el Palacio para que residieran en él los invitados ilustres y por eso tan sólo se les recibía aquí y luego volvían a presenciar algún festejo en su honor. Eso se hace en noviembre de 1634 cuando llega la princesa Margarita de Saboya, prima del rey, camino de Portugal; con la princesa de Cariñan a la que acompañan sus hijos en 1636, etc. El mismo Felipe IV no va a pasar en total más de 40 días al año en este Palacio, principalmente porque no resulta totalmente del agrado de su primera mujer.

Acuden pues, de forma esporádica, en determinadas fechas del año, y siempre con fines recreativos. El Palacio ofrece auténticos placeres, permite disfrutar en él de magníficas obras de arte: pinturas, esculturas, tapices, además de lagos y jardines. La reina Mariana de Austria, al contrario que su antecesora, va a sentir una predilección absoluta por este lugar, de tal manera que aprovechará cualquier ocasión y especialmente sus embarazos para trasladarse a residir durante meses al Retiro, lo que obliga a que diariamente el rey se desplace con el gasto que esto supone. Luego, tan sólo entre 1734 y 1764, tras el incendio del Alcázar, el Palacio se convierte en vivienda permanente de Felipe V.

Los jardines. Su nacimiento.

El Conde-Duque, igual que otros muchos nobles, ya entonces para escapar de sus ocupaciones durante la semana era propietario de terrenos en las afueras de Madrid.

Su «huerta», de tamaño respetable, estaba precisamente cercana a San Jerónimo donde se construía el nuevo palacio.

Aunque la afición que solía ejercitarse en estas tierras era la caza, al parecer él se entretenía de manera más pacífica y disfrutaba cuidando de sus aves. Fue precisamente la muerte de su gallina favorita, «doña Ana», lo que según el rumor que sus adversarios se encargaron de extender por Europa, le llevó a regalar la finca al monarca.

El 1 de octubre de 1632 Felipe IV recibía de manos del Conde Duque las llaves del parque en una fuente de plata y a cambio se le nombraba Alcaide perpetuo con algunas limitaciones que se fijarían en 1640.

El terreno regalado por el Conde-Duque era extenso pero no lo suficiente y a partir de 1635 se realizaron varias compras de huertas y campos a nobles, labradores y propietarios de los alrededores. Se forma así un inmenso jardín, con otros pequeños e independientes y un bosque, todo ello sin guardar una perspectiva de conjunto, que se extiende desde el paseo del Prado hasta el convento de Atocha por un lado y el camino de Alcalá por el opuesto. Las dimensiones son tales que en esos primeros años equivale a la mitad de Madrid, lo que obliga a construir tres pequeños carruajes que facilitan el desplazamiento por el parque de la Familia Real.

Su estructura permite escoger el paisaje más adecuado para cada ocasión o estado de ánimo. Su diversidad, que se mantiene durante siglos, afecta al trazado de cada zona, que se conoce por sus respectivos nombres y al personal, que es independiente. El más famoso es el Ochavado (en el lugar que ocupa el actual Parterre), que sigue el gusto italiano: es una huerta con ocho calles de arena radiales que parten desde un centro común en forma de estrella. Las calles se decoran con arcos de madera labrada, entretejidos de rosales, moreras y membrillos, con ventanales a trechos. En las avenidas de los jardines se colocan estatuas de mármol. El rey pasea cada día por allí una o dos horas y luego se dirige a pie hasta el monasterio de Atocha y lo mismo hacen su esposa y el príncipe Baltasar Carlos.

Al tiempo que se continúa el Palacio se inicia la construcción de grutas y ermitas en los jardines, del sistema de regadío y se acomodan aves y otros animales en la Leonera y en el Gallinero o Pajarera.

Desde el principio hay una contribución general a esta obra que parece ser capricho de los monarcas. Regiones como Valencia o Andalucía envían limoneros, naranjos y almendros respectivamente y por supuesto los primeros suministradores de semillas y de personal son los otros Sitios Reales: el Pardo, Aranjuez y la Casa de Campo. Igual que italianos son los grandes ingenieros del momento, también de allí son los jardineros. Se hace venir de Italia a Benedetto Babestrelli que llega a Madrid en 1638 con cuarenta y cuatro cajas de plantas de laurel de Génova y otros árboles. Se plantan además 1405 arboles de avellano, 1700 frutales, principalmente cerezos y guindos, y 450 álamos grandes.

Hay que advertir que entonces los jardines no tienen unicamente un fin estético puesto que suministran parte importante de los alimentos precisos en el Sitio y en el mismo Alcázar, de ahí que se procure plantar frutales y huertas junto a flores, combinando lo práctico y lo bello.

Un jesuita, el padre Sebastián Gonzaléz, ofrecía en su carta de 3 de enero de 1634 a su compañero de órden, Rafael Pereira esta descripción de primera mano de los jardines:

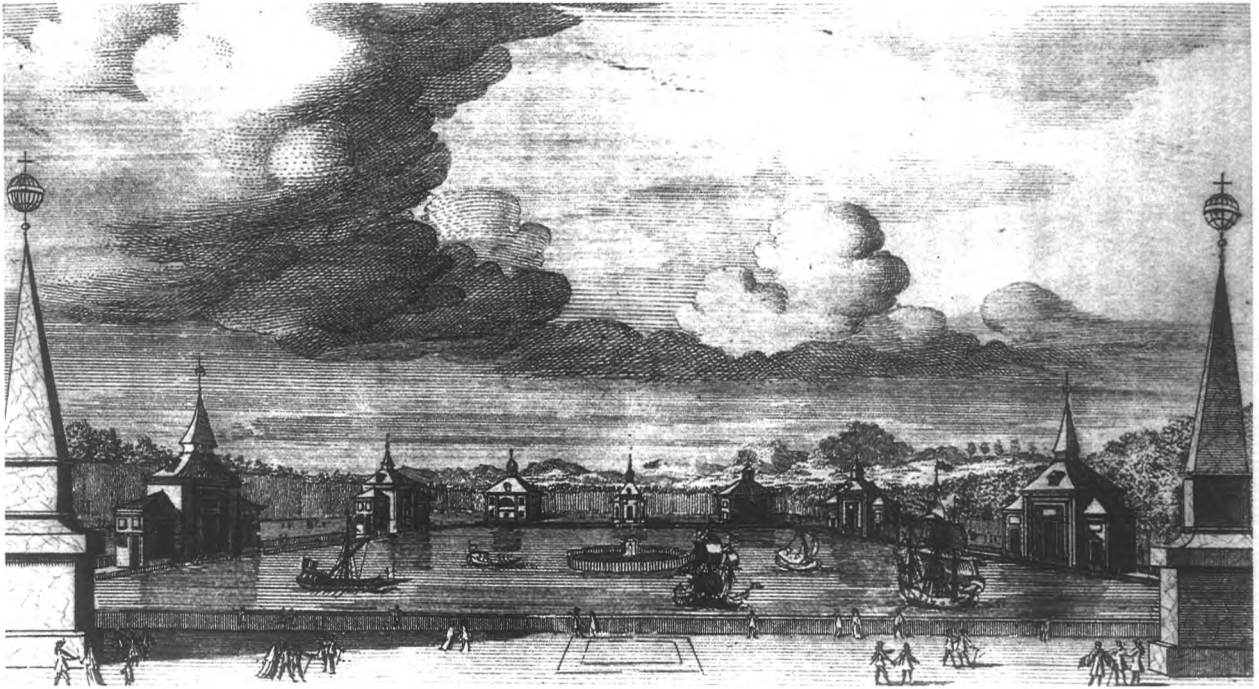
> «Entre el cuarto de Mediodía y el arrimado a San Jerónimo hay jardines muy vistosos con muchas fuentes y estatuas de mármol. Por aquel lado arriba sube la huerta que dividen y hermosean ocho calles de menuda arena, en forma de estrella que vienen todas a juntarse en un centro común, donde se ven arcos de madera labrada, entretejida de rosales, moreras y membrillos formando una pared de verde, con sus ventanas a trechos, ocupando los ángulos que forman las calles muchos árboles de rica fruta y todo género de hortalizas.
>
> Al fin de todo hay, formando enrejados de alambre una como jaula gigantesca, donde se han recogido de todas

partes aves esquisitas por su canto y plumaje. Sobre el cuarto de Oriente se ha hecho un gran estanque de forma ochavada para aves acuáticas, cisnes, gansos y patos, rodeado de balaustrada de hierro. Aliméntalo 16 caños , 8 en los ochavos y los otros 8 en una torrecilla muy hermosa que hay en medio del estanque, a que se entra por una puerta guarnecida de barandilla de madera.
Delante del cuarto que cae a Poniente, hacia el Prado, un pórtico con habitación para oficio, despensa, etc. Entre él y el cuarto primero de la entrada, hermosa leonera fabricada del modo de Florencia, pero no tan grande, por lo que se pelean los animales. Es de figura aovada, hay tres leones, un tigre, un oso y algunos lobos.»

El agua: canales y estanques. Riego de los jardines

Aunque hoy nos resulte difícil de imaginar, el agua ocupó dentro de los jardines del Buen Retiro un gran espacio. No había problemas de suministro ya que se contaba con manantiales de aguas gordas, útiles para riegos y acequias, el más célebre el conocido como «de los Pajaritos». Se aprovecharon también las aguas del arroyo de Abroñigal que surtían las cuatro norias que abastecían el Estanque Grande y las fuentes. Felipe IV adquirió además la llamada Quinta de Miraflores, situada junto a este arroyo, que incluía la casa, una huerta y la célebre Fuente del Berro. Recordemos que a partir de entonces los monarcas, en cualquier punto que estén de España, nunca beberán otro agua que la de esta fuente. Con los años la finca se cedió a los monjes montserratinos pero el agua permaneció bajo dominio real.

Se instalaron en los jardines del Buen Retiro máquinas hidraulicas en fuentes y norias, de las que llegó a haber veintiseis, para mover el agua. Del Estanque Grande, que aún se conserva desde el tiempo de Felipe II aunque reducido, se hizo en 1639 que partiera un canal que servía de cercado, llamado «Río Grande» o «Mallo» por el juego que había en



Vista del Estanque Grande donde se pueden apreciar barcas y galeras, además de la isleta central.

sus orillas. Doblaba a la altura de la actual fuente de Ramón y Cajal, torcía a la derecha por lo que hoy es Paseo de Fernán Núñez y dando la vuelta rodeaba la ermita de San Antonio de los Portugueses (hoy allí Estatua del Angel Caído), que quedaba en una isleta. Otro canal más pequeño «el Chico» se dirigía hacia la Cibeles actual. Por ellos se desplazaban los monarcas en góndolas, a veces con algunos percances como el sucedido en 1636, cuando uno de los estanques tuvo un escape y los que se comunicaban con él se vaciaron rápidamente, dejando en tierra la embarcación real.

Esta afición de los monarcas fue aprovechada por algunos súbditos para obsequiarles. El año de 1638 se mandó desde Sevilla un barco grande llamado «El Santo Rey don Fernando». Se trataba de la imitación en miniatura de una galera, que iba decorada con pinturas de Zurbarán. Los madrileños comentaron que el dinero de este regalo hubiera estado mejor empleado en ayudar al ejército que luchaba contra los franceses.

No mucho después, el duque de Medina de las Torres, entonces Virrey de Nápoles, envió doce espléndidas góndolas nuevas, con sus velas y todo lo necesario para que las damas se entretuvieran en las noches de San Juan y de San Pedro por los estanques. El día en que SS. MM. y Altezas entraron en ellas, se cantó esta jácara:

«Por el mar del Buen Retiro,
de flores precioso mar,
puerto del sol y del Cielo,
Océano celestial;
la napolitana escuadra,
que bien navegando va,
sin saberlo ningún viento,
al buen aire de Guzmán.
Góndolas de plata,
sin vela y remos,
de Isabel y Filipo
vais por el cielo...
(Francisco Bernaldo de Quirós.
Obras y Aventuras de D. Fruela)

Hubo ocasiones en que el viento movió las velas de tal manera que más de un noble se mareó ante el regocijo de los que les contemplaban desde la orilla.

La Familia Real pescaba desde los barcos y presenciaba regatas y batallas navales al estilo romano, las famosas «naumaquias» con que se acompañaban algunas representaciones teatrales.

La profundidad de los estanques debía ser considerable por las noticias relativamente frecuentes de suicidios allí consumados.

Las ermitas

Son muy escasas las noticias que nos han llegado de las ermitas levantadas en esta época. Los portugueses acaudalados, muchos de ellos conversos, que residían en Madrid, para ganarse los favores del Rey contribuyeron a la construcción de la más importante, la de San Antonio de Padua y a la decoración de otras.

Las ermitas tenían una misión doble, ya que si por una parte servían para la oración, por otra, gracias a las edificaciones que se las adosaron cumplían las funciones más diversas. Las grutas artificiales, próximas a ellas, contribuían a aumentar el aislamiento y misterio.

Ermita de San Blas

Suele olvidarse que desde el siglo XVI existía en el Cerrillo en el que se encuentra hoy el Observatorio Astronómico (calle de Alfonso XII) una pequeña ermita.

Se construyó el año 1588 en una pequeña elevación del terreno, en la senda que unía los monasterios de San Jerónimo y de Atocha, y se dedicó a San Blas, que dió nombre al cerrillo. La fundó Luís de Paredes Paz, en los terrenos que le cedió el Ayuntamiento junto a veinte ducados de ayuda,

porque se pensó que sería útil a los vecinos de aquella zona que no tenía parroquias cerca. El 3 de abril de aquel año se llevó a ella la imagen del Santo y otra de Nuestra Señora de la Cabeza. La reina Mariana de Austria le cedería más tarde una reliquia del Santo.

Luís de Paredes tuvo que enfrentarse a varios pleitos que fue ganando, tras crear un Patronato. Al morir, su viuda quedó en la ruína porque su marido había gastado la hacienda en construir la ermita y dejó a sus hijos muy pobres.

El acceso desde la Villa se realizaba por un callejón desde la actual plaza de Atocha, tan lleno de maleza que Lanini lo comparaba con la barba hirsuta de cierto cómico:

«El callejón es fuerza
de San Blas que haga,
puesto que está cerrado
siempre de barba.»

Estas dificultades convirtieron el lugar en sitio apropiado para los lances de honor, de lo que han quedado abundantes testimonios:

«Por aquel lance de anoche
me veo en precisa deuda
de desafiaros; y así
con espada y daga espera
mi ira en el callejón
de San Blas, luego que sean
las dos de la tarde.»
(Melchor Fernández de León)

Un caballero más madrugador, retaba así:

«Si vos sois tan caballero,
que eso será cosa llana,
a las seis de la mañana
junto a San Blas os espero»
(Agustín de Moreto)

Otro aspecto importante, que favorecía la elección, era la posibilidad que ofrecía la ermita para hacer uso del derecho

de asilo, o «retraerse», como se declara en un texto de Rojas Zorrilla:

«Y desde esta calle, que es
la calle del Carmen, vas
a la cárcel, si estás preso;
si retraído, a San Blas»

Pero en realidad el Cerrillo se hizo popular entre los madrileños por la fiesta que se celebraba el tres de febrero de cada año, que era al parecer la más lucida de la Corte:

«De las fiestas grandes,
la que luce más,
siendo claro el día,
es la de San Blas.»
(«Baile de la noche de
Carnestolendas»)

Era tal la cantidad de asistentes ese día a la ermita que se destinaban cuatro Alcaldes de Casa y Corte, cada uno con nueve alguaciles a caballo, para mantener el orden. Las laderas del montecillo ofrecían un curioso aspecto:

«Festivas Carnestolendas
nos pronostican. —También
los concursos que se ven
entapizar de meriendas
esa cuesta de San Blas
brindan a que se divierta
todo gusto; tanta huerta
como a sus pies viendo estás
aún no tiene provisión
de cardos para ensaladas
a besugos y empanadas.
—¡Apacible confusión!»
(Tirso de Molina.
En Madrid y en una casa)

También los reyes acudían aquel día a la ermita:

«—Los reyes y grandes
salen de San Blas:
el pueblo los sigue,

no me respondais.
—Aquel es el coche
de su Majestad.
—Corramos, señores.
—Hacia el Prado va».

El Santo tenía fama de curar especialmente los males de la garganta, algo que Quevedo aprovechó para la censura social:

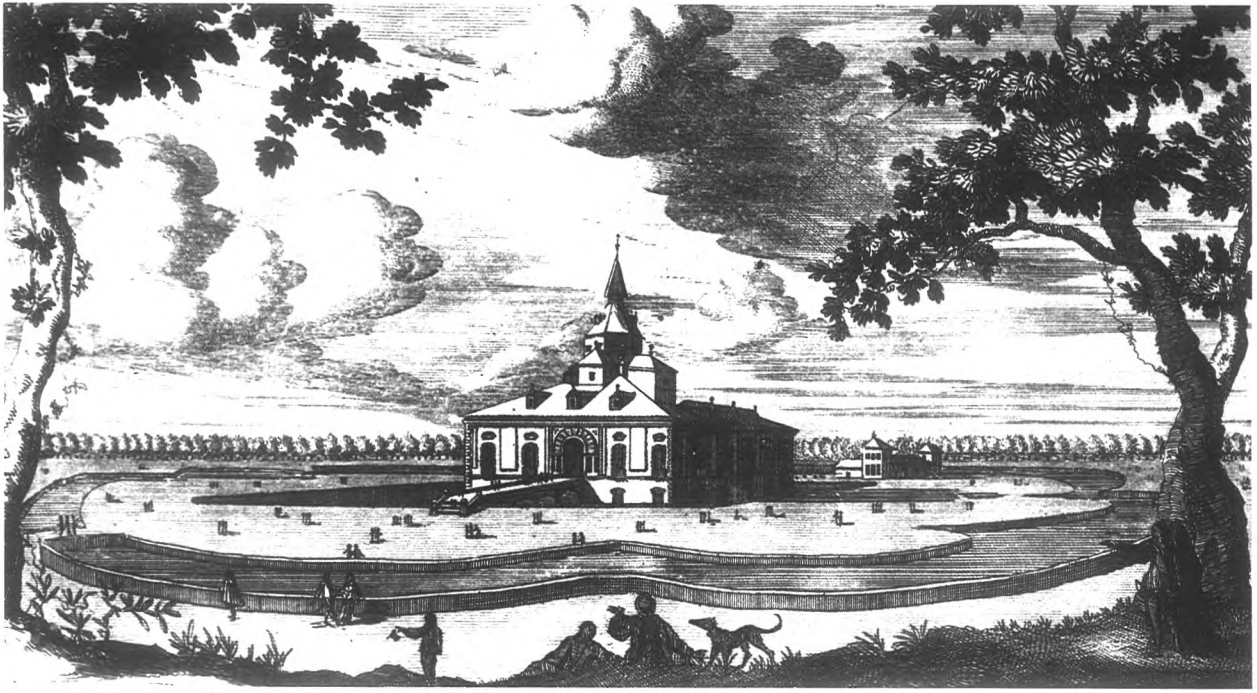
«Las gargantas de San Blas,
con almuerzos y meriendas,
son garrotillo de pobre,
que lo paga y no lo prueba.»

Pedro Lanini pintó espléndidamente los pregones de los vendedores, las charlas de los romeros, los desafíos, etc., que se sucedían aquel día en su «Entremés del día de San Blas en Madrid», publicado por primera vez hacia 1675.

Ermita de San Pablo

Fue al parecer la primera de las construídas ya en el siglo XVII, antes del año 1633. No se conoce quién fue su arquitecto, posiblemente italiano. Situada al sur del Ochavado, con planta cuadrada, tenía delante una plaza rectangular con una fuente y un pequeño jardín cercado hacia el este, en el que se cree estuvo la estatua de Carlos V de Leoni, hoy en el Museo del Prado. La fachada era muy alegre y rica en adornos, imitando las villas romanas. Parece que Velázquez pintó para ella el cuadro de San Pablo y Ceroni realizó la imagen del Santo.

Poco más se sabe. El 20 de febrero de 1640, acogió a SM cuando se declaró un fuego en su cuarto, por ser el lugar más cercano fuera de Palacio. Ya en 1745 se habilitó como vivienda del Intendente del Sitio, D. Isidro Nicolás de Montufar.



Ermita de San Antonio, o de los portugueses, una de las numerosas ermitas del Retiro en sus orígenes.

Ermita de San Juan

Coincidía su solar con el actual Palacio de Comunicaciones, las calles adyacentes y el antiguo Ministerio de Marina. Era la de mayor extensión.

Construída como parte del Palacio, su finalidad era servir de residencia al Alcaide del Real Sitio. De planta cuadrada, rematada por un chapitel y decorada con retablos de Ceroni, su artífice Juan de Aguilar la concluyó en 1634. Tenía adosada la ermita la vivienda reservada en principio para el Conde-Duque, que al parecer instaló allí su biblioteca y alojó un tiempo al alquimista Vicenzo Massimi para que tratara que conseguir el oro que tanto precisaba la maltrecha hacienda real.

Ermita de San Bruno

Terminada en 1635 con gruta y jardines propios como el resto. De planta rectangular con chapitel, un edificio adosado y una pequeña fuente a la entrada. Su decoración la costeó el judío portugués Manuel Cortizos de Villasante, comerciante que aspiraba llegar a cortesano. El 16 de febrero de 1637 ofreció a los Reyes una recepción en sus jardines, con la particularidad de que se decoraron con plantas y flores artificiales imitando a las auténticas. Es curiosa la similitud con las fiestas que aquellos mismos años se celebraban en los jardines de Versalles. Hubo aquel día teatro, bailes y una merienda de cincuenta platos.

El año de 1729 el arzobispo de Toledo autorizó que se colocase en la ermita el Santísimo Sacramento.

La relación de Carlos III con esta ermita fue poco espiritual ya que entonces se mandó construir en su torre una trampilla para que el monarca pudiera tirar a las palomas que allí se acogían.

Ermita de San Jerónimo.

Muy cercana a la de San Bruno y como ella delante del Estanque Grande. Construída entre 1634 y 1635 por Juan de Aguilar también con pabellón anexo, gruta y jardines. El escultor Antonio Herrera realizó para ella un grupo de los Reyes Magos y para el edificio contiguo otro de Venus y Adonis. Quedaba así patente la doble función de estos lugares a primera vista religiosos.

Ermita de San Isidro

Próxima al Palacio, a la altura de su Plaza Mayor, y separada del Ochavado por un paseo arbolado. Tenía planta cuadrada con chapitel y edificio adosado. En su parte posterior un estanque conocido con el nombre de San Isidro servía de lugar de pesca, con una isleta central a la que se llegaba por barca desde el Estanque Grande.

El 18 de marzo de 1637 la Condesa de Olivares, que como esposa del Intendente mayor del Sitio era la anfitriona del lugar, ofreció allí un concierto a los monarcas. Llegaron éstos en barcos «bien adornados» y tras de la música disfrutaron, nos dicen los cronistas, de una espléndida merienda.

Desapareció al trazarse la calle de Granada, actual Alfonso XII.

Ermita de San Antonio de los Portugueses

Estuvo en el lugar que hoy ocupa la estatua del Angel Caído. Arquitectónicamente fue la más importante, iniciada en 1635 y concluída dos años después, la costeó la colonia portuguesa como regalo al monarca, ya que se hizo cargo de los gastos que superaron los 23.000 ducados iniciales previstos. Se colocó bajo la advocación del patrono de Portugal, San Antonio de Padua, y popularmente se la conocía como «de los portugueses». Situada en una isleta central formada por

un canal del «Río Grande», que la cercaba de forma lobulada, se accedía a ella por dos puentecillos. De ladrillo rojo su fachada, tenía planta cuadrada y chapitel, con columnas de mármol en la entrada y sobre el pórtico un San Antonio de alabastro; en su interior los dos altares laterales, hechos en jaspe, estaban dedicados a Santa Isabel y a San Gonzalo. Tras la ermita una construcción de dos pisos, con chapiteles en los ángulos.

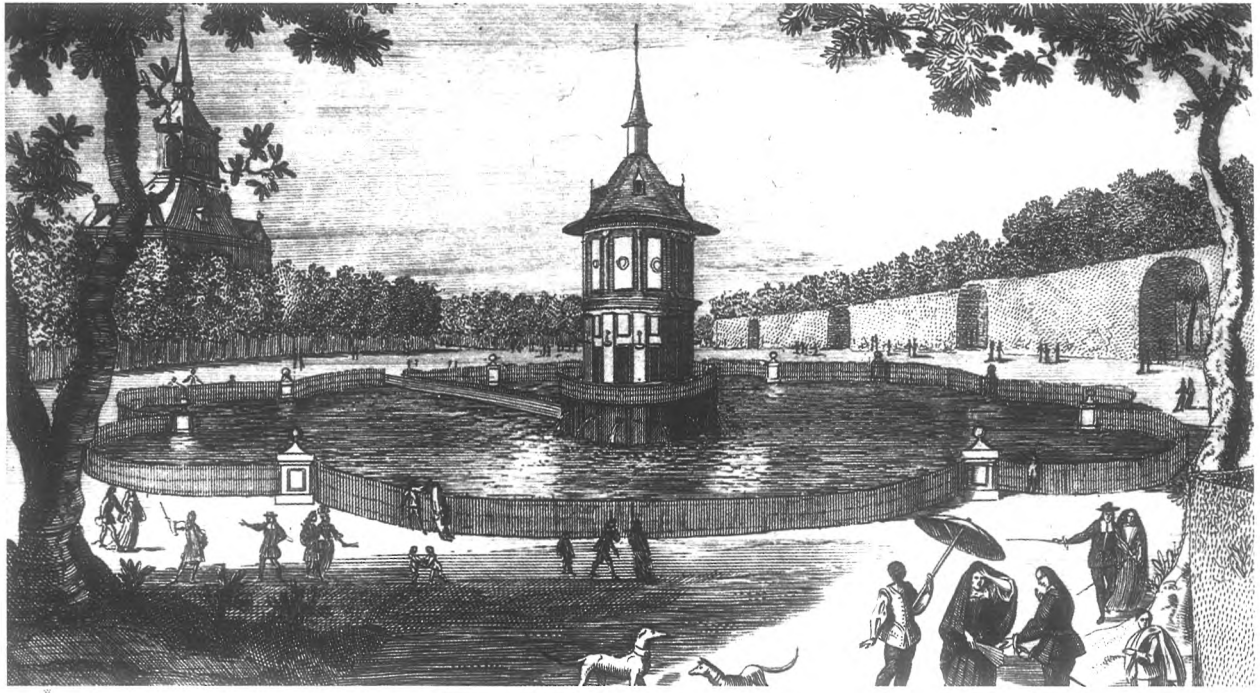
Muchas fiestas se celebraron en ella. En el mes de febrero del año 1637, poco después de terminarse las obras, se representaron ante el monarca varios entremeses y bailes portugueses a cargo de una compañía traída expresamente desde Lisboa y se hizo un jardín de dulces con árboles, frutas, plantas, etc.

El Conde-Duque, el 3 de mayo de 1640, reunió en el Retiro a los jefes militares, tanto españoles como extranjeros, acreditados en la Corte, para pasar el día juntos. Tras visitar el Palacio y los jardines, les obsequió con una comida a las cuatro de la tarde en la ermita. Se sirvieron 500 platos diferentes para 700 personas y 30 especialidades de vinos, lo que explica perfectamente el mareo que muchos sufrieron durante el paseo en barco que dieron a continuación.

En el siglo XVIII se menciona unicamente la ermita como almacén que contiene, entre otras cosas, una tienda de campaña del rey. Nunca la había utilizado hasta 1758 cuando la reclama para un viaje corto que quiere hacer a San Juan de Espartinas, en el camino de Aranjuez. Esto obliga a trasladarse al Buen Retiro a veinticuatro peones para aprender a montarla durante la marcha. Al año siguiente se instaló aquí la que fue famosa Fábrica de Porcelana.

Ermita de Santa María Egipciaca.

Hay pocos datos de ella. Posiblemente sea la que Texeira sitúa en su plano en uno de los extremos del Retiro, cerca



Grabado que representa el estanque de las Campanillas, uno de los restos que del Retiro histórico aún podemos contemplar. (Ver Recorrido II).

del convento de Atocha, frente a la tapia que cerraba los jardines. Tenía planta cuadrada y detrás un pequeño espacio cercado sin jardín. Se comunicaba por una calle arbolada con San Antonio de los Portugueses y como esta ermita, quedó convertida con los años en almacén de materiales.

El público

Uno de los requisitos para mantener el respeto del pueblo a los monarcas era el distanciamiento. Por tanto había que tener especial cuidado para que en el lugar al que acudían a descansar y divertirse, nadie ajeno a la Casa Real pudiera penetrar. Los madrileños se limitaban a ver pasar la regia comitiva en su ida o vuelta desde el Alcázar y eran duramente castigados por la escolta cuando se aproximaban demasiado. Tan sólo algunos privilegiados consiguieron presenciar las famosas obras representadas en el Estanque, una vez que habían asistido todas las autoridades.

Un espacio tan frondoso permitía, a pesar de la estrecha vigilancia, ser guarida de mujeres de mala conducta o abandonadas, ladrones y todo género de delincuentes. También los contrabandistas aprovechaban la noche para tirar sus paquetes por encima de las tapias y esconderlos en los árboles, escapando así del pago de derechos. Se conserva la denuncia presentada por uno de los guardas que en su ronda había sorprendido a dos frailes del convento de Atocha, contigüo entonces a los jardines, tras saltar el muro sin duda con la intención de hacer una escapadita nocturna. Sin embargo el grupo mayor de infractores lo formaban los que introducían su ganado en las zonas sin cerca, para que pastase gratis en el Real Sitio.

Diversiones

La variedad de los jardines favoreció la diversidad en los festejos allí celebrados. Desde el recibimiento de personalidades que llegan a la Villa hasta la caza mayor, todo parece posible en aquella enorme extensión.

Hay unas fiestas que se celebran en el Palacio. En su patio central los nobles contemplan con comodidad, desde tablados construídos exprofeso, cañas, lanzas, sortijas y estafermos.

Las cañas eran, entre las fiestas a caballo, la preferida. De origen árabe, para jugar se agrupaban los jinetes en cuadrillas y una vez aderezados y a caballo, desfilaban en fila de a dos, tras atabales y trompetas, corriendo a manera de escuadrón. Al terminar la carrera tomaban las cañas o lanzas y las adargas o escudos y se preparaban a salir por sorteo. Lanzaban las cañas contra el contrario protegiéndose con el escudo, giraban a todo galope y volvían de nuevo al ataque.

La sortija era juego militar de jinetes. A caballo apuntaban con la lanza a una sortija puesta a cierta distancia. El que perdía el estribo, rienda o espuela o caía del caballo perdía el premio.

Una de las diversiones favoritas de las damas al llegar el Carnaval era la de tirarse unas a otras miles de huevos pintados en color oro, con agua de olor en su interior, que les entregaban en unos barquillos de mimbre finísimo. Para protegerse de la lluvia de perfume llevaban unas rodelillas de corcho plateado mientras que las de la Familia Real eran doradas.

Las fechas habituales de las fiestas al aire libre, además de cuando había algo especial que celebrar, eran la noche de San Juan y el día de Santa Isabel.

Famosas fueron las celebradas con motivo de la llegada a la Corte de la Princesa de Cariñán en 1636, a la que se halagó con la intención de que llegase a oídos del cardenal

Richelieu la riqueza del monarca español. Se hizo una mascarada con doce mujeres y tres compañías de actores que representaron bailes y entremeses; el Conde-Duque le ofreció un banquete en la ermita de la Magdalena y la Condesa otro en la de San Isidro.

En los primeros años el gran escenógrafo italiano Cosme Lotti, llegado en 1626 a la Corte, no tiene un teatro estable y trabaja con escenarios provisionales y portátiles. El Coliseo de Palacio, que se inauguró el 4 de febrero de 1640, guardaba una distribución similar a la de los dos corrales de comedias con que contaba la Villa pero su escenario disponía de la posibilidad de abrirse al fondo y permitir que los jardines formaran parte del espectáculo. La obra elegida para el estreno fue «Los bandos de Verona», una versión del tema de Romeo y Julieta escrita por Rojas Zorrilla al efecto. Años después, en 1652, ya con la reina Mariana de Austria, se representó en él «Las fiestas de Anaxarte y el amor correspondido» de Calderón, que duró siete horas. En una de las escenas los telones desaparecían y dejaban ver los jardines. Esta obra tuvo treinta y siete representaciones y se permitió asistir a los madrileños una vez que acudió la Corte el primer día, el Consejo el segundo y las autoridades de la Villa el tercero, tal y como era costumbre.

La Fauna. —Los animales de toda especie que vivían en Palacio y en los jardines permitían a los monarcas disfrutar y hacerles olvidar la vida de la Corte. Su atractivo residía en que ofrecían diferentes posibilidades de acuerdo con la especie a que pertenecían.

Desde sus inicios fue famoso el «Gallinero» situado en una esquina de los jardines, con una hermosa estructura de cajas de hierro y cúpulas divididas por tabiques. Allí acudía la Corte a ver los pájaros exóticos. El Conde-Duque ya hemos dicho que tenía pasión por ellas, las alimentaba y colec-

cionaba sus huevos, que regalaba a los embajadores. Sus enemigos decían que la pérdida de su preferida, «doña Ana», le dolió más que la de la Armada en Casal, de forma que desde entonces su entusiasmo por el gallinero disminuyó.

Era ésta una acción serena y reposada, una contemplación en calma; en contraste la «Leonera» o Casa de leones, construída en un patio a la entrada del Palacio con una galería alrededor, permitía presenciar desde las ventanas las fieras cuando luchaban entre sí. El príncipe Baltasar Carlos tuvo preferencia por ese local y era una de las exhibiciones que se celebraban en honor de los extranjeros ilustres que llegaban a la Corte. El 31 de octubre de 1631 lucharon un león, un tigre, un oso y un toro, con triunfo del león; el mes de octubre de 1638, en las fiestas por el bautismo de la Infanta hubo sortijas, estafermo y el tercer día peleas de leones y tigres.

Algunas especies servían, además, para alimentar los estómagos reales. Una cebadora cuidaba de las aves que se enviaban a los Reyes para su mesa, especialmente capones, hasta finales de abril. La compra de las que se consumían en Navidad se hacía por suscripción general en el Sitio.

El Estanque Grande. —Fuera del recinto de Palacio el lugar preferido para toda clase de representaciones fue el Estanque Grande. El año 1637 se decoró con gran número de estatuas de bronce llegadas de Lieja y la noche de San Pedro se celebró una regata que costó 800.000 ducados.

Aún hoy nos sorprende y nos cuesta imaginar cómo eran las representaciones que se celebraban en el Estanque. Una isla ovalada en su centro servía de escenario ocasional y frente a ella, en la orilla o en barco, la Familia Real presenciaba el espectáculo.

Conocemos con detalle la representación que se hizo en el Estanque la noche del 3 de julio de 1640, día de Santa Isabel, con motivo del cumpleaños de la Reina. Se trataba de

«El mayor encanto amor» compuesta por Francisco de Rojas, Antonio Solís y Pedro Calderón. Las tramoyas eran del genial Cosme Lotti, el famoso escenógrafo. El primer día asistieron como era habitual tan sólo los Reyes , al siguiente el Consejo Real de Castilla y el tercero ya la Villa.

Se emplearon las góndolas guarnicionadas de plata que había enviado desde Nápoles el duque de Medina de las Torres para que pudieran cenar y al tiempo ver la función.

En la isla aparecía un monte altísimo con despeñaderos y cavernas rodeado de bosque de árboles, algunos con figura humana, cubiertos de cortezas y de cuyas cabezas salían ramas de las que colgaban trofeos de guerra. Comenzaba la fiesta con el ruido de las aguas y la llegada de un carro tirado por dos monstruos que expulsaban agua por la boca y en él, sentada, la diosa Agua, de cuya cabeza y vestido salían multitud de cañitos y junto a ella una urna inclinada de la que caían peces al estanque. La máquina iba acompañada de un coro de veinte ninfas de ríos y fuentes cantando y tañendo instrumentos encima de la superficie del estanque. Delante del Rey, la diosa Agua interpretaba su loa y al terminar se marchaban. Apenas fuera, tras un estrépito de clarines y trompetas, salvas de mosquetes y artillería, se oía: *¡Tierra, tierra!* mientras aparecía una hermosa nave dorada que llegaba a puerto con Ulises y sus compañeros. Los que bajaban luchaban con animales hasta que conseguían pacificarlos. Un espantoso terremoto acompañado de un rayo que partía el monte descubría un riquísimo palacio de oro y mármol; el bosque se transformaba en un jardín delicioso con animales domésticos que paseaban, bajo una luz inmensa, que procedía de la reverberación de las lámparas. Ocurrían entonces los engaños de Circe, la transformación de los hombres en cochinos y la llegada de Ulises dispuesto a acabar con su magia. Peces de distinto tamaño arrojaban por boca y nariz gran cantidad de agua olorosa, que llenaba el espacio de una

suave fragancia. Al final llegaba la Virtud y un gigante, el Buen Retiro, que se ofrecía a salvarle.

La brillantez y espectacularidad de estos actos dió a la Corte de España la fama de ser una de las más lujosas de Europa.

Además de las grandes escenificaciones montadas para los estrenos, también otros días había teatro en el Retiro con obras representadas por compañías modestas.

Desde el momento en que comenzaban los ensayos se abonaba a los actores todos los gastos. Conocemos lo que, por ejemplo, comieron el 20 de febrero de 1658 las cincuenta y dos personas que integraban la compañía teatral.

50 pasteles hojaldrados
8 platos de adobado y salchichas
32 libras de picatostes y 8 tortillas
10 platos de aves asadas
12 platos de cabrito asado y mechado
12 perdices para músicos
8 empanadas de ternera
8 tortas de conservas
50 candeales
8 panes grandes
1 queso
1 pellejo de vino
1 libra de aceitunas
6 platos de orejones
20 libras de peras.

Aún durante la regencia de Carlos II su madre doña Mariana, gran entusiasta del Retiro, hizo representar en el Palacio algunos dramas de Bances Cándamo. Su hijo abandonaría bastante el lugar, que sirvió de residencia a Juan José de Austria, bastardo de Felipe IV y la actriz conocida como «La Calderona». Esos años se decora el Casón con las pinturas de Lucas Jordán, que hoy conservamos en parte.

Ya en el siglo XVIII, Fernando VI, que residió durante trece años en el Retiro de manera permanente, acondicionó

el teatro para adaptarlo a la representación de óperas italianas, protagonizadas por el famoso Farinelli.

Nunca volvió a tener el Retiro la fama internacional de que gozó aquellos años. Habían coincidido factores difíciles de presentarse unidos: de un lado un monarca, Felipe IV, protector de las artes y de otro la presencia de artistas de primera talla que hicieron honor a ese favor real en los más diversos campos. También el hecho de que al estar la cultura precisamente en manos de los poderosos, éstos aunque fueran extranjeros, se hicieron eco de lo que veían, deslumbrados por ese lujo, más o menos aparente, de la corte de los Austrias.

SIGLO XVIII

La llegada de los Borbones al Buen Retiro. Nuevo orden impuesto por Felipe V.

El año 1700 Felipe V llega a la Corte madrileña para hacerse cargo del trono y viene acompañado de su propio personal conocido entre los oficiales españoles como «familia francesa». Se produce un cambio radical en la disciplina del Real Alcázar. El Buen Retiro tiene sus empleados independientes, que se ocupan del Palacio y los jardines, y esos años está dirigido por el conde de Altamira. Reside el Conde en una de las ermitas, como sus antepasados en el cargo y tiene, entre otros, el privilegio exclusivo de llegar a su casa en carruaje.

No puede alterar el Alcaide los reglamentos del Sitio pero poco a poco ha ido adquiriendo poderes extraoficiales. Cuando se produce el incendio del Real Alcazar y Felipe V se traslada a vivir de un modo continuado al Buen Retiro, el monarca decide hacer una visita de inspección. Ya entonces, en 1740, el cargo de Alcaide lo ocupa la viuda del conde de Altamira, doña Ventura de Córdoba, por la minoría de edad de su hijo. En la visita se averigüa que desde muchos años atrás los Alcaides hacían sus propios reglamentos, nombraban sirvientes, daban destinos y aumentaban los sueldos a voluntad. Permitían la entrada de coches en el Sitio a quienes deseaban y concedían licencias de caza y pesca. Para no

verse obligados a rendir cuentas a nadie se habían hecho un duplicado de las llaves que daban acceso a los jardines. Su dominio del lugar era tal que repartían enormes sumas como limosnas, sin que el monarca tuviese conocimiento de ello.

A la vista de todo esto, el 14 de septiembre de 1740 Felipe V dicta la primera Real Orden sobre el gobierno del Sitio, que completará con otra el 6 de mayo de 1743. Decide suprimir la figura del Alcaide y nombrar un Intendente, que sería responsable del personal, dependiente del monarca y de la Secretaría del Despacho Universal. Reduce además la dotación del Sitio de 30.000 a 20.000 pesos.

Los jardineros: su vida en el interior del Buen Retiro.

Algunos de los empleados del Real Sitio, como era el caso de los jardineros, no podían alojarse por falta de espacio en las dependencias destinadas al servicio en Palacio, por eso, desde el principio, se habilitaron unas zonas para ellos en el interior de los jardines. Mediado el siglo XVIII residen también allí los cuidadores de animales, el aparejador, los guardas y los capellanes. Eran unos barrios de casitas modestas para ellos y sus familias; les estaba prohibido terminantemente hacer negocios con ellas, alojar extraños, vender comidas o bebidas, etc. El barrio de San Antonio caía hacia el olivar de Atocha, en el alto de San Antonio, que en esos años va a allanarse y replantarse para que el monarca pueda gozar de la hermosura del Sitio cuando desde allí tire a las palomas.

Sabemos que los sueldos de los jardineros eran muy modestos pero las denuncias continuas evidencian que los complementaron con los beneficios que los mismos jardines producían: aves, peces, frutas o leña.

Cuando Felipe V inicia los ajustes de personal y las medidas disciplinarias se produce entre ellos la primera y única huelga de que tenemos noticia. Es el año 1705 y durante tres

meses paran de trabajar con lo que los árboles quedan sin podar y los esparragales sin cavar.

Desde el principio los árboles tuvieron gran importancia en el Sitio pero al ocuparse de ellos indistintamente jardineros y hortelanos, éstos últimos se fueron desanimando porque lo arenoso del terreno no hacía agradecido su trabajo y no obtenían los beneficios que se conseguían con las flores y las huertas. El resultado fue que la mayor parte del agua la empleaban en los planteles y las huertas. Las *Instrucciones Generales* de Felipe V van a distinguir según su trabajo entre «jardineros» y «arbolistas» y prohiben a cualquier oficial titular sacar provecho de su trabajo. El Arbolista principal está encargado de «la cultura de las arboledas» y no puede cortar, ni arrancar ningún árbol seco o verde, ni las ramas, ni cambiar el trazado de las calles o los plantíos o aumentarlos, sin notificarlo antes al Jardinero mayor del Sitio. Los arbolistas cuidan personalmente huertas y bosques, «crian» árboles frutales y silvestres en huertas, calles y plantíos; limpian y cortan toda clase de breza donde no hay bosque. Se les prohibe que sus animales puedan pacer dentro de la cerca del Sitio. El perjuicio de estas medidas, que también les impiden quedarse con las ramas, y en consecuencia con lo que contienen, ocasiona tal malestar que además de la huelga denuncian al Jardinero mayor, Cosme Martín de Fuentidueña, que se hace conducir esa leña a su posada.

El año 1757 se les da un Reglamento y se comisiona a Francisco Aparicio, uno de los capataces más antiguos, para «recomponer» los jardines. Consigue que de cerca de mil plantas, sólo se le estropeen doscientas, lo que es todo un logro. Carlos III va a traer jardineros italianos que vienen cargados de exigencias, lo que molesta a los empleados españoles. Tan pronto como llega a la Corte desde Nápoles el Jardinero mayor, Florentín Pedro Piccivoli, reclama una casa mejor en los jardines, limpia, con vidrieras en las ventanas y puertas de madera. Se informa que se le había dado cocina,

ropa de cama y mesa, esteras y colchas, pero él exige más muebles, cortinas e incluso imágenes para la alcoba. Le acompaña un ayudante y junto a él trabajará el esclavo negro del rey, Francisco de Borbón.

Las autoridades siempre tuvieron cuidado para que sus disposiciones no supusieran un perjuicio a la belleza del Sitio. Así, cuando en 1708 se crea la Guardia del Príncipe, de infantería, y necesita practicar los «ángulos», se ordena que vaya a hacerlo en el terreno «inculto» que existe entre el pozo de la nieve y la ría del Mallo. Pero a pesar de todo no faltan las quejas de los jardineros, incluso en estos años de visitantes tan limitados, por la molestia que suponen para la perfecta conservación del lugar. La «gente de a pie», recordemos que estaba prohibido penetrar en coche, estropeaba sembrados, tejidos y «emberjados». Se insiste cerca de Felipe V para que unicamente se permita la entrada a los Grandes, Títulos, Caballeros conocidos, ministros y «señoras de estas clases».

En 1740, tras la reforma ya mencionada, hay en el Buen Retiro ocho jardines, cuatro planteles, ocho calles y aparte carreras o paseos de árboles para tan sólo veintiseis jardineros y arbolistas.

El trabajo mayor, cara a la galería, se realiza al llegar la primavera cuando se componen las calles y emparrados con cuatrocientos arcos traídos de Aranjuez y doscientas hileras de fresno, que se piden al prior de San Lorenzo de El Escorial.

Se ha reducido la plantilla en ocho miembros y a cambio se contrata a muchachos de 16 y 17 años, hijos de viudas de empleados, que se ofrecen voluntarios y sin sueldo con la esperanza de entrar algún día en nómina. Existe entre ellos un control mutuo, tanto en lo que se refiere al cumplimiento de la tarea como a las posibles sisas que intentan. Y sabemos, por los expedientes que se conservan, que castigaban con un «mascutillo» a aquel que se escapaba antes de la hora de

salida del trabajo. No nos explican en qué consistía, tan solo que se trataba «de una mortificación introducida entre ellos».

Los sueldos continúan siendo muy bajos con Carlos III como prueba la curiosa petición que hacen para que el Sitio cierre sus puertas una hora más tarde, a las ocho de la noche en invierno y a las diez en verano. Explican que no les da tiempo a hacer los recados de su casa, algo que nos sorprende, pero que justifican «porque el corto sueldo les obliga a comprar de fiado y los comerciantes no se fían de sus mujeres y no dan el género si no es a personas que conocen».

El Jardinero mayor en 1780 cobraba 12.600 rs. al año, los diez capataces 7 rs. diarios, los doce ayudantes 5 rs. y los nueve entretenidos 3 rs. Estos últimos, igual que sus homólogos de las cocinas reales, tenían como función la limpieza y el acarreo del material. Los llamados supernumerarios, hijos de dependientes y en teoría sin sueldo, acabaron cobrando 1 ó 2 rs. diarios. Había entonces empleados con cincuenta años de servicio.

Su horario de trabajo era en verano de cinco a diez de la mañana y de tres a la puesta del sol por la tarde. En invierno de siete a doce y de dos a la puesta del sol. El Jardinero mayor y el capataz tenían posada y el resto médico, cirujano y botica, incluídas las familias. La carne les salía más barata y disfrutaban de cuatro raciones de nieve en el verano, algo indispensable tanto para conservar los alimentos como para refrescar las bebidas. En el siglo XVII se habían construído dos pozos de nieve con objeto de que los dependientes y trabajadores pudieran obtenerla en verano. Se repartía durante cuatro meses, desde junio a septiembre, a los dependientes principales y tres meses a los de categoría inferior. Lo que sobraba, entre 2.700 y 3.000 arrobas, lo subastaban hasta que se quejaron los abastecedores de la capital. Desde 1700 se concedió al Sitio 2.800 rs. vn y 2.000 arrobas al año, mucho menos que antes, como resulta evidente. El Alcaide ayudó entonces a los «más menesterosos», arbolistas

y jardineros, con dos libras diarias durante dos meses mientras que él tenía veinticuatro e igual cantidad las viudas de sus antecesores en el cargo.

Además de los beneficios que obtenían de su trabajo redondeaban su sueldo con otros extraordinarios en casas de particulares. Aunque les estaba prohibido, era dificil para el Jardinero mayor negarse a las peticiones, que aún hoy se conservan, para que les concediera permiso para plantar los jardincitos de las familas Medinaceli, Floridablanca, Alcañices, etc.

Aún en estos años los jardines del Sitio guardan su identidad y se les conoce por sus nombres: del Caballo y de la Reina; del Rey, Parterre, Plantel de la Viña, Plantel de la Magdalena, Jardín de Francia, Jardín de la Primavera y Jardín de San Pablo. Algunos con su estanque, como el del Príncipe y el de la Primavera, éste con noria, barandilla de madera y emparrados.

Los cuidadores siempre van a defender sus creaciones ante el abuso de algunos altos cargos que viven en el interior del parque temporalmente y tratan de beneficiarse. El año 1801 el Intendente de la Real Fábrica de Porcelana, Torrijos, padre del futuro general, solicita del Rey permiso para que pueda pastar en la arboleda y sembrados de la Real Fabrica, atadas a estacas, dos cabras de leche para la crianza de su hijo precisamente. Recuerda Torrijos que Carlos III había dado permiso a varios empleados enfermos y para la crianza de los niños. El Intendente protesta de acuerdo con el Jardinero y Arbolista mayor, Claudio Boutelou, y el Guardia mayor porque «continuamente andan pastando varias cabras y algunas caballerías por las inmediaciones de la Fábrica, sin sujección alguna, pisando sembrados, quebrando los arbolitos y espantando la cría de perdices que con tanto desvelo se procura para la diversión de S. M».

Sabemos que en el año 1772 se colocan en las calles de árboles bancos de madera pintados de verde «para comodidad

de la gente que viene a disfrutar la frondosidad de ellos». Pronto se ve que es preciso componerlos cada año porque los ochenta instalados con la resina que arrojan han manchado los vestidos de los que se sentaban. Se solicita al marqués de Grimaldi hacerlos de piedra blanca de Colmenar, del estilo de dieciseis que había ya frente al estanque, con los respaldos unidos en línea recta y no engrapada, para que sean más sólidos y hermosos. En los brazos tan sólo llevaban un filito «que daba gracia, sin quitar la comodidad».

Ermita de Nuestra Señora de las Angustias.

Su emplazamiento estaba cercano al estanque de las Campanillas. La iglesia fue fundada por Felipe V el año 1723 y con esta advocacion por la imagen «maravillosa», segun los documentos, que en ella se veneraba. La finalidad era que sirviera para administrar los Santos Sacramentos a los habitantes del Sitio en los casos urgentes y de necesidad en que no diese tiempo a acudir a la Parroquia de San Sebastian, a cuya feligresía pertenecía el Sitio. El Capellán estaba sujeto a la jurisdicción del arzobispo de Toledo con 500 ducados de sueldo al año, y había un sacristán eclesiástico encargado de las alhajas y géneros, que cobraba 400 reales. Vivían junto a la iglesia y disfrutaban de médico, cirujano y botica. Se decía misa los días de fiesta, con toque de campanas anticipado, y a diario explicaban la Doctrina Cristiana durante media hora y rezaban el Rosario. Un mozo barría, limpiaba, encendía las lámparas y llevaba el farol cuando iban a dar el Viático, pero al fallecer, en adelante fue el mismo sacristán quien hizo sus funciones, además de tocar el órgano y oficiar las misas.

Se propone por el jefe del Real Sitio como parroquia el 28 de septiembre de 1745 y pasan a depender los capellanes del cura de Palacio, aunque hasta 1758 una bula Apostólica

no la reconoce como tal. Su jurisdicción iba desde la fachada de San Jerónimo por la izquierda hasta el arroyo del Prado y subiendo por él a la esquina del jardín de la Primavera, entre el Prado y la calle de Alcalá, hasta las cercas que rodeaban el Sitio por el norte y poniente hasta el monasterio.

Celebraban funciones especiales al llegar la Semana Santa. A los oficios de la Pasión y el día de la Asunción acudían los niños del Colegio de los Desamparados a los que se les daba de desayunar.

Destacaba en su interior una Virgen de la Piedad fundida en bronce, reproducción de la del Vaticano, con piedras preciosas en el pedestal. La decoración se componía de tres cuadros de San Andrés, San Antonio y San Miguel luchando con Luzbel, obra de Lucas Jordán que también pintó flores en unos espejos de la sacristía; un bello cuadrito de Ardemans, representando a San Francisco de Borja en la puerta del Sagrario; una estatua de San Bruno, obra de Juan Sánchez Barba y los frescos de la capilla de Juan V. Ribera.

En 1793 se celebraron en ella funciones por las salud de SSMM y familia y la felicidad de las armas españolas. En el mes de mayo otras, de desagravio, por los desacatos cometidos en Francia contra los Santos y el Señor Sacramentado. Se decoró la iglesia con tapices en el pórtico, y unas cornucopias que acompañaban la imagen de Nuestra Señora de la Leche. No faltó, como era habitual, el vino de Peralta y los bizcochos de canela para el predicador y el celebrante. Ya en 1808 la situación económica obligaría a rebajar el presupuesto en vino y mazos de hostias. Desapareció mediado el siglo XIX.

El cementerio

Dentro del territorio de la Parroquia, frente al Cerrillo de San Blas, se erigió un cementerio para los feligreses con

Vista del Cerrillo de San Blas hacia 1900. Grupo de personas esperando un desfile militar.

un reglamento sobre las normas a guardar. El cadáver permanecía veinticuatro horas allí, sin ningún acompañamiento. Los familiares pagaban al sepulturero, al preste que cantaba la misa de cuerpo presente y hacía el entierro, al diácono y subordinado que traían de fuera, al sacristán por su asistencia y la lumbre del incensario, al acólito por el toque de campanas y a dos sepultureros. Eso sí, únicamente había una clase de entierro.

Desde 1804 tuvieron los sacerdotes sepulturas separadas de los demás en el presbiterio y cuarto inmediato a la sacristía de la Parroquia.

La Ilustración en el Buen Retiro

Al llegar el siglo XVIII la Cultura habían conquistado para sí una zona triangular de terreno limitado por las calles de Atocha, la carrera de San Jerónimo y el Prado, pues en ella empezó a configurarse lo que pudo haber sido el núcleo de un barrio de las Ciencias, al surgir al otro lado del Prado el Museo de Ciencias Naturales, el Jardín Botánico y en las estribaciones del Cerrillo, el Observatorio Astronómico. Estos edificios supusieron el principio del empequeñecimiento del Retiro que se consumaría un siglo después.

El Cerrillo de San Blas

El peligro más grave, pues se pretendía su desaparición, se presentó el año 1703, cuando el Prior y religiosos del convento de Nuestra Señora de Atocha, invocando los favores que los reyes españoles habían recibido de su imagen, pidieron «que se desmontara, allanara, y en fín se hiciera desaparecer el cerro que dicen de San Blas» porque entorpecía la presencia de gente cuando los reyes acudían a visitar la Santísima Imagen, siendo inevitables los problemas de tráfico

por la cantidad de coches. Añadían que eran muchas las ofensas que a Dios se hacían continuamente en dicho cerro «por ser allí donde se refugian las malas mujeres y gente perdida con mucho escandalo de la Villa de piedad cristiana». Buscaron el momento más oportuno puesto que al día siguiente tenía previsto visitar el Monasterio Felipe V para agradecer las victorias obtenidas sobre sus enemigos en Italia ya que, según declaraba las había logrado «gracias al patrocinio de la Virgen de Atocha». No consiguieron su propósito.

La gran transformación comienza cuando se le asigna un destino cultural a toda la zona del Prado y cercanías. El establecimiento del Museo de Ciencias Naturales, hoy del Prado, del Jardín Botánico y del Real Observatorio Astronómico modifican el aspecto y el carácter de las proximidades. Vendió el Patrono de San Blas parte de los terrenos, que pasaron a formar parte del Sitio, y con el dinero construyó un juego de pelota que le reportó nuevos ingresos con los que seguir el culto de la ermita. A finales de siglo ya serán cuatro los juegos al aire libre con una gradería para contemplarlos.

No pocos problemas hubo para cuidar aquella zona limítrofe. Se decidió quitar los almendros y plantar encinas, robles y alcornoques para que se criasen mejor las perdices. Era frecuente la presencia de cazadores furtivos que perseguían a las perdices y conejos que, asustados entraban en el Botánico destrozando lo que encontraban a su paso. Pero también los visitantes del Botánico estropeaban los árboles del plantío de San Blas con sus caballerías, que acostumbraban dejar sueltas.

La Fábrica de Porcelana

El año 1738 el futuro Carlos III de España, entonces Carlos VII de las Dos Sicilias, se casaba con María Amelia de

Sajonia. Ella aportaba como parte de su ajuar una magnífica vajilla y otras varias piezas de porcelana. Su esposo decidió establecer una manufactura junto a su palacio de Capodimonte, cerca de Nápoles, que hiciera piezas al estilo de la de Sajonia contrantado para ello a los mejores artistas, y haciendo llevar tierras que se asemejaran. Cuando en 1759 llegó al trono de España dispuso que el personal que lo deseara viniera aquí con el material, elementos químicos o pasta para componerlos. Al parecer los secretos de la fabricación fueron cuidadosamente trasladados de forma que no pudieran copiarse.

Esquilache tomó las medidas oportunas para el transporte desde Italia, tanto de la Familia Real como del personal y utillaje de la Fabrica, hasta Madrid. Mientras la mayoría de los viajeros desembarcaron en Barcelona, los operarios siguieron en barco hasta Alicante y Cartagena «para mayor comodidad» pues allí estaba preparado el carruaje para el traslado a Madrid. El peso del equipaje era de 7.890 arrobas, 422 de pasta ya elaborada con la que se producirían las primeras piezas. El 11 de noviembre, ya en Madrid, Bonicelli obtiene autorización para gastar cuanto necesite. Grandes sumas de dinero va a costar esta fábrica que nunca llegó a amortizar sus gastos. Se decide que el lugar idóneo es la ermita de San Antonio, en el Sitio del Buen Retiro. De la obra se encarga el arquitecto real D. Antonio Carlos de Borbón. Se levanta rapidamente un edificio con tres pisos y seis pabellones. Se calcula que el gasto en la primera etapa, sólo para habilitar los talleres sobrepasó los seis millones de reales, sufragados por el Rey. Al principio los operarios llegados de Nápoles se instalan en casas alquiladas en la calle de Atocha y Desamparados, pero como son insuficientes Bonicelli reclama las llaves de algunas viviendas del Barrio Nuevo en el Retiro y otros residirán en el Barrio de San Antonio, también dentro de los jardines. En 1760 se les construye un edificio. Mientras, se busca solución al problema del

abastecimiento de aguas. Hay que limpiar el antiguo molino de papel del Baztan, un cuarto de legua mas abajo del Sitio de San Fernando, para que suministre la necesaria. No es al parecer muy sano el vivir cerca de la fábrica, los residentes contraen fiebres tercianas por las aguas acumuladas en un estanque posterior, que se ciega. Viene luego la reclamación de cochera y caballeriza por Bonicelli, algo que aunque se oponía a las órdenes reales acaba concediéndosele y se le habilita un local cubierto en el llamado Barrio de las Vacas.

Hay en la Fabrica tres epocas. La primera de 1760 a 1783, la segunda de 1783 a 1803 y la tercera de 1804 a 1808. En la primera se hacen pruebas para conseguir una porcelana resistente a altas temperaturas porque si bien junto con los operarios se trae de Nápoles 422 arrobas de pasta elaborada por Cayetano Schepers su primer director, se trata de buscar nuevos materiales para evitar la dependencia. La fábrica se costeaba exclusivamente de las asignaciones del monarca, para quien trabajaba. Los gastos fueron subiendo con los años llegando a 121 millones de reales en 1787. Tras la muerte de Carlos Schepers, que había sucedido a su padre, se inicia una segunda etapa con los hermanos Carlos y Felipe Gricci (1763-1803). Además de los problemas técnicos y económicos, las relaciones entre las familias Schepers y Gricci eran pésimas. Continuarán estos años los intentos de mejorar la calidad de la pasta sin éxito hasta que Carlos IV decide enviar a Francia a Bartolomé Sureda para que aprenda a fondo las técnicas de fabricación de la porcelana. Se inicia así el último periodo con el regreso de Sureda desde Sèvres para hacerse cargo de la dirección y el logro de una pasta similiar al caolín. Consigue además organizar al personal con técnicos franceses y publicar un nuevo Reglamento, pero cuando parecía comenzar un periodo de esplendor se produjo la invasión francesa. El 24 de junio de 1808 el establecimiento fue convertido en destacamento de las tropas y ya en 1812,

al caer en manos del general Hill, que expulsó a las tropas francesas del Retiro, fue volado.

Hoy podemos contemplar algunos salones decorados con esta porcelana en el Palacio de Aranjuez con espejos, centros de mesa, relojes, etc y el despacho del monarca. Además muchas piezas sueltas se conservan en el Museo Arqueológico y en el Municipal, de Madrid.

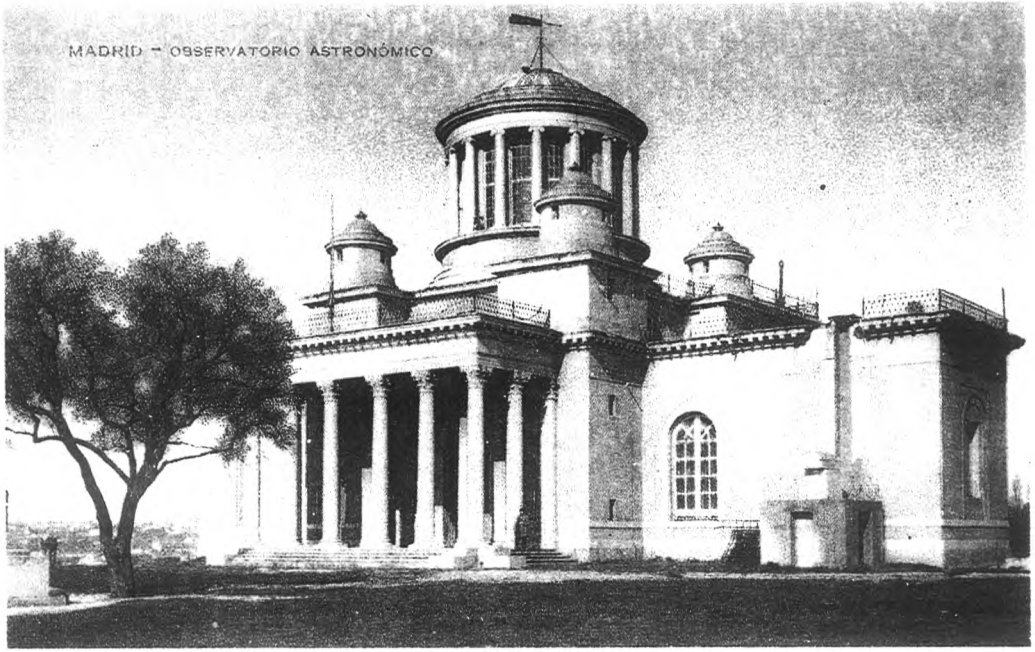
El Observatorio Astronómico.

El proyecto fue iniciativa del célebre marino Jorge Juan, quien sugirió a Carlos III su realización, que completaría una zona de Madrid destinada a la Ciencia, junto con el Gabinete de Ciencias Naturales y el Jardín Botánico. Encargó el monarca los planos del edificio a Juan de Villanueva y envió pensionado al extranjero para perfeccionarse en Astronomía al matemático Jiménez Coronado. Nada se hizo sin embargo hasta el año 1789 en que Floridablanca trató de llevar a cabo el proyecto, llamó a Jiménez Coronado y señaló un lugar para levantar el edificio en el Cerrillo de San Blas, donde existía un polvorín.

El arquitecto prefirió el lugar de la ermita, que se derribó después de indemnizar al propietario con otra ermita cercana.

La primera piedra se colocó en 1790, por Carlos IV. Aquel mismo año, aún sin edificio, comenzó la enseñanza de la Astronomía, que adquirió gran importancia, con instrumentos traídos de Inglaterra. Su director, Jiménez Coronado, regaló dos globos, celeste y terrestre, aquel mismo año a los Infantes para que estudiasen con ellos Geografía.

Dos artistas marcharon pensionados a Londres y a su regreso se colocaron al frente del taller de máquinas realizando algunas excelentes que aún se conservan. Para comenzar



El Observatorio Astronómico en una postal antigua.

la construcción de la Carta geodésica se creó en 1796 el Cuerpo de Ingenieros cosmógrafos del Estado.

La obra del Observatorio iba tan despacio que se hizo otro provisional en el altillo de San Pablo del Retiro. Durante la guerra de la Independencia los franceses instalaron allí un cañon y sufrió los consiguientes daños, entre otros la destrucción del telescopio de Herschell, que se había traído de Londres.

Aunque en 1813 Santiago Gutierrez de Arintero, discípulo de Villanueva, se hace cargo de la restauración del edificio aún sin terminar, no empieza a funcionar por completo hasta finales de 1845. Se comisionó entonces a dos catedráticos de Matemáticas para examinar lo que se enseñaba en el extranjero. Los primeros trabajos que se efectuaron fueron entre otros la observación del paso de Mercurio, el eclipse de 1899 y luego la determinación de la longitud y latitud geográfica de distintos puntos. Se ha trabajado además en la observación de manchas solares, asteroides y cometas, superficies planetarias y metereológicas.

El Observatorio fue lo único recordado del Retiro por los pintores románticos, que lo retrataron idealizado en medio de un bosque. Desde el otro lado del río resultaba un hermoso elemento de la parte sur de la Villa que llamaba la atención de los viajeros que llegaban a la capital. Galdós nos dejó una descripción de lo que se veía desde él:

> «Luego le cautiva y embelesa el fondo de país suburbano que se extiende ante su vista, en cual comprende el Hospital, la Estación, fábricas y talleres remotos y, por fín, los áridos oteros de los términos de Getafe y Leganés. No lejos de las últimas construcciones se nota algo que brilla a trechos entre los pelados chopos, como pedazos de un espejillo que se acaba de romper en las manos de cualquier ninfa ribereña. Es el río, que debe su celebridad a su pequeñez, y su existencia a una lágrima que derramó, sin duda, San Isidro al saber que estos arenales iban a ser corte y cabeza de las Españas».

A pesar de que el terreno del Observatorio se incrementó en 1853 con un solar de 488.474 pies cedido por el Real Patrimonio, continuó siendo un islote en poder de gentes de mal vivir, pues como declaraba el elegante conserje de «El doctor Centeno» galdosiano:

> «¡Se ven por aquí unos puntos... !El señor director trabaja para que el ministro nos mande cerrar estos terrenos, a ver si nos vemos libres de la gentuza que viene aquí a tomar el sol... o a tomar la luna, que de todo hay...»

Los golfillos de «La Busca» de Pío Baroja, que pasan una noche de lluvia acurrucados en la columnata y contemplan el amanecer, dan muchos detalles de las actividades de los individuos que allí vivían.

El Observatorio, uno de los edificios más bellos de Madrid, ha sufrido ya en este siglo un lamentable olvido , especialmente en lo que se refiere a su entorno y no podemos dejar de transcribir el acertado juicio que en 1951 hacía el arquitecto Fernando Chueca, por desgracia aún válido:

> «Piénsese por un momento qué hermosa ocasión se deparaba para que el Retiro terminase por este lado en una accidentada y pintoresca vertiente, en cuya cumbre lucía espléndido el Observatorio. Pues bien, en la curva que enlaza el paseo de Atocha con el de María Cristina se han edificado unas pocas casas, que han tapado vilmente la belleza del templete de Villanueva. Casi tanto supone el haberlo ocultado como el haberlo hecho desaparecer, y de la misma manera es condenable tamaño delito artístico. Estas son, sin duda, las casas que con más gusto derribaría en Madrid».

Los visitantes de este tiempo y sus problemas de vestuario

El 1 de octubre de 1743 Fernando VI permite la entrada en el Real Sitio a «personas decentes» en horas regulares para pasear o recrearse, con tal que no sean mujeres de apariencia sospechosa, mal vestidas ni con mantillas y que los hombres

no vayan a caballo ni con capa y gorra sino en «traje regular» de cortesanos. Todos debían apearse en la puerta de Aparicio y entrar a pie dejando sus coches en la parte de fuera, sin excepción alguna. No se permitía la entrada en jardines o planteles a comunidades, ni regulares ni seculares, ni a familias enteras y estaba prohibido todo lo que sonara a diversión colectiva: bailes, músicas, comidas, etc. De estas prohibiciones quedaban libres únicamente el Alcaide, su madre y el hijo primogénito que podían utilizar coche y el médico del Sitio, en casos de urgencia y con inclemencia del tiempo, siempre que acudiera en línea recta a casa del paciente. Tan solo el día de la fiesta de Nuestra Señora de las Angustias todo género de gente podía visitar la ermita para ganar el Jubileo.

En 1767, ya con Carlos III, un «Aviso al público» detalla las normas a cumplir por los visitantes, así como el aparcamiento de carruajes en el exterior, condiciones para los puestos de refrescos, asientos, etc. Se insiste en el atuendo los hombres «peinados, sin gorro, red, montera, ni cosa que desdiga del traje decente que se usa; es decir en casaca y chupa, sin jaquetilla, capa ni gabán». Las mujeres al entrar guardarían el manto, pues a la que se le vea en el hombro o en la cintura «se le quitará por los Guardas Reales del Sitio sin que sirva de disculpa el ambiente u otra razón».

Hay problemas continuos por el interés de los responsables de los jardines en que éstos no sean invadidos por el pueblo, al que adjudican en sus informes toda clase de calificaciones despectivas. Las mujeres son las más insumisas y en consecuencia las más perseguidas. Ya en los últimos años del siglo XVIII, con Carlos IV, el Intendente se ve obligado a responder defendiéndose de los ataques recibidos.

Aclara que desde que en los años 40 se arreglaron las Ordenanzas del Real Sitio, estaba prohibido llevar mantilla en el interior del parque. Cuando, en 1792, SM tuvo a bien conceder a los Reales Hospitales el beneficio producido por la elevación de dos globos aerostáticos, el público pagó por su

entrada y se permitió el acceso a toda clase de gentes y trajes: «Desde entonces fue tal el desorden, especialmente del pueblo bajo de Madrid, no sólo en ponerse mantillas sino en causar muchos daños y escándalos». La alternativa propuesta por Godoy para controlar la entrada tampoco le parecía oportuna. Se trataba de abrir unicamente las puertas un día a la semana para que las gentes pudieran ver las fieras, con mantilla si lo deseaban. Consideraba el Intendente que entonces se chocaría con las personas de primera y segunda jerarquía de Madrid «que son las que más disfrutan de este paseo y no la gente vulgar e indecente», además de que el desorden ese único día de apertura sería tal, que todos los dependientes del Sitio no serían suficientes para el control.

Las reclamaciones de mujeres ofendidas por la incautación de sus mantillas y los modales empleados por los guardas son numerosas, a pesar de que éstos tienen órden de no tocarlas ni obligarlas «con alboroto». Entre otras, se conserva la de unas señoras valencianas, familiares de un empleado del Palacio, que alegan que al llegar de fuera de Madrid no conocían el Reglamento y se habían abrigado por el mucho frío. La conclusión desesperada del Intendente es ésta: «Es un asunto escabroso, fastidioso e impertinente, que se puede imaginar, pues es punto menos que imposible contener y arreglar a razón al género femenino de un populacho como Madrid».

Lo cierto es que a diario se quitaban de cinco a seis mantillas por término medio, que pasaban al Hospicio, donde salían a subasta. Se conserva la descripción detallada de cada una, con lo que sería fácil y curioso hacer un estudio de cómo era esta prenda y sobre todo de su variedad. Se usaban en todas las épocas del año, hechas en tafetán negro, estopilla blanca, muselina negra o floreada y adornadas con encajes, cintas, festones, etc.

Diversiones

Los animales son, durante los siglos XVII y XVIII, la gran atracción del Buen Retiro. Los hay de todo tipo y condición: fieros, que se controlan en jaulones; mansos, que terminan la mayor parte de las veces su existencia en la mesa real; voladores, que aterrizan en determinadas épocas en el parque y son el blanco preferido de los monarcas; acuáticos, que además de entretener dejándose pescar solucionan el problema de abastecimiento de pescado fresco al Real Alcazar al llegar la Cuaresma y la Navidad. Hay regalos continuos de animales a los monarcas, como el de la Congregación de Santa Bárbara que entregaba unas osas domesticadas a Felipe V en 1705.

Los gastos de mantenimiento de leones, tigres, águilas, etc., corrían por cuenta del Bolsillo secreto del rey. En los primeros años del siglo XVIII se morían de hambre porque se alimentaban con carne de caballos muertos. Es un flamenco, Pedro Frauchin, el que se encarga de cuidar entonces a los ocho lebreles que se han mandado de Flandes para Felipe V y a los que da vaca y carnero, pero a pesar de sus esfuerzos los perros son inútiles para la caza . Como los gastos son muy elevados se decide obligar a las carnicerías a que suministren algunas asaduras de vaca y carnero con el fin de que no se malogre la diversión real. Ya en 1757 empieza a ser un problema el dónde colocar tantas fieras que apenas caben en las jaulas porque es aconsejable, dicen, que no haya más de dos o tres en cada una y se decide no admitir más. Se exceptúan los leones, que son muy apreciados y así un año más tarde el gobernador de Orán envía a su sobrino con una leoncita cachorro como regalo a Carlos III.

Ya en 1794 ha muerto el único león que había en la Leonera sin que se sepa el motivo. Se da parte al Director del Gabinete de Historia Natural por si quiere llevárselo. Como posibles causas se menciona la estrechez y mala situación de

la casa en que se custodian. Aquel año hay una vicuña y su cuidador informa con orgullo sobre lo que ha hecho con ella: «Se puso a mi cargo flaca, cubierta de percoz y sin lana y hoy se halla gorda, limpia y con lana natural. Le he dado cebada, yerba de alfalfa verde, lechugas, tiene gran pasión por ellas; de noche salvado con paja, agua de continuo. Y en vasija limpia por lo escrupuloso que es el tal animal en el beber. Quiere libertad, no se tendrá en caballeriza ni estancia oscura, en corralón grande donde vea verde y pueda pastar y revolcarse. Es mansa y muy doméstica y le gusta que le acaricie el que le cuide».

Es conocida la afición de nuestros reyes por la caza y, aunque hoy resulte dificil de creer, los Jardines del Buen Retiro fueron un lugar perfectamente adecuado en pasados siglos para este deporte.

El año 1705 muchos tiradores acudían a las tapias del Bosque y del Palomar para entrenarse, especialmente los días de fiesta cuando se oían repetidos tiros de escopeta. Se ordena entonces que si se trata de «personas de atención» se las envíe a la otra parte del arroyo de Abroñigal hasta Vicálvaro y Vallecas y si son «personas corrientes» se vayan al otro lado del Manzanares.

Hay una parte reservada en los jardines donde unicamente puede cazar el monarca; en el resto, algunas personas consiguen un permiso especial, como dos empleados de Felipe V encargados de su alimentación, el guardamangier y el cocinero, a los que se les permite en la granja de las monjas de San Jerónimo.

Fuera de la zona de bosque había varios palomares en el Retiro, que se usaban según la estación del año. Así, cuando soplaba el viento el monarca acudía al que se denominaba «bajo o del Pozo». Llegaba hasta ese lugar en coche pero a veces se encontraba con pequeños problemas, como sucedía en días de lluvia, cuando el carruaje tenía que dejar a Carlos III lejos, porque no podía atravesar la vereda tan

angosta y el monarca se mojaba, así que se decidió ensancharla. La ermita de San Bruno fue otro de los lugares a cuya torrecilla se acogían las palomas y allí iba este rey a tirarlas.

Siempre hubo algunos vecinos del Real Sitio que metían sus bueyes, cerdos o cabras a pastar dentro y cuando se les sorprendía alegaban ignorar que estuviera vedado.

Pero los abusos no eran sólo de los vecinos, incluso entre las máximas jerarquías del Sitio hubo graves discusiones referidas a la caza. En 1788 el Intendente del Buen Retiro es sorprendido cazando conejos por el Guarda Mayor y responde en su defensa que pensaba que se trataba de alimañas. Así y todo, aquel le quita la escopeta lo que se considera una insubordinación. Se dicta entonces una Instrucción para que el Ballestero y el Guarda mayor sepan sus obligaciones con respecto a la caza volátil, terrestre y pesca en los estanques y el cuidado que deben tener para que los venados grandes no se desgracien.

En 1778 una Real Orden marca los límites de prohibición de caza. Los cazadores furtivos suponían un peligro porque tiraban desde la Puerta de Alcalá sobre el bosque, a pesar de que estaba prohibido.

De la caza, Carlos III tuvo preferencia por las ánades, lavancos, tochas y otros géneros de aves forasteras . El Guarda estaba obligado a avisarle cuando llegaban al parque «por si gustaba ir a matarlos» y debía saber adonde acudían y colocaban sus nidos para que ninguno los pisara, especialmente si se trataba de perdices, que eran las favoritas del monarca.

Iban también los reyes a pescar a los estanques, donde muchas veces se acababan de volcar los peces traídos de otro lugar. No faltaron tampoco los gamberros que llegaron a pescarlos incluso con la punta del espadín.

El año 1706 se hace una curiosa petición por la madre Mariana Francisca, del convento de Santa Teresa, para que se envíen algunos peces al estanque de su convento «para diversión de la comunidad».

Ya en los últimos años del siglo hay palomas, perdices y cerca de 800 patos en los estanques por lo que se decide pasar algunos a la Casa de Campo, después de cortarles las alas.

La técnica como recreo.

El interés que el mundo de la Ciencia y la Técnica despierta en los hombres de la Ilustración se extiende también a las exhibiciones que se realizan en el Sitio, ya en la segunda mitad del siglo XVIII.

El Estanque Grande es el lugar ideal para ensayar nuevos tipos de barcos, de motores, etc. Llegan extranjeros a la Corte a los que se abren las puertas de Palacio y que más de una vez fracasan. Eso le había sucedido a Martín Brusein, un clérigo francés catedrático de matemáticas y lenguas hebrea y griega en el Museo de Burdeos, con una máquina que presentó a Carlos IV en el Sitio de La Granja de San Ildefonso. Insiste de nuevo poco después para que le permitan mostrar otro invento que mide las dimensiones y figuras de la tierra: «Mucho menos costoso que el método que empleó Jorge Juan, Antonio de Ulloa y otros». El encargado de concederle la licencia responde: «Dígale a ese charlatán que yo en nombre del Rey no empleo mal sus fondos». Pero él insiste y el 17 de octubre de 1800 presenta al público de Madrid, en el estanque del Retiro, previo pago de una entrada, una máquina hidráulica de latón y hojalata, que levanta el agua a cuatro pies por impulso propio.

Otro extranjero que ya ha actuado ante monarcas de Europa, Vicente Lunardi, expone en 1792 su deseo de «echar a volar un globo dentro de las cercas del Real Sitio». En los primeros días de agosto de aquel año, los organizadores del acto, el duque de la Roca y la Real Junta de Hospitales publican un cartel con las instrucciones a seguir por el público

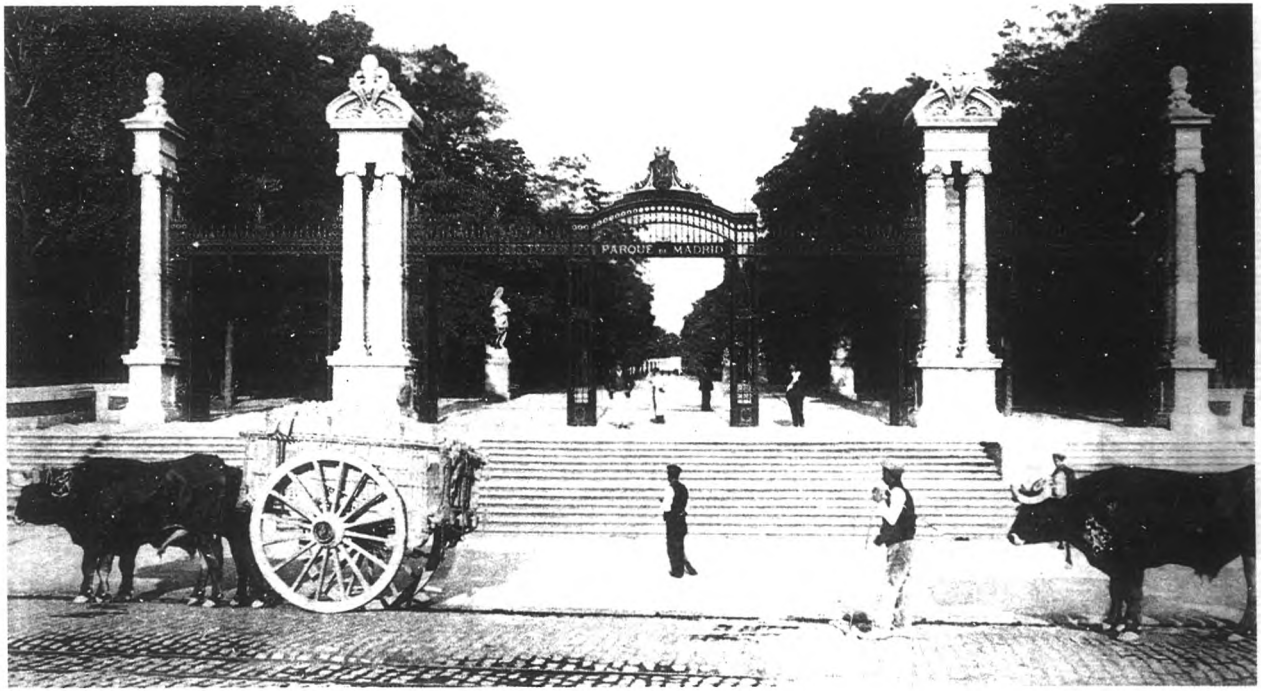
asistente. Se refieren en él a los lugares de aparcamiento de carruajes y a ciertas normas a guardar respecto al vestido. «Al entrar las mujeres con mantilla se bajarán ésta de la cabeza, y los hombres con capa se quitarán el embozo». Podían llevar quitasol, con la condición de recogerlo a la hora de volar el globo. Dentro del Sitio esos días hay que solucionar el problema que va a plantear un espectáculo que se realiza en un espacio abierto y se eleva al cielo. No se puede impedir a los empleados que viven en los barrios Nuevo y Hermoso, dentro de los jardines, que lo vean sin pagar pero entonces se reduce el beneficio que tienen previsto conseguir los Hospitales de la Corte de las entradas, y el resto del personal se siente discriminado. Se les permite a los que habitan en las plazuelas del Palacio que ocupen las buhardillas y así no quitan un pie del terreno señalado al público.

Era la primera vez que se empleaba el gas en Madrid. El doce de agosto a las cuatro de la tarde comenzó a llenarse el globo; medía 31 pies de diámetro, estaba fabricado con tafetán carmesí y pajizo y rodeado de una red de cordones de seda «hecha a punto de peluca». Mientras se hinchaba, las tres bandas de música militares amenizaban la espera. A las cinco y media llegaron S. A. R. el príncipe D. Carlos, D. Antonio y D.ª Josefa al Parterre. A las seis menos dos minutos Lunardi, tras saludar a la familia real, y a los compases de una marcha compuesta en Londres alusiva al objeto del vuelo por Samuel Westley, subió sobre la galería del globo, que tenía forma de pequeño sofá con asiento y respaldo. Puesto de pie sobre éste y agarrado con una mano de uno de los cordones, saludó antes de partir y, ya en el aire, tomó las banderas que llevaba con las armas reales de España y de Madrid y las fue tremolando, dejándolas caer desde lo alto. Se elevaba «con la mayor felicidad, desembarazo y espíritu» y a las 6'45 se perdió de vista. La familia real quedó muy «contenta y divertida» y «el pueblo muy gozoso sin la menor quimera, ni desavenencia». Según las crónicas, los

asistentes sentían «un contraste de temor luchando con el más íntimo regocijo y gratitud pública». La aventura pudo acabar en tragedia porque al pasar por el pueblo del Fresno, vecino a Daganzo, los lugareños al ver el globo: «pensando que sería cosa del otro mundo, echaban a huir amendrentados, y las mujeres, llorando a lágrima tendida se iban corriendo a sus casas, y un guardia de viñas echó mano a la escopeta y le iba a tirar un balazo y no lo hizo por el susto». Por fortuna aterrizó en lugar más pacífico. Al día siguiente el «Diario de Avisos» de Madrid publicaba el siguiente epigrama:

«De suerte llegó a elevarse
que si Lunardi aquel día
iba en gracia, faltaría
muy poco para salvarse»

Esta diversión, de que los madrileños pueden difrutar sin tener que pagar, tendrá mucho éxito en los años siguientes y el Parterre es uno de los sitios preferidos como punto de partida. Cuando Lunardi sale de Palacio Real, el conde de Aranda propone que como compensación a lo que deja de ganar por las entradas se le conceda la misma cantidad que a un general por una hazaña.



Puerta de España en el Retiro, en 1915. Situada en la calle Alfonso XII, da entrada al Paseo de las Estatuas.

SIGLO XIX

Si durante los dos siglos anteriores la vida en los jardines el Buen Retiro había sido la propia de un lugar destinado al disfrute de reyes y cortesanos, con una calma que acreditó como acertada la denominación, durante el XIX acontecimientos políticos importantes lo destruyen y la especulación lo hace víctima inocente de atropellos urbanísticos. Al finalizar el siglo el parque es ya en su estructura bastante parecido al actual.

La invasión francesa del Sitio

El mes de marzo de 1808, Murat se aproxima a Madrid y Fernando VII da las órdenes para que el Veedor del Real Sitio, puesto que el cargo de Intendente está vacante, prepare todo para su alojamiento. Pero el francés rehusará la oferta ya que al parecer no quiere ocupar las mismas habitaciones en que se había alojado antes la amante del Príncipe de la Paz, Pepa Tudó. Su idea es convertir el lugar, por ser el punto más elevado de Madrid y aislado del centro de la población, en una fortaleza. Tras conseguir el permiso real, el capitán de ingenieros francés Mr. de Saintigue examina las condiciones y un día después el general Grouchy envía al Retiro un regimiento de infantería de dos mil hombres. Acampados en los jardines, recurren a la leña para prepararse sus

comidas y ocasionan varios incendios en vista de lo cual se decide suministrarles carbón.

Por desgracia el Retiro tiene un lugar privilegiado en los sucesos del 2 de mayo de 1808. En las fechas siguientes Murat ordena que las señoras de honor, camaristas y algunos criados del Palacio Real se trasladen al del Retiro. Es Lugarteniente General y aspira a ocupar el puesto para el que Napoleón designará a su hermano José. La enfermedad que le aqueja entonces es debida, según sus enemigos, a este nombramiento y el disgusto que le produce, mientras otros culpan a los vinos «fuertes y licorosos» a que no estaba acostumbrado. Su temor a un posible envenenamiento se demuestra en la órden para que el pescado fresco de su mesa provenga del estanque del Real Sitio.

El ataque del 3 de diciembre de 1808, dirigido en persona por Napoleón se efectúa desde el Retiro. Con el sucesor de Murat, el general Savary, el parque acaba ya por convertirse en una ciudadela. Ocupan las tropas las casas vacantes, se bañan en los estanques, cazan, etc. Los empleados que allí residen se asustan y comienzan a enviar a sus familias fuera del recinto. El general Belliard hace llamadas a la serenidad pero lo cierto es que se evacua la Parroquia, la casa de los capellanes y así sucesivamente a medida que van necesitando más espacio para alojar a los convalecientes. Sólo queda a los españoles como desquite pequeñas venganzas como la del Mayordomo mayor que, alegando la falta de personal para atenderla, decide suprimir la iluminación externa que se hacía por aceite y deja a oscuras el lugar.

El Jardinero mayor, Pedro Boutelou, se lamenta de que no puede cuidar el plantel de San Antonio por las maniobras que allí ejecutan los soldados, que han sustraído las frutas y verduras e inutilizado algunas norias. Poco a poco los jardineros abandonan sus casas hasta que no queda ninguno.

El regreso de Fernando VII

El 14 de mayo de 1814, después de seis años de ausencia, el Rey vuelve a Madrid. Y hay que reconocer, que quizás precisamente por su superficialidad, una de las primeras cosas que le interesa es conocer el estado en que ha quedado el Retiro. Ya en junio manda que se le prepare un informe y a continuación se inician las obras de desmonte. Ante la destrucción casi total del Sitio por los franceses, se decide no reconstruirlo, tan sólo restaurar lo que queda como la Casa-palacio de San Juan, la Pajarera, el Embarcadero. El se reserva una zona de uso exclusivo para la familia real y permite el acceso del pueblo al resto de los jardines.

La zona reservada es un triángulo desde el olivar de Atocha al estanque y de éste a la Montaña artificial que entonces se construye. El bosque donde en siglos anteriores se cazaban grandes venados, se dedica ahora a pasto del ganado lanar y cabrio, de propiedad real.

Las obras del Buen Retiro son muchas en esos años. El Intendente General de la Real Casa, don Martín de los Heros, proporciona los medios para que el administrador, D. Ventura Fontán, pueda hacer frente a la reforma de pozos de nieve y jardines. El antiguo Ochavado, ya conocido desde el XVIII como Parterre, plantea algunos problemas. Se piensa primero instalar en él una huerta-jardín, pero al existir el peligro de robos se decide que no compensa el gasto que supondría en vigilantes. Al final se adorna con arbustos de flor entre cuadros de boj y en las calles se plantan castaños de Indias y árboles equivalentes, que lo hacen vistoso sin un gasto excesivo.

Ha sucedido a la grandeza del tiempo de los Austrias un quiero y no puedo, y en lugar de grutas y ermitas decoradas por los mejores artistas, se levantan casitas y montañas que no pasan de pequeños cerros. Se suprime lo agreste del lugar y se prefiere lo barato y aparente, lo cursi en definitiva. Es

el Retiro el reflejo de la sociedad de entonces. Acertó plenamente Benito Pérez Galdós en el juicio puesto en boca de uno de sus personajes:

> «Todos aquellos regios caprichos, así como la Casa de Fieras, declaran la época de Fernando VII, que si en política fue brutalidad, en artes fue tontería pura».
>
> (B. Pérez Galdós. *La de Bringas)*

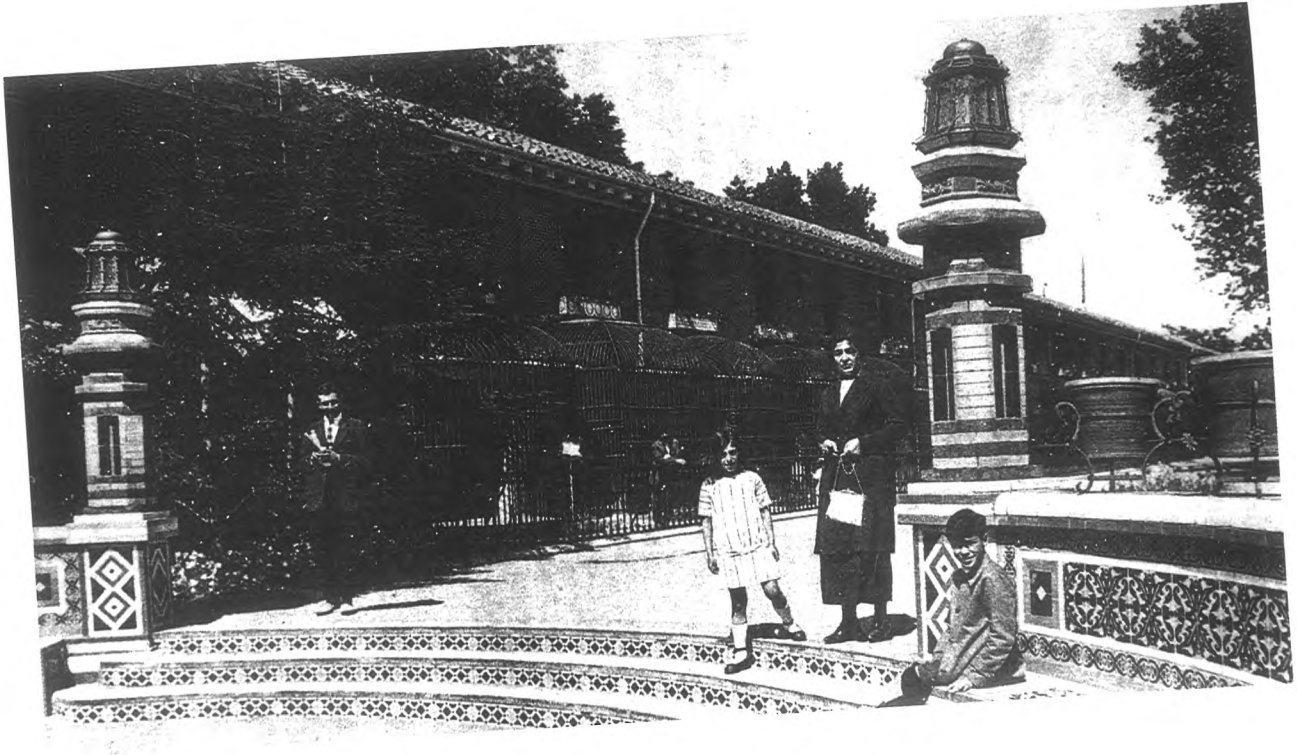
En aquellos años, señalaba Mesonero Romanos, aún el Parque impedía que el caserío se extendiera más allá y quedara convertido en un bulevar interior. Desde la esquina meridional hasta la del Norte, donde se alzó la Montaña artificial era «el non plus ultra» de Madrid.

Se conservan de las construcciones de aquella «zona reservada» tan solo la Montaña artificial y la Casita del pescador. Han desaparecido ya:

El Gabinete del Pobre. Estaba a la izquierda de la fuente de la Salud, entre la Casa de Vacas y la estatua de los Quintero. Era una casita que representaba el hogar de una familia pobre con figuras móviles de tamaño natural. En la primera habitación una aldeana hilaba mientras mecía a un niño en su cuna. Los utensilios de cocina y comestibles eran de imitación. Al fondo un recinto reservado a un matrimonio de indianos, recién llegados de Cuba, que representaban a los protectores de la familia pobre, con su hijo que hacía gimnasia. A la derecha, la alcoba con el marido de la aldeana en la cama, que se incorporaba y asustaba a los chiquillos.

Muy cerca de este lugar se conserva, aunque no se usa, frente a la Casa de Vacas, una gruta con fuente de agua que era famosa por su calidad y frescura.

El Salón Oriental. Hoy lo ocupa la sala de fiestas Florida Park. Bajo su apariencia rústica escondía unos comedores y un salón rotonda adornado con sedas y objetos de la China. Las columnas se remataban con cabezas de elefantes con colmillos reales y la escalera resultaba muy curiosa porque imitaba cañas.



Entrada a la Casa de Fieras. 1920-1925.

Gabinete del contrabandista. Pintado al temple con los atributos alusivos a la fábrica de China, tenía en el centro un velador y tres gabinetes decorados con raso y terciopelo.

> «El médico había ordenado que Isabelita fuera sacada a paseo todas las mañanas. El tiempo estaba hermosísimo y convidaba a gozar de la apacible amenidad del Retiro. Empezó la dama sus paseos matutinos con Isabelita y el pequeñuelo, y desde el segundo día se le agregó el señor Pez, que padecía de rebeldes inapetencias. (...)
> ¡Qué contentos iban los cuatro a lo Reservado, cuya entrada se les frecuentaba por ser Rosalía *de la casa.!* ¡Y cuanto gozaban los chicos viendo la Casita del Pobre, la del Contrabandista y la Persa, echando migas a los patitos de la Casa del Pescador, subiendo a la carrera por las espirales de la Montaña artificial, que es, en verdad, el colmo del artificio.»
>
> (Pérez Galdós. *La de Bringas)*

La Casa de Fieras. Desde su creación por Fernando VII, se convierte en uno de los lugares más visitado por los madrileños.

En el lugar que hoy ocupan las oficinas del parque, en ese edificio de dos plantas, tenía Fernando VII su *gabinete,* cubierto de raso, ricos muebles y alfombras; sala, dos gabinetes y un retrete para invitados. Gran cantidad de animales disecados decoraban las estancias. En la parte inferior se abrían las jaulas que se correspondían con otras de hierro en el exterior.

Se conserva aún el gran patio irregular con una gran jaula o kiosco de monos y la elefantera. En otra sección se hallaban las llamas de Perú, los pavos reales blancos del Japón, las cabras de Egipto y las gacelas.

El director de la Casa de las Aves era en 1816, Eusebio Arias, que llevaba en el cargo 32 años. Los gastos los costeaba el Bolsillo secreto de SM y aquel año se publicó su Reglamento con el número de dependientes y sueldos. Trabajaban en total once personas, incluídos los mozos de casa y jardín, el aparejador de obras, tres viudas y dos menores.

El año 1832 el director de la Casa de aves comunicaba que la elefanta, al pasear por el jardín reservado, había causado graves daños en la «real casa leonera». Había catorce clase de gallinas, cuyos huevos a final de siglo se vendían en las oficinas.

El *baño de la elefanta* estaba frente a la Rosaleda actual. Se permitía bañar a los perros en las horas que no lo utilizaba su popular propietaria. Un error no aclarado dejó que pasase a la historia del anecdotario del parque como «Pizarro» ya que así la conocían los madrileños. Un día de 1863 logró escapar a la vigilancia y entró en una tahona donde comió hasta quedar harta, tras de lo cual se dejó conducir de nuevo a su morada. Al morir su esqueleto fue disecado y pasó al Museo de Ciencias Naturales. Más tarde se hicieron en este lugar casas para guardas y empleados.

Café y botillería.

Durante el reinado de Fernando VII se decide trasladar al cuerpo de guardia del Buen Retiro y habilitar su alojamiento para instalar un cafe-botillería. El negocio al parecer era ruinoso porque en 1834 el propietario suplica que se le rebajen a cuatro los nueve reales que debe pagar a diario por el local, ya que ha sufrido grandes pérdidas. Pone como testigos de su pobreza a dos clientes, el director del Gabinete Topográfico, D. León Palacio y al pintor de Cámara, Madrazo. Al final acaba traspasando el negocio por menos dinero del deseado.

La escuela.

Ya en el siglo XVIII una maestra atendía a los hijos de los empleados en el Real Sitio. El año 1796 su viudo, organista agregado a la capilla de San Felipe Neri, solicita del rey alguna pensión porque las clases particulares que da a algunas señoritas de Madrid no le alcanzan para sostener

a su madre anciana y a sus cuatro hijas. Se le concede un real por hija.

Fernando VII dicta el mes de mayo de 1832 una Real Orden para que se establezca una Escuela de Primeras Letras, bajo la dirección de un maestro aprobado por el Consejo que cobrará nueve reales diarios. En ella trabajarán un maestro para niños y una maestra para niñas y nos parece interesante reproducir lo que tenían las clases de cada uno ya que por sí solo el material muestra la diferente educación que se impartía a unos y otras:

> Clase de las niñas:
> Una imagen de Ntra. Sra. —Los retratos de SSMM como fundadores del establecimiento. —Dos silabarios de D. José Segundo Mondejar. —Una colección de muestras pequeñas de Iturzaeta con sus marcos y cristales. —Dos mesas de 9 pies de longitud con sus bancos correspondientes de badana embutida, una de ellas con sus tinteros y la otra plana con almohadillas para las labores y cajones anchos para guardar estas. —Unas perchas. —Tres bastidores, una de 3 varas de largo para guarniciones, otro de vara y media y otro de una vara con sus pies correspondientes. —Tres bastidores para cañamazo. —30 dibujos para bordar a cañamazo. —24 dibujos de letras árabes. —Un brasero con su tarima, badila y alambrera. —Un tres pies con palangana. —El suministro de agua necesaria para los niños
> Clase de los niños:
> Dos mesas con seis tinteros cada uno. —Mesa, silla y tarima para el maestro con escribanía completo. —Dos bancos con respaldo y sus atriles para el silabario. —Encerado para cuentas y otro con cuadrícula para caligrafía. —Juego caligráfico. —Grandes muestras de Iturzaeta para las paredes. —Armario rinconera para colocar libros. —Esteras y cortinas para ventanas.

EL Tívoli

El 6 de agosto de 1834 se cede en nombre de Fernando VII, a favor de D. José Madrazo, pintor de Cámara para sí, sus hijos, sucesores y causantes el dominio útil perpetuo del terreno donde se halla el edificio nombrado del Tivoli y del jardín contiguo, entre el Museo del Prado y el Monumento del Dos de Mayo. El monarca se reservaba el dominio directo por lo que Madrazo tenía la obligación de pagarle anualmente en reconocimiento de señorío 177 reales y 15 maravedíes y cumplir una serie de condiciones.

Era Madrazo director del Museo Real de Pintura y Escultura como entonces se llamaba al hoy Museo del Prado. En el Tívoli colocó su establecimiento litográfico; se trataba de una hermosa finca con su enverjado al Prado, uno de los lugares más bellos en el que se multiplicó el arbolado y formó con las alamedas un «casino» al estilo de las quintas inglesas y las «villas» italianas.

El inicio de la devastación.

Desde que el año 1851 se inaugura el ferrocarril de Madrid a Aranjuez, que parte de la nueva estación de Atocha, esa zona se convierte en un centro de atracción de público. Uno de los principales accionistas de ese ferrocarril es el marqués de Salamanca, que años después va a comprar también unos solares en un lugar entonces deshabitado de la capital, al otro lado de la puerta de Alcalá, lo que se considera una auténtica locura. Dos iniciativas, en apariencia tan diferentes como el ferrocarril y el nuevo barrio, causarán graves perjuicios al Retiro.

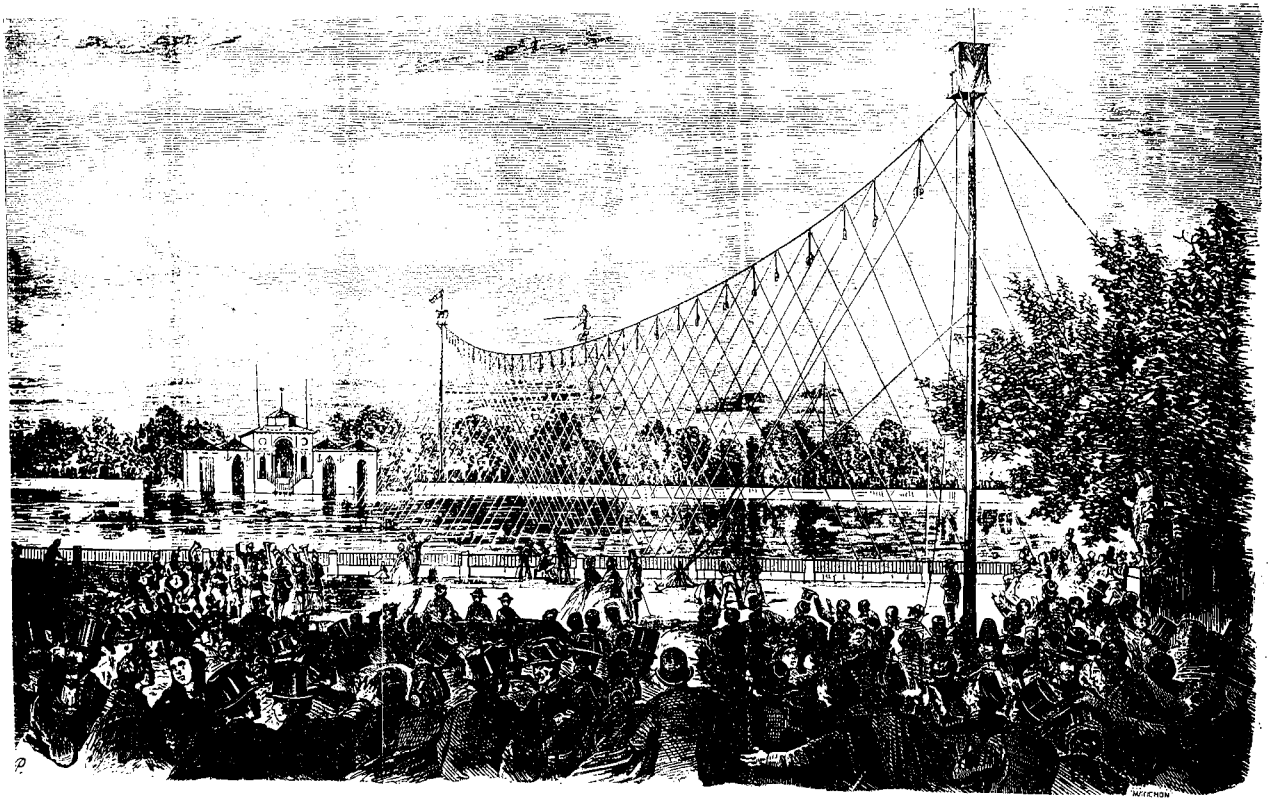
Ya en 1865 el diario *La España* advertía que si se llevaba a la práctica la reforma proyectada en aquel lugar, pronto dejaría de ser «buen», desaparecerían las frescas alamedas pobladas de ruiseñores y los seculares castaños de Indias. La

idea era unir la Puerta de Alcalá con la estación de Atocha con una calle, que se llamó entonces de Granada y que hoy conocemos como Alfonso XII. Una magnífica verja de hierro de un kilometro de extensión separó definitivamente el Retiro, de lo que con acierto el arquitecto Chueca ha definido como «Barrio griego», que formaría el cuadrilátero, antes parte de los jardines, del que tres deidades griegas: Cibeles, Apolo y Poseidón son las tutelares. El Museo del Prado, el Botánico con su clásica entrada, la Academia Española con un pórtico dórico, el Casón que corona la perspectiva con otra columnata griega, el monumento al Dos de Mayo, con cánopes griegos en el pedestal funerario; incluso la Bolsa que se adorna con columnas greco-romanas.

Esta transformación le costó al Retiro cerca de un millón de pies cuadrados, la vigésima parte de su extensión. A pesar de la llamada a los nobles sentimientos de la Reina para que tratase de evitar el desastre, el Retiro quedó reducido.

Diversiones

El 16 de agosto de 1867 fue el primer día que pudieron embarcarse los madrileños en el estanque del Retiro. Decía la prensa: «Para que esta diversión ofrezca seguridad, parece que las lanchas o canoas estarán a cargo de marineros inteligentes que han sido nombrados al efecto, y cuyo traje uniforme les servirá de distintivo». Un gentío inmenso acudió a disfrutar de la novedad y al poco tiempo de abrirse se habían acabado los billetes. Las góndolas estuvieron en ejercicio hasta bien entrada la noche y los remeros agotaron sus fuerzas para complacer a los tripulantes «que recorrían aquella dulce playa del imperio de Neptuno». Había barcos de primera clase por 5 rs. y de segunda por 1 real. Los ladrones pronto aprovecharon las aglomeraciones para quitar con preferencia los relojes al público.



El acróbata Blondín cruzando el Estanque del Retiro. Grabado de la época.

«—¿Porque qué te falta aquí
que tengan en otro sitio?
—El mar —¡Pues, concho, te metes
en el vapor del Retiro
y si eres algo fantástico
te piensas que estás en Vigo!»
(López Silva, J.
Los hijos de Madrid)

El funámbulo Mr. Blondín. La auténtica sensación de aquellos años fue la llegada a España de Mr. Blondín, el francés conocido como «rey de la maroma», famoso internacionalmente por haber cruzado repetidas veces el Niágara. El año 1863 realizó sobre el estanque del Retiro los mismos números que en América, con la diferencia que existía entre las cataratas y el estanque. El sufrimiento de los espectadores al contemplar su paso por la maroma, calzado con zancos y con un hombre a cuestas, les quitaba las ganas de volver pero sus comentarios atraían a nuevo público. Toda una leyenda se tejió en torno a quién era el misterioso acompañante de Mr. Blondín. Unos suponían que se trataba de otro funámbulo famoso; algunos dieron incluso el nombre de un mecánico de la Corte para acabar con el misterio. El escritor Eusebio Blasco opinaba que se trataba de un antiguo suicida al que Blondín había aconsejado que en lugar de matarse le acompañara en sus ejercicios, con lo que de salir bien ganaría mucho dinero, y de lo contrario conseguiría sus propósitos.

Otro de los sucesos que ocuparía muchas páginas entonces fue el sucedido en el invierno de 1868. Precisamente el primer día del año, aprovechando las bajas temperaturas que habían dejado el estanque helado, unos doce muchachos se entretenían recogiendo sobre él las monedas que el público les arrojaba. El segundo día el hielo se abrió y varios fueron cayendo dentro. Un estudiante de Medicina, Fermín de Peralta, rescató algunos lanzándose al agua. Su gesto fue

recompensado con su recibimiento en Palacio por Isabel II, el regalo por el Ayuntamiento de un cronómetro de oro con su cadena y un ejemplar de la Historia de Madrid; en tanto que el Ministerio de la Gobernación le pagó la carrera de Medicina y le concedió la Cruz de Beneficencia de Primera Clase.

De Buen Retiro a Parque de Madrid

Hasta 1868 los jardines estuvieron acotados como «propiedad particular» con verjas y tapias, y aún dentro de ellos continuaban siendo reservadas algunas zonas para la familia real. Así se divertía con dos amigos el príncipe de Asturias, luego Alfonso XII:

> «—Salimos con él el chico de Ceballos y yo—prosiguió Tinito en sus explicaciones—. Ibamos en coche de mulas. Nos acompañaba don Guillermo Morphy... ¡Hala!, ¡Al Retiro, a lo reservado, a correr!... Alfonso estaba muy contento y hacía la mar de travesuras. Metía los pies en todos los charcos y se mojaba; Morphy le reprendía: pero, ¡quiá!, no hacía caso. Al llegar a Palacio le cambiaron de calzado.»
>
> (Pérez Galdós. *La de los tristes destinos)*

En 1868, tras la Revolución que obliga a salir de España a Isabel II, el Gobierno provisional cede al Ayuntamiento los jardines para *Parque* de recreo. Desaparecen las tapias de la parte reservada, quedando los jardines, a los que antes se entraba con papeleta, unidos a los paseos abiertos al público. Se hacen esos años algunos desmontes con lo que se emplea a miles de obreros. Comenta la prensa: «Gracias a Dios que comenzamos a disfrutar los beneficios de la santa libertad».

> «Hija 1. —¡Ay, que cursi está el Retiro
> en estos días de fiesta!
> Hija 2. —¡No hay más que gente ordinaria!
> ¡El Retiro me revienta!»
> (Ramos Carrión. *¡Adios, Madrid!)*

Con el regreso de Alfonso XII en 1874, el Retiro vuelve a recuperar parte de ese aire aristocrático añorado por un sector de la sociedad, el mismo que retorna al Teatro Real. Sin embargo ya no pueden impedir que paseen los madrileños de a pie.

> «Llegaron por fín al Buen Retiro, cuyo lindo nombre ha querido en vano cambiarse con el insulso rótulo de *Parque de Madrid.* Allí las emociones de Isidora fueron una alegría casi infantil, un deseo vivo de correr, de despeinarse, de entrar descalza en los charcos de las acequias, de subir a las ramas en busca de nidos, de coger flores, de dormir a la sombra. de cantar. Aquella Naturaleza hermosa, aunque desvirtuada por la corrección, despertaba en su impresionable espíritu instintos de independencia y de candoroso salvajismo. Pero bien pronto comprendió que aquello era un campo urbano, una ciudad de árboles y arbustos. Había calles, plazas y hasta manzanas de follaje. Por allí andaban damas y caballeros, no en facha de pastorcillos, ni al desgaire ni en trenza y cabello, sino lo mismo que iban por las calles, con guantes, sombrilla y bastón. Prontamente se acostumbró el espíritu de ella a considerar el Retiro —que solo conocía por vagos recuerdos de su niñez— como una ingeniosa adaptación de la Naturaleza a la cultura; comprendió que el hombre, que ha domesticado a las bestias, ha sabido también civilizar al bosque...»
>
> (B. Pérez Galdós. *La desheredada)*

Paseo de coches

Durante la primera República se abren nuevas calles y se transforman los jardines. En febrero de 1874 se aprueba la construcción de un paseo de carruajes y caballos en el Retiro, que suscita una fuerte polémica. El duque de Fernán Núñez, Comisario del ramo, pone a disposición del Ayuntamiento 50. ooo pesetas de su bolsillo para la obra, la mitad del coste, y recibe las gracias del municipio.

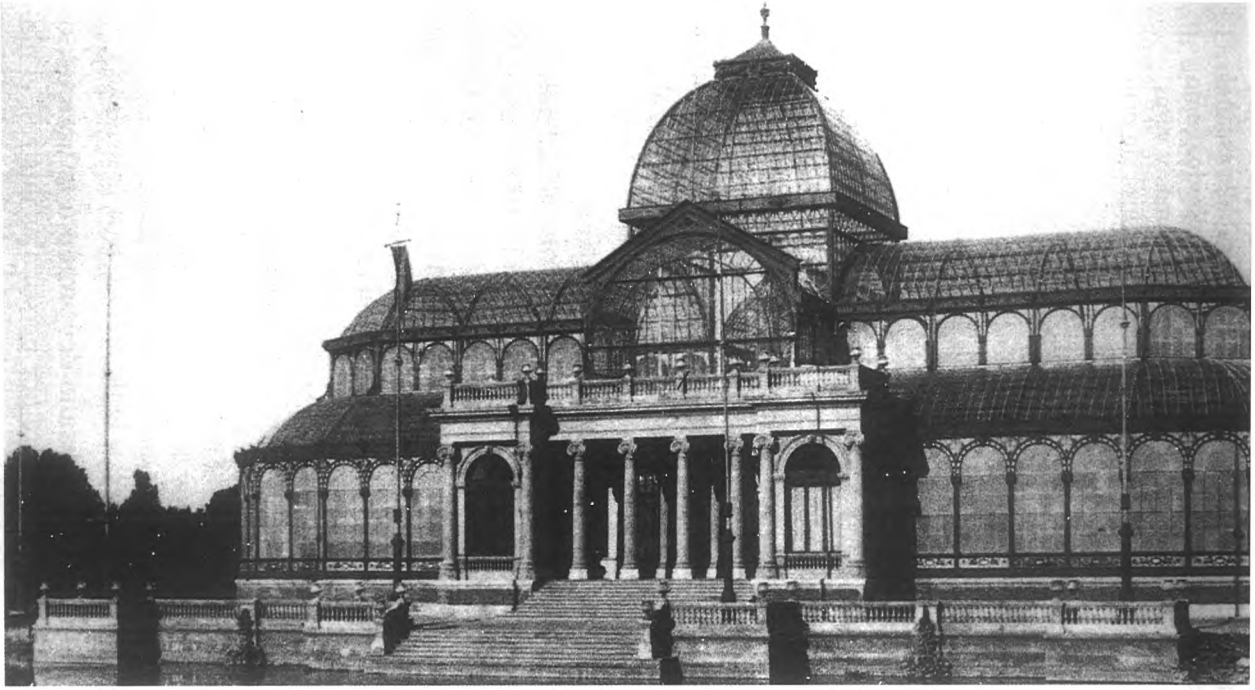
El paseo de Fernán Núñez o de coches, como pronto se le conoce, va a ser el lugar de exhibición de la aristocracia que lo preferirá al Prado. Se convierte en el paseo más frecuentado, especialmente la plazuela donde se levanta la estatua del Angel Caído, «sobre una columna que parece una mesilla de noche», según opina «El Imparcial» en 1882. Son tales los problemas de tráfico que se originan que se plantea la conveniencia de regular la circulación, impedir el giro de los coches antes de llegar a las puertas y que los guardias civiles los hagan pasar de dos en dos al llegar a la estatua.

> «La tarde de octubre era de una belleza y de una placidez admirables. El paseo de coches del Retiro estaba lleno. En esta luz clara y limpia de Madrid marchaban despacio filas de carruajes charolados y brillantes, la mayoría negros, aunque con ruedas de goma pintadas de verde o rojo. El cabriolé, que elegantemente llamaban milord y popularmente manuela, con su caballo con un gran cascabel, alternaba con la berlina cerrada de dos caballos ocupada por el señor viejo o la señora anciana, y al landó abierto, lo que se llamaba antes carretela en las capitales de provincia, alguno de doble suspensión, que parecía por sus movimientos una barca, llevaba como un ramillete damas peripuestas y vistosas. Dos o tres de estos landós estaban por dentro forrados de seda.
>
> Los caballos, grandes y hermosos, piafaban con aire de orgullo; lacayos bien vestidos, con pantalones blancos, levitas y sombreros de copa, con su escarapela o con un lazo de cordones en el hombro, se mostraban rígidos e impasibles. Brillaban al sol correajes, aceros y cristales.
>
> Mujeres lánguidas y finas, enguantadas, con una manta de gamuza o una piel moteada de león a los pies, y un perrillo como un objeto de lujo, friolero y tembloroso, pasaban meciendose en los coches con muelles.
>
> Jinetes y amazonas cruzaban por una avenida lateral, levantándose ellos de cuando en cuando en los estribos, dando un aire de estampa inglesa al paseo.
>
> Por el andén de asfalto, la clase media marchaba mirando a los privilegiados con ansia, como buscando el momento de saltar del andén al coche.

Todos o casi todos se conocían. Eran los mismos que por la mañana se encontraban en Recoletos y por las noches se veían en el Real...»

(Baroja, Pío. *Las noches del Buen Retiro)*

«Este Retiro es bonito; solo que... de aquellas cosas que pasan, habiendo tantos que tienen frío, el Pueblo debía venir aquí a cortar leña... Entro por este paseo de los muñecos de piedra con las manos y las narices rotas. —¡Que feos son!... ¡hola, hola, ¿niñitos con guantes? ¡Y cuantos perifollos gasta esta familia! Con lo que lleva encima la criada había para vestir a cuatro mil pobres—... El papá debe haber robado mucho. Esta gordo como un lechón... De consiguiente, que lo abran en canal... Tomemos por aquí, a la derecha, para ir a la Casa de Fieras... Pero no entraré; estoy cansado de verlas. ¡Puño, cuanto coche! Allá va don Melchor acompañando a dos niñas. Si, para ti estaban, bruto. Son las niñas de Pez. Y el señor Pez va también con la gran tripa llena de billetes de Banco, que ha tragado. Más coches, más coches, más. Bien dice el maestro que lo bueno sería que toda esta gente no tuviera más que un solo pescuezo para ahorcarla a toda de una vez... De consiguiente, todos viviríamos al pelo... Pero ¿que es aquello que viene allí? ¡Ah!, ya sé. Primero, un batidor a caballo! después el gran coche con seis caballos... ¡Puño!, y toda esta gente de galones, ¿para que sirve? *Miale, miale,* como saluda a todo el mundo, sombrero en mano, y ella también saluda moviendo la cabeza. Descuidad, que alguna habrá que *sus* arregle. Ahora vuelven para acá, ya *vus* hemos visto bien (...) ¡Puño, vienen más coches, todos con tías brujas o con mozas guapas muy tiesas. ¡Ya, ya: ¿sombrillita para que el sol no las queme las caras? Pues yo, tías brujas, ando al sol y al aire, con los zapatos rotos y la blusa rota, muerto de frío; conque... ¡Eh!... ¿Quien es aquel que va a caballo? ¿No es *Gaitica?* El mismo, un chulo vestido de persona decente. Y saluda a dos que van en un coche. Todo porque estos días ha ganado al juego muchos miles. Ladrón, ruletero, chulapo, ordinario, canalla! Apuesto a que pasa por junto a mí y no me saluda. ¿Apostamos? Aquí viene; me acercaré para que vea. Le hablaré en flamenco. «Buenas tardes, señor *Zurupa*».



Fotografía de finales del siglo XIX, donde se puede ver el Palacio de Cristal recién construido.

Esto decía Mariano acercándose a un jinete, que avanzaba por la orilla del paseo montado en un caballo español puero, de cuello corvo y movimientos tan gallardos como pesados. El jinete vió al chico, y entre bromas y veras, sacudió el siniestro brazo, y con el látigo, quizá sin pensarlo, le cruzó la cara, diciendole:
Granujiya...»

(B. Pérez Galdós. *La desheredada)*

Entretenimientos del Parque

En el último cuarto de siglo el Retiro comienza a utilizarse como museo al aire libre. Este uso que aún continúa, transforma un lugar concebido para el «retiro» en un centro cultural que busca realizar el lema de «instruir deleitando».

Son muchas las exposiciones que se celebran entonces y conservamos bellos edificios hechos ex-profeso para algunas de ellas.

Anualmente hay una exposición de ganados al llegar el mes de mayo. Se habilita un perímetro con 550 árboles, dos jardincillos a la inglesa en los que hay 64 instalaciones generales y 41 cuadras de 8 metros de largo y 5 de ancho. Ortega Munilla en «Los Lunes de El Imparcial» describía así su visita:

«El sol juega con las acacias y recorta en el suelo la sombra de sus menudas hojas, evapora el ambiente embriagador de sus racimos de blancas flores y relumbra en el raso de las sombrillas... En la Exposición de exhiben 90 tórtolas, 20 mirlos, 33 loros y varias cotorras. Aves de corral, lacios capones y dorados faisanes que abren el apetito a algún obeso filósofo.
—El año pasado me llevé el primer premio de ganso —dice muy orgulloso un expositor de Móstoles.
—Y este año tambien se lo llevará Vd. si se presenta»

Es significativo que el fallo del jurado a la hora de los premios se inclinara siempre por personajes ilustres: el monarca, el duque de Sexto y muchos aristócratas.

La zona hoy comprendida entre los paseos de Venezuela y Uruguay puede considerarse como de Exposiciones porque allí se celebran las dos más importantes, de las que conservamos los palacios construidos para albergarlas. Se trata del Palacio de Exposiciones o de Velázquez, realizado para la Exposición de Minería de 1883 y el Palacio de Cristal para la Exposición colonial de 1887.

Durante las Guerras coloniales en 1898 «La Revista Moderna» comentaba cómo en el parque se confundían democráticamente el ilustre prócer con el golfo que pescaba furtivamente peces de colores, y la dama de alto coturno con la chula de los barrios bajos. Cánovas iba muchas tardes a meditar al aguaducho de la Canuta.

Había muchas flores en el Retiro en aquellos años y las favoritas eran las lilas y las violetas. Las madrileñas que trabajaban acudían a primera hora al parque a beber agua de sus fuentes; las damas, con polisón y macferland, y los caballeros con hongo y capote iban a la Casa de vacas. Se congregaban bajo un ancho toldo que simulaba un atrio rústico y en las mesas inmediatas, donde se les servía leche recién ordeñada. Ortega Munilla lamentaba que la revolución de 1868 a la vez que tiró las rejas del Parque no hubiera instalado asientos unipersonales con figura de setas. El acudía junto al estanque a tomar en un bar chocolate con mojicón o pan mientras filosofaba: «Los patos actuales tienen más gracia pero menos majestuosidad; aquellos después de atrapar el bocado, solían hacer a Vd. compañía por algún rato, como en agradecimiento y respeto; los patos del día, no bien se concluye el pan, se acaba la consideración que a Vd. demuestran. Sin embargo basta para que vuelvan a todo el remar de sus patas, con el pico abierto y aleteando regocijadamente, que Vd. les enseñe una migaja de pan. Parecen constitucionales.» *(El Imparcial* 1876-mayo-20)

Los velocípedos.

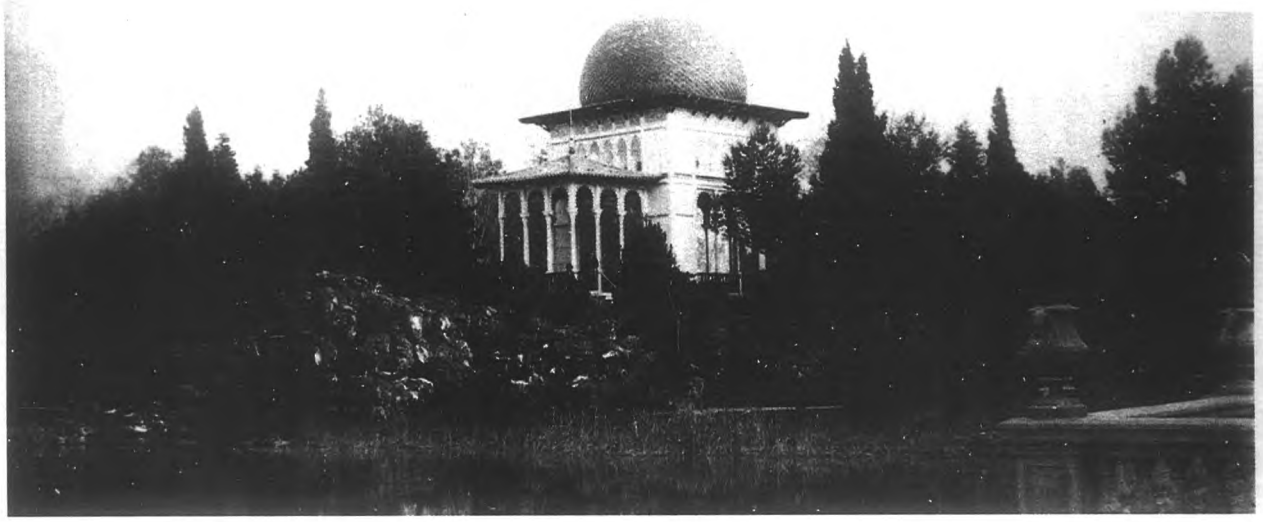
En agosto de 1882 el célebre hombre-locomotora Bargossi, tras un viaje de Aranjuez a Madrid, se presenta en el jardín del Buen Retiro para disputar una apuesta de 3.000 duros contra un aficionado de esta Corte que montaría un caballo muy corredor. El trayecto era de 120 vueltas alrededor de la pista, o sea 36 kms. El caballo debía ir siempre al trote, nunca a galope ni detenerse. Mientras, su esposa y su hijo de trece años darían 14 vueltas, 4 kms, en 14 minutos. Una banda de música amenizaría el acto. No bajaron el día 17 de 5.000 los asistentes. La atracción era ver si un hombre podía correr sin detenerse aquella distancia y se cruzaron apuestas. A las setenta y tantas vueltas el jinete y el caballo se dieron por vencidos con una silba monumental del público. Bargossi seguía impávido. Fue obsequiado con tabacos, coronas y otros objetos de valor. A la vista del éxito decidió celebrar otra carrera con obstáculos y aceptar el reto de otros velocipedistas.

También ese mes hubo cucañas en el estanque con una vara perpendicular a tierra y otra horizontal sobre el lago. De 5 a 6 de la tarde del domingo se celebraron tres regatas para aficionados y marinos con 250 pts. como premio. La Banda de música de los acogidos a San Bernardino amenizó el acto y se rogó que a cambio los asistentes contribuyeran a la cuestación de los asilados.

Cuando el 11 de octubre un catalan espontáneo se atrevió a desafiar a Bargossi, tras el fracaso del caballo, el empresario Ducazcal le regaló 10 duros aunque perdió la carrera. Gran alegria produjo también en el público el triunfo del niño madrileño Romerito que venció al bambino italiano.

Los jardines del Buen Retiro

A finales del pasado siglo se instalaron los «Jardines del Buen Retiro», en lo que hoy es Palacio de Comunicaciones,



Pabellón Arabe a finales del siglo XIX, hoy desaparecido, situado sobre la gruta del estanque del Palacio de Cristal.

cuando ya se había segregado del Retiro esa zona. El nombre se prestaba a confusión con el del Parque, pero no tenía nada que ver. Se trataba de un recinto privado donde al llegar el verano, aquellos que no podían salir de Madrid por diversos motivos, económicos, políticos, etc, se consolaban acudiendo al único lugar que permitía alternar a gente de distinta clase social, algo imposible el resto del año. Se decía que allí había pronunciado Francisco Silvela aquello de: «Madrid en verano y sin familia, Baden-Baden». En 1884 su arrendatario expuso al Ayuntamiento la necesidad de disponer de un sitio cerrado en el que pudiera guarecerse el público en caso de tormenta. Se construyó entonces, junto a la fuente de la Cibeles cercana a la verja, el teatro Felipe donde en 1886 se estrenaría «La Gran Vía».

Allí se desarrolla la acción de la novela de Pío Baroja «Las noches el Buen Retiro». Cerró en 1905, cuando se decide construir el Palacio de Comunicaciones.

El Cerrillo de San Blas

La invasión francesa había destruído la ermita de San Blas y ya en 1819 no existía la necesidad de una Capilla para auxilio espiritual de las personas que vivían en las afueras. Su Patrono, aunque había pedido permiso para reconstruirla, acabó por reconocer que lo que de verdad le interesaba era el juego de pelota instalado al lado.

Las referencias literarias de finales de siglo nos describen un lugar aislado, que Galdós denomina en «Los Apostólicos» como «parte inculta del Retiro» y en el que intencionadamente se había levantado el Observatorio. Así describía Pío Baroja a los individuos que allí residían:

> «En unión de otros chiquillos andrajosos, subieron por los altos arenosos del cerrillo de San Blas, a ver desde allí el ejercicio de los soldados en el paseo de Atocha.
> Manuel se tendió perezosamente al sol; sentía el bienestar de hallarse libre por completo de preocupaciones, de ver

el cielo azul extendiéndose hasta el infinito. Aquel bienestar le llevó a un sueño profundo.
Cuando se despertó era ya media tarde; el viento arrastraba nubes oscuras por el cielo. Manuel se sentó; había un grupo de golfos junto a él pero entre ellos no estaba el *Expósito*.
Un nubarrón negro vino avanzando hasta ocultar el sol; poco después empezó a llover.
—¿Vamos a la cueva del *Cojo?*— dijo uno de los muchachos.
—Vamos.
Echó toda la golfería a correr, y Manuel con ella, en la dirección del Retiro. Caían las gruesas gotas de lluvia en líneas oblicuas de color de acero; en el cielo, algunos rayos de sol pasaban brillantes por entre las violáceas nubes oscuras y alargadas, como grandes peces inmóviles. Delante de los golfos, a bastante distancia, corrían dos mujeres y dos hombres
—Son la *Rubia* y la *Chata,* que van con dos paletos— dijo uno.
—Van a la cueva— añadió otro.
Llegaron los muchachos a la parte alta del Cerrillo; en la entrada de la cueva un agujero hecho en la arena, sentado en el suelo, un hombre, a quien le faltaba una pierna, fumaba en una pipa.
—Vamos a entrar— advirtió uno de los golfos al *Cojo*
—No se puede— replicó él
—¿Por qué?
—Porque no.
—¡Hombre! Déjenos usted entrar hasta que pase la lluvia.
—No puede ser
—¿Es que están la *Rubia* y la *Chata* ahí?
—¿A vosotros que os importa?
—¿Vamos a darles un susto a esos paletos?— propuso uno de los golfos, que llevaba largos tufos negros por encima de las orejas.
—Ven y verás— masculló el *Cojo,* agarrando una piedra.
—Vamos al Observatorio— dijo otro. —Allá no nos mojaremos.
Los de la cuadrilla volvieron hacia atrás, saltaron una tapia que les salió al paso y se guarecieron en el pórtico del

Observatorio, del lado de Atocha. Venía el viento del Guadarrama y allá quedaban al socaire...»

(Pío Baroja. *La Busca)*

El abandono de esta zona limítrofe con la posesión real la hizo adecuada para reuniones de conspiradores políticos, unas veces serias, como la conjura militar que pasó a la historia con el nombre del Cerrillo, y otras divertidas vistas de lejos, como la infantil de los Numantinos, capitaneada por Espronceda, Escosura y Ventura de la Vega. Estos compañeros del colegio de San Mateo, que dirigía Lista, celebraron en una de las muchas cuevas abandonadas existentes sus primeros conciliábulos para planear el cambio de régimen.

«El objeto de los Numantinos, era, como quien no dice nada, *derrocar la tiranía.* Los medios para conseguir este fín no podían ser más sencillos. Todo se haría bonitamente por medio de la siguiente receta: *matar al tirano y fundar una república a estilo griego.*

Las reuniones se celebraban en una botica de la calle de Hortaleza las más de las veces, otras en una imprenta, y cuando cundían olores de persecución, toda *Numancia* se refugiaba en una cueva de las que había en la parte inculta el Retiro, no lejos del Observatorio»

(B. Pérez Galdós. *Episodios Nacionales. Los apostólicos)*

Mediado el siglo hubo varios intentos por parte del Ayuntamiento para adquirir los terrenos del cerrillo y construir el paseo de Atocha, pero no se llegó a un acuerdo con los propietarios.

La primera tentativa de penetración universitaria se inició en 1863 cuando el rector de la Universidad reclamó este lugar como propiedad del Jardín Botánico, alegando que sus jardineros habían cultivado siempre una parte del cerro.

SIGLO XX

En 1901 Madrid tan solo tenía dos pulmones, el Retiro y la Moncloa. Moncloa solía ser el recreo de las gentes modestas que llevaban sus meriendas y allí bailaban o corrían. En el Retiro la población era más escogida y más variada «El único parque de Madrid entonces, el del Retiro, era aristocrático en el paseo de coches, burgués en el estanque y popular en las tapias.» (Corpus Barga. *Las Delicias).*

En esta primera mitad del siglo el Retiro continuaba siendo el lugar al que acudían políticos, escritores y personalidades de la vida madrileña sin temor a ser molestados. Eusebio Blasco aconsejaba en 1902 tomar temprano en una vaquería o chocolatería del Retiro un desayuno que no llegaría nunca a una peseta. El escritor americano, Amado Nervo, terminaba así una de sus cartas:

> «Me voy al parque del Retiro a decir ternezas y madrigales a los últimos rayos de esta tarde maravillosa».
> (Amado Nervo. *Obras Completas, I, Carta privada).*

Uno de los atractivos mayores del Parque continuaba residiendo en su variedad, que lo hacía diferente y capaz de complacer a toda clase de sensibilidades y estados de ánimo. Ramón Gómez de la Serna al hablar del cementerio de pájaros y cañaverales daba esta bella imagen:

> «El ciudadano tiene que encontrar en su jardín público todos los paisajes del mundo, con rincones de selva, rincones sentimentales y grutas azules. Viaje de un país a otro

desde Madrid a Egipto. Las verjas del jardín suponen, con sus barrotes y la sombra de ellos proyectada en su interior, algo así como los meridianos y paralelos que encierran el terráqueo en sus líneas.
Si yo guiase a algún turista por el Retiro le complicaría la vida para siempre y le daría una impresión universal: calvero ruso, palacio de las ratas que cuentan hasta con comedor, estanque de la rana oculta. El sitio más discreto es el cementerio de los pájaros, con cipreses enanos, por entremedio de los que divisan las piedras sueltas que son nichos de las aves. Próximos los cañaverales, bambudal en realidad, aspecto aguerrido y salvaje, último recuerdo exótico y vivo de aquel trasunto de Filipinas que se implantó en este valle del Retiro: casas de cañizo y bambúes, nidales humanos en lo alto de los árboles.
—Cuidado, pues, con el tigre agazapado en ese manigual: y mucha atención, porque les hace muy silenciosos el que llevan zapatillas. ¿Qué por qué habiendo ese peligro en el cuadro de los bambúes no se puede suprimir ese último reflorecimiento de los parajes ultramarinos? Pues muy sencillo: porque de esos bambues escasos se hacen las cañas de los pescadores madrileños.»

(*Nuevo Mundo* 11 febrero 1927)

Es el Retiro una fuente de inspiración para los poetas:

«... ¿Cuando, como ahora, fue bello el Retiro? / Hay algo de ensueño, algo de suspiro, / mezcla de tristeza, mezcla de alegría, / que lo pone todo bello. Se diría / que algo triste ríe y algo alegre llora, / que hasta las mandrágoras huelen bien ahora...»

(Pedro Iglesia, en *Blanco y Negro,* 14 junio 1902)

La melancolía preside la evocación del Retiro hecha por un aristócrata que vivió junto a una de sus entradas, Agustín de Foxá.

«Niñez del Retiro triste; / Arena y piñones de agua. / Amas gallegas con trenzas / Y con monedas de plata. / Geometría del asfalto / Y estanque en vaivén de barcas. / Estudiantes robinsones / con modistillas, bogaban / Los remos de Julio Verne / En rumbo de isla de plata. / Los albañiles con yeso / Remando en tardes lejanas / Y peces

Embarcadero del estanque hacia 1920.

rojos subían / De un turbio incienso de plantas. / Cráteres de gelatina / Los morros fuera del agua / Buscando pan desmigado / O cáscaras de naranja. / Yo de puntillas corría / Un césped, tierno de estatuas, / Explorador de altos tigres / En frágil trébol de guardas. / Y el más tosco jardinero / Hacía un iris de nácar / Con una manga de riego. / Mi bicicleta mojada / Volaba en sendas de pinos / Triangulos y goma hinchada / Freno y bocina en mi mano. / Temblando a heridas vendadas / Mis pantorrillas con yodo / Al aire de las distancias / Granos de arena en la sangre / Pulsaba un dedal de plata. / Vestido de marinero / Sobre la cinta morada / El nombre de un submarino / Escrito en letras doradas. / Mis primeras comuniones / Por los árboles volaban. / Y la tragedia de un globo / Que en una tarde emplomada / Se me escapó de las manos / Desnudas y abandonadas, / Frente a la casa de fieras / Sueño de Historia Sagrada. / El rugido de los tigres / Junto al banco de las amas / Y mi pelota de goma / Entre violetas regadas. / Martínez Campos dormía / (Estanque de cisne y ratas) / Fingiendo el capote en bronce / Arrugas de tela blanda. / Llenos de ocaso y silencio / Ya se marchaban los guardas / Con multas de bicicleta / O nombre escrito a navaja. / Y en un coche de caballos / Trotando, espuma en la lanza, / Mi madre, con su sombrilla / Mi padre, con hongo y barba. / Puestos de combas y de aros. / De cacahuets y naranjas / Con molinillas de viento / Y con banderas pintadas. / Yo entre barquillos y mirlos / En el pescante, iba a casa / Con ilusión de vidrieras / Linterna, colegios y hadas. / Volvían los picadores / Con sangre de novilladas / Y se cerraba el Retiro / Triste de cubos y palas. / Por las verjas los entierros / Cajas con galón de plata / Y bajo las flores niños / Niños que ya no jugaban.»

(Foxá. *El almendro y la espada)*

Casa de Fieras

Ya en 1933 se consideraba una pomposidad dar el nombre de Parque Zoólogico a la Casa de Fieras, con media

docena de ex-fieras famélicas. Continuaban los edificios construídos por Fernando VII y dos jardines con jaulas de hierro y mampostería y empalizadas de pino tras de las cuales vegetaban varios cervatillos, tres águilas y quince animales carniceros. En tiempos de la revolución de Septiembre, 1868, había aumentado la colección de fieras, las cigüeñas, los conejos y las aves de corral. Solo había un león, un oso «que de lejos parecía un felpudo» y varios monos. El gran transformador de este lugar fue don Cecilio Rodríguez, Jardinero mayor del Retiro.

> «El tapicero mayor de las florestas Cecilio Rodríguez lo ha transformado con asientos de azulejos y baldosines polícromos para comodidad de los pajarracos, palacetes lindísimos techados de tejas azules, verdes, amarillas. Las jaulas rodeadas de flores, chozas al estilo de Dahomey para los compañeros del árabe que viaja. Lagos para las ratas de agua y peces de colores: chalets suizos para lepóridos, las gallinas estarían mejor en pepitoria que enjauladas. No existen focas, leopardo, serpientes. Falta un descendiente del difunto *Pizarro,* amigo de tahonas y fruterías. Rodríguez ha transformado en Jefatura del Ramo de Jardines y Parques el departamente que Fernando VII se tenía reservado».
> (José Fernández Amador de los Ríos. *Guía de Madrid)*

Pero a pesar de su lastimoso estado, la Casa de Fieras sigue siendo el lugar más visitado por los madrileños, y son numerosos los testimonios literarios de esta popularidad:

> «Petra.—Cuenta.
> Eudoxia.—Pos na: que fuí, llegué y de que entré con la carta y zas, rompieron el sobre, y zas, la leyeron... ¡ay que furias! ¡Creí que se me comían!, Amos que yo prefiero ir con un recao a la casa de fieras»
> (Arniches. *La venganza de la Petra)*

> «Finita.—¿Qué?
> Manolo.—Que cada día estás más mona.
> Finita.—Oye: por lo que más quieras, Manolo, cambia de piropo y no me llames mona...

Manolo.—Pues...
Finita.—Sí, porque como andas diciendo que buscas en el matrimonio un retiro todo el mundo me llamará la mona del Retiro, y francamente...»

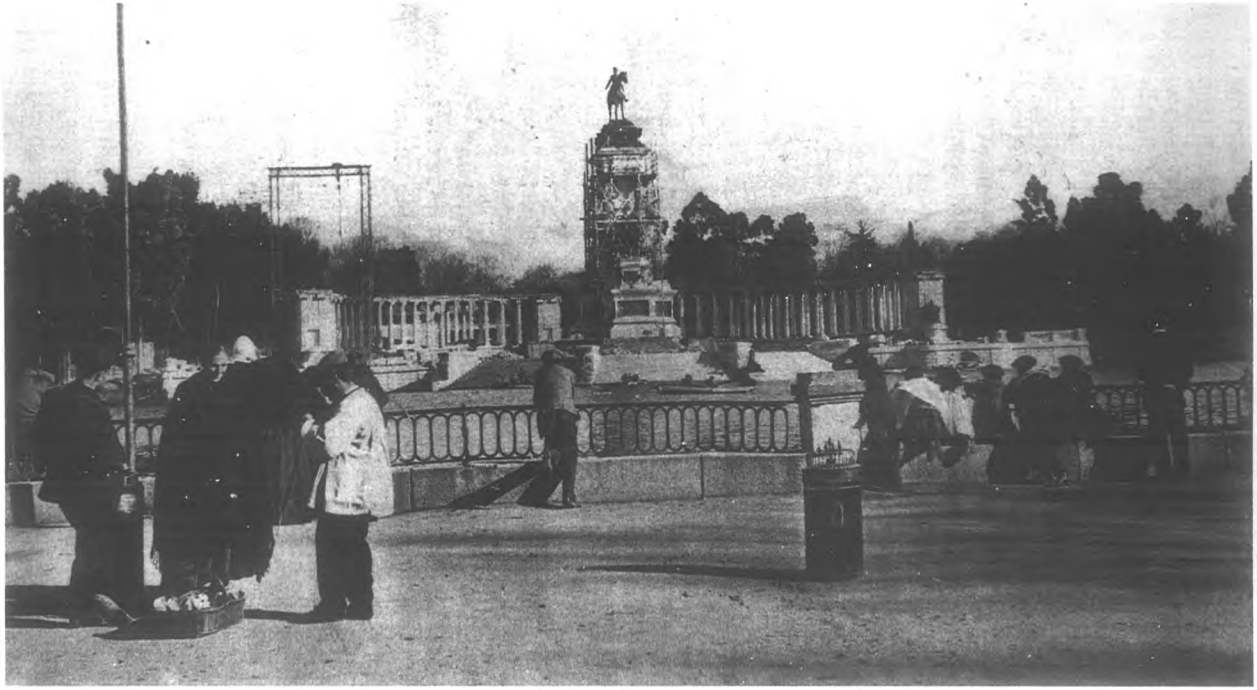
(Arniches. *¡La condesa está triste!)*

«—Entremos. ¿Es esto la Casa de Fieras?
—Quieres ver al oso?. Aquí me tienes.
—Sí que lo eres —dijo Isidora riendo con toda su alma. Y entraron. Un tanto aburrido Miquis de su papel de indicador, iba mostrando a Isidora, jaula por jaula, los lobos entumecidos, las inquietas y feroces hienas, el águila meditabunda, los pintarrajeados leopardos, los monos acróbatas, y el león monomaniaco, aburridisimo, flaco, comido de parásitos, que parece un soberano destronado y cesante. Vieron también las gacelas, competidoras del viento en la carrera, las descorteses llamas, que escupen a quien las visita, y los zancudos canguros, que se guardan a sus hijos en el bolsillo. Satisfecha la curiosidad de Isidora, poca impresión hizo en su espíritu la menguada colección zoológica. Más que admiración, produjéronle lástima y repugnancia los infelices bichos privados de libertad»

(Pérez Galdós, B. *La desheredada)*

En *¡Adios Madrid!,* Ramos Carrión y Vital Aza nos muestran las reacciones de las distintas clases sociales en la Casa de Fieras:

«Hombre 1.—Ay que cosas hace el mono!
Hombre 2.—Ahora nos saca la lengua!
Hombre 3.—Que manos tiene tan largas!
Hombre 1.—Qué cara tiene tan fea!
...
Niño 1.—Mamá, quiero ver los monos!
Niño 2.—*Yo quiero ved la panteda!*
Niño 1.—Yo también!
Marquesa.—Ay, hijos mío!
Me estais dando una jaqueca!
...
Paleto.—Chica, que estás embobáa!
Paleta.—Si no hay más que me divierta
como estar mirando al mono



Estanque del Retiro, hacia 1914, donde se puede apreciar el monumento a Alfonso XII en construcción.

Paleto.—Vamos, no seas lugareña.
Paleta.—Jesús, que animal! si paece
una presona de veras.
Válgame Dios, y qué cosas
cría la naturaleza!
Yo me estaría mirándolo
toa la vida!

Arniches retrataba así a una mujer que era una fiera:

«David.—Una tarde la ví en el Retiro; había diez o doce señores de esos encargados de alimentar a los gorriones a mano; pasó ella, y en cinco días no volvieron a ver un pájaro. Se tuvieron que comer ellos el pan.

(Arniches. *La cruz de Pepita)*

El paseo de coches

Continúa en los primeros años del siglo la exhibición de los potentados, que presumen ahora de sus automóviles.

«Teníamos que atravesar el Retiro y nos detuvimos en el paseo de coches. Avanzaba petardeando por él, como a empujones, un coche sin caballos, alto y pequeño, abierto con la capota caída que dejaba ver dos señores de cuello duro y sombrero hongo, sentados muy estrechos, uno de ellos manejando una rueda que surgía en el pescante. Ninguno de los cuatro habíamos visto todavía un automovil, sino fotografiado».

(Corpus Barga. *Las Delicias)*

El estanque

El lugar ideal para entablar amistades y afianzar idilios es el estanque del Retiro porque sus embarcaciones de todo tipo resultan asequibles al bolsillo de los madrileños, les permiten presumir de atletas y hacerse la ilusión de navegar por un mar de miniatura.

«Alicita de los Ríos Pavón, Pía Pavón Soler, don Clodio Giménez Ortega y Sisemón Peláez Peláez, quedaron citados, a la mañana siguiente, para dar un paseo en barca por el estanque del Retiro...
—Oye, Sisemón, yo creo que es mejor que tomemos dos barcas en lugar de una. Es... ¿cómo diríamos?... más fino, más galante. Alquilar una para los cuatro parece que es así como si quisiéramos ahorrarnos los cuartos. ¿No te parece?
—Sí, señor, como usted guste.
—Bueno, mira, como somos dos amigos, debemos hablar claro. ¿Tú tienes dinero?
—No señor, yo no.
—Bueno, no importa. Yo te dejo un duro. Ya me lo pagarás cuando puedas.
—Mil gracias, don Clodio, es usted muy bueno conmigo.
Cuando llegó la chica con su tía, ya llevaban esperando un rato don Clodio y Sisemón. La Alicita venía muy mona. Cojeaba algo, pero casi no se le notaba. La Pía también venía mona. No era una niña, pero estaba todavía de buen ver. La Pía, fijándose mucho, también parecía cojear algo. Don Clodio tuvo un arranque jovial que Sisemón, que estaba algo lelo, agradeció mucho.
—¡Hola, chicas! ¿Quereis que boguemos brevemente?
La Pía hizo un mohín.
—¡Ay! ¿No me caeré?
—No, mujer. La mar está en calma. ¡Je, je! Oirme, chicas. ¿Quereis que nos tuteemos todos? ¡La vida sonríe! ¡Je, je! ¡En la popa de mi navío entonaré barcarolas! ¡Je, je!
Don Clodio había ganado por la mano a Sisemón, y Sisemón no sabía por dónde empezar. Las dos parejas se acercaron al embarcadero.
—¡A ver, matelot! ¡Dos gondolillas para dos hombres y dos mujeres!
La Pía estaba arrebolada. Aunque hacía frío, la Pía estaba arrebolada. Hacía muchos años que no se sentía tan feliz. Sisemón, después de un gran esfuerzo, habló.
—Le echo a usted una carrera, don Clodio.
Don Clodio, mientras ayudaba a la Pía a entrar en el bote le dijo a Sisemón:

—Tres graves faltas, Sisemón: se dice regata, se tutea uno según hemos convenido y se me apea el tratamiento.
Sisemón, con un hilo de voz, sonrió.
—Te echo una regata, Clodio.
Don Clodio puso un gesto evasivo y miró para Pía.
—No, Sisemón, el músculo pierde todas las fuerzas que gana el alma...
Pía, por poco, se va al agua.
Los misteriosos vientos reinantes sobre el estanque del Retiro llevaron el bote de Alicia y Sisemón hacia el paseo, y al bote de Pía y Clodio hacia la estatua de Alfonso XII...»
(Camilo José Cela. *Santa Balbina 37, gas en cada piso)*

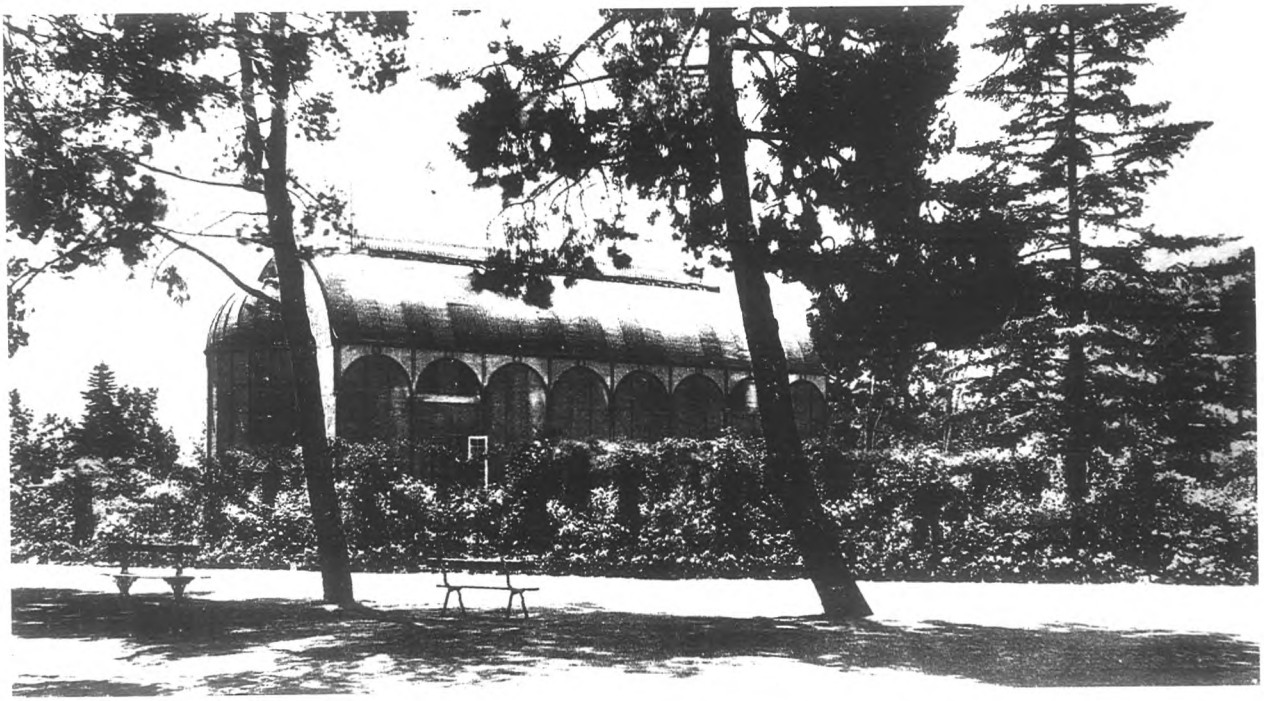
«*Eufrasia.*—(Dándoles las sillas). Sientense las señoritas: cuidado, pero sientense.
Señora 1.—(Tantea la silla antes de sentarse). ¡Jesús, que silla! Se mueve de un modo...
Señor Eulalio.—No tenga cuidao la señorita. El primer momento es alarmante; pero luego, acostumbrándose, casi da gusto.
Señora 2.—(Probando la suya) Pues ésta también...
Señor Eulalio.—Sí; a esa la llamamos el «Alfonso XIII», porque es como embarcarse en el Retiro en ese vaporcito que hay»

(Arniches. *La chica del gato)*

Ofrecemos a continuación una selección de textos que retratan algunos de los tipos más característicos del Retiro en esa primera mitad del siglo XX.

Los guardas

«La acción en un aguaducho cercano al Palacio de Exposiciones. Diálogo entre Cipriano, dueño del aguaducho y Sanabria, guardia de la porra
Sanabria.—A las muy buenas.
Cipriano. —Hola, guardia. ¿Qué, a relevar a Sánchez?
Sanabria.—*(Con resignación).* ¡La vida! Maldita sea la...



La Rosaleda, hacia 1920, con la estufa, hoy desaparecida.

Cirpiano.— Gachó, ¿se va usté a quejar del servicio? Pués más higiénico que esto del Retiro, vulgo pulmón de Madrid, y menos tráfico de coches que aquí, delante de la Exposición de pinturas, le digo a usté guardia...
Sanabria.— No; sí; claro. Bueno: ¿donde está mi compañero?
Cipriano.—Se fue hace media hora.
Sanabria.— ¡Valiente fresco! El mejor día viene un ispetor, se encuentra esto sin guardias y nos eclipsa el coci.
Cipriano.—Es que usté se retrasa siempre, y como el hombre tiene que irse a comer, se va.
Sanabria.—Sí que me retraso. Y el caso es que entra uno por Independencia con toa su buena fe y muy deprisa pa llegar pronto. Pero amigo, es la hora de las madres, las niñeras y las nurses, y hay cada madre lactante, cada niñera de casa burguesa y cada nurse de esas que tienen el señorito deportao que, ¿quién no se pone al relantí, aunque se le cale el motor?
Cipriano.—Pues hoy debe usté haber tenido un pinchazo, porque llega con un retraso de tres cuartos de hora.
Sanabria.—No ha sido «pane»; ha sido una interrupción del tráfico.
Cirpiano.—¡Hombre!
Sanabria.—Figúrese usté que siguiendo a una nurse me metía por una dirección prohibida, cuando ¡plaf!, un tío desnudo.
Cipriano.—*(Riendo)* ¡Caray!
Sanabria.—Un gacho tendío en el cesped, pizmentándose al sol, el muy sinvergüenza.
Cipriano.—¿Cómo?
Sanabria.—Yo al pronto no me percaté del taponamiento de la circulación porque la nurse iba delante, muy bien andá por cierto, con mucho bamboleo de caderas —¡mi madre, que roasdter!— y yo detrás, fijándome en... vamos; en el paragolpes posterior, pero de pronto, la nurse da un grito, se desmaya; yo me acerco, y el tío desnudo.
Cirpiano.—¿Pero del todo?
Sanabria.—Con «El Sol» en la tripa na más
Cipriano.—¿Pero es posible?
Sanabria.—No; digo que se tapaba la tripa con «El Sol», con el periódico.

Cipriano.—¡Ah, ya! ¿y usté que hizo?
Sanabria.—Hombre, yo no soy autoridaz en el Retiro; pa eso están los guardas. Yo me agarré a la nurse, que se le había parado el motor, como ya le he dicho, y la llevé a remolque a un taller de reparaciones, vulgo banco, donde apretando aquí y aflojando allá le arreglé la avería, y luego la puse en marcha y aquí estoy.
Cipriano.—Total, una chapuza
Sanabria.—¿A qué está uno?
Cipriano.—¿Tenía melena el caballero naturista?
Sanabria.—Sí, algo pelambroso era.
Cipriano.—Pues ese va a ser Fernandelli; sí, hombre, el doctor Fernandelli; un tío chiflado que viene mucho por aquí, porque es amigo de don Beltrán, ese pintor que usted conoce: el autor de esos cuadros de señoras desnudas que están llamando tanto la atención ahí dentro...»

(Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández. *¡No hay no!)*

La institutriz

«La elegante familia no había ido a veranear por razones económicas más que por otra cosa.
Por las mañanas salía el coche del hotel, situado en una calle próxima a la de Serrano, y se detenía en el paseo de Coches del Retiro, junto al invernadero.
Del coche bajaban dos señoritas y una institutriz con dos niños de cuatro a cinco años. Las dos señoritas se reunían con una amiga, acompañada de una inglesa, y paseaban todas, hablando, riéndose, en el andén solitario, dando una nota alegre de color. con sus trajes vaporosos de verano.
Tras de ellas mariposeaban dos jovencillos con sombrero de paja y pantalón blanco, dos gomosos acicalados, repeinados, con los bigotes retorcidos y el pelo brillante por el cosmético.
Ellas, con la sonrisilla burlona de los espíritus mezquinos, cambiaban sus observaciones aprovechando alguna ocasión para mirarlos; ellos, a pesar de su frivolidad y de su petulancia, pensaban en la dote, en el hotel confortable, en el coche lujoso.

La institutriz, llevando a las niñas de la mano, marchaba detrás con la inglesa. Era rubia, bonita, menuda, de talle flexible, iba algo inclinada hacia adelante, y en su figura había algo indefinido como una idea, algo indefinido como un sueño. Era francesa y la llamaban familiarmente Biquette.
Cuando se cansaban las niñas de andar, Biquette se sentaba en un banco, y mientras las chiquillas hacían montones de arena en el suelo, la institutriz miraba pensativa con sus ojos azules las masas de verde follaje y meditaba. Tenía en qué pensar; el día anterior un joven aristócrata le había escrito que la adoraba, que toda su fortuna se la ofrecía, y que si ella no sentía indiferencia por él, que deseaba verla y hablarle con frenesí y que la esperaba aquella noche en la puerta de la verja del hotel.»

(Pío Baroja, *Biquette)*

Pobres vergonzantes

«Como no tenía domicilio paseaba toda la noche y al amanecer iba al Retiro (lo abrían a las siete) y me lavaba y me peinaba en una fuente que había en la hoya frente a la puerta grande que da a la calle de Alfonso XII. Cuando mi camisa dejó de ser blanca la tiré detrás de un macizo de flores y desde entonces usaba un elástico de cuello de tortuga que, por su color gris oscuro, disimulaba la suciedad. Tenía en el bolsillo interior de la chaqueta un cepillo de dientes y un peine. Me peinaba, me lavaba los dientes y marchaba fresco y aparentemente bien dormido al Ateneo»

(R. J. Sender. *Crónica del alba)*

Los novios

«Manolo.—¿Pero usté no le tiene dao ningún beso al señor Damián antes de casarse?
Señá Sabina.—Ni uno.
Señor Damián.—No mientas, Sabina.
Señá Sabina.—Ni uno.

Señor Damián.—Ni uno dice, y cuando éramos novios nos sentábamos en el Retiro, y de tantos, ¡venían los gorriones, creyendo que hacíamos el reclamo!
Señá Sabina.—Lo que eres tú es un bocón que delante de tus hijas debías mirarte en lo que dices»

(Arniches. *La flor del barrio)*

«... Cirilo.—Pos dame un beso.
Patro.—¡Huy, un beso!... Pero ¿Quiés que te lo dé a la intemperie?
Cirilo.—No, en este lunar.
Patro.—¿Y si nos vé algún pajarito?
Cirilo.—¿Te acuerdas en el Retiro cuando éramos chavales, que no me dejabas parar pa que te los diese?
Patro.—¿Y tú por qué me llevabas detrás de los árboles corpulentos, bandido?»

(Arniches. *Rositas de olor)*

Minifalderas de los años 20

«Parroquiana.—¡Y no va corta la pobrecita!
Sisinio.—Como que tiene una niña así de pequeña, y el otro día la pasó lo del cuento americano!
Parroquiana.—¿Y que es?
Sisinio.—Pues que se la perdió la niña en el Retiro, y va un guarda y se la encuentra llorando, y le dijo: «¿Por que lloras, niña?» «Que estaba paseando con mi mamá y me he perdido» «Y tú ¿por qué no vas cogida de las faldas de tu mamá?» Y va y le contesta la niña: «¡Porque no llego!»

(Arniches. *El último mono)*

Vendedores

«Cañamonera.—Antiguamente no había chico ni grande que no s'atracara de cañamones; y ahora, sale usté con el género, y es que no lo quieren ni los pájaros... ¡Claro, como que s'han hecho a las migas!... Yo, cada vez que veo en el Retiro a un tío panoli de ésos, silbando y dándole pan a los gurriatos... es que se los espanto!... Porque

entre que coma un pájaro u que coma una servidora... ¡pues a ver!»

(Arniches. *El solar de Mediacapa)*

Los suicidas

«... Y ahora, ¿por qué no os vaís los dos a dar un paseíto por el Retiro? Hasta las nueve no hace calor; la mañana está deliciosa.

Fortunata apoyó esta proposición; pero él no tenía ganas de salir. Continuaba en el sofá, apoyado el codo en la mesilla y la cabeza en la mano, mirando al suelo, como si quisiera contar los juncos de la esterita que había junto al sofá. Las dos mujeres se miraban, comunicándose con los ojos malas impresiones.

—Eso —murmuró él de una manera torva y recelosa—. Quieren echarme a la calle para...

—Pero, alma de Dios, si va ella contigo...

—¿Y adónde me quiere llevar? Sabe Dios... Alguna trampa que me quieren armar. Si sólo fuera para asesinarme, pase; pero si es para atentar al sagrado de mi honor...

—Todo sea por Dios.

—¿No sabe usted, tía, que hace tres meses..., *La Correspondencia* lo trajo..., una mujer llevó a su marido al Retiro, y cuando iban por un paraje solitario salió el cómplice..., sí, el cómplice que estaba escondido tras unas matas, y entre ella y aquel tuno cogieron al pobre marido, le ataron de pies y manos y le arrojaron al estanque?...

—¡Jesús, qué barbaridad! ¿De dónde has sacado esos desatinos?

—*La Correspondencia* no ha traído tal cosa —dijo Fortunata».

(B. Pérez Galdós. *Fortunata y Jacinta)*

«Don Valeriano.—Si por una decisión irrevocable pretendiese usted realizar alguno de esos siniestros designios que antes ha manifestado, y que yo sería el primero en lamentar, suplico a usted que no los ponga en práctica dentro de esta casa, de ninguna manera. En el caso de que usted, yo, alguien queramos suicidarnos en uso de un libérrimo

derecho, ahí tenemos el Retiro, la Moncloa, lugares de una amenidad y una belleza que envuelven el suicidio en un ambiente de poesía que conmueve. Una sutil detonación, una leve espiral de humo se pierde en el aire azul, una postura trágica sobre el verde césped, el guarda que aparece atónito... y, sobre todo esto, la muerte batiendo sus alas augustas en la tarde radiante. Y al fin, como único rastro, el amable juez, el humilde Depósito, la piadosa gacetilla. Usted, que es poeta piense en todo esto. Espronceda, no lo habría desdeñado. *(Aparte).* Se lo he pintado que ni Sorolla.»

(Arniches *¡Que viene mi marido!)*

«Luís.—Ofreció suicidarse el dieciocho del mes pasado, y luego nos dijo que cuando se pusiera bueno del catarro.
Don Valeriano. —Se puso bueno. Nos ofreció lo del estanque del Retiro, y ahora dice que no se atreve con el reuma
Hidalgo.—Nos está dando el timo del entierro»

(Arniches. *¡Que viene mi marido!)*

Pájaros

«Allí encontró una sorpresa. En el parque había muchos mirlos negros y se dejaban acercar bastante. El Bronco, que no había visto nunca aquellos pájaros, se excitaba:
—¡Un tordo! —decía buscando una piedra para tirársela. El tordo era en su aldea un ave estimada por los cazadores. Fué lo único que le impresionó en Madrid»

(R. J. Sender. *Crónica del alba)*

El Cerrillo de San Blas

Cuando este lugar ya parecía condenado al desprestigio, como sede del vicio, un giro de la fortuna lo transformó en uno de los rincones de Madrid con mayor contenido cultural y quizá el primero en cuanto a densidad. En las cercanías del Observatorio fueron alzándose los pabellones de la

Escuela Superior de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, hoy ya en la Ciudad Universitaria; el Instituto Cajal; el Instituto Escuela, desde 1940 Instituto «Isabel la Católica»; el Laboratorio de Transporte y aquí se constituyó el embrión de la Universidad Autónoma de Madrid.

El Retiro actual

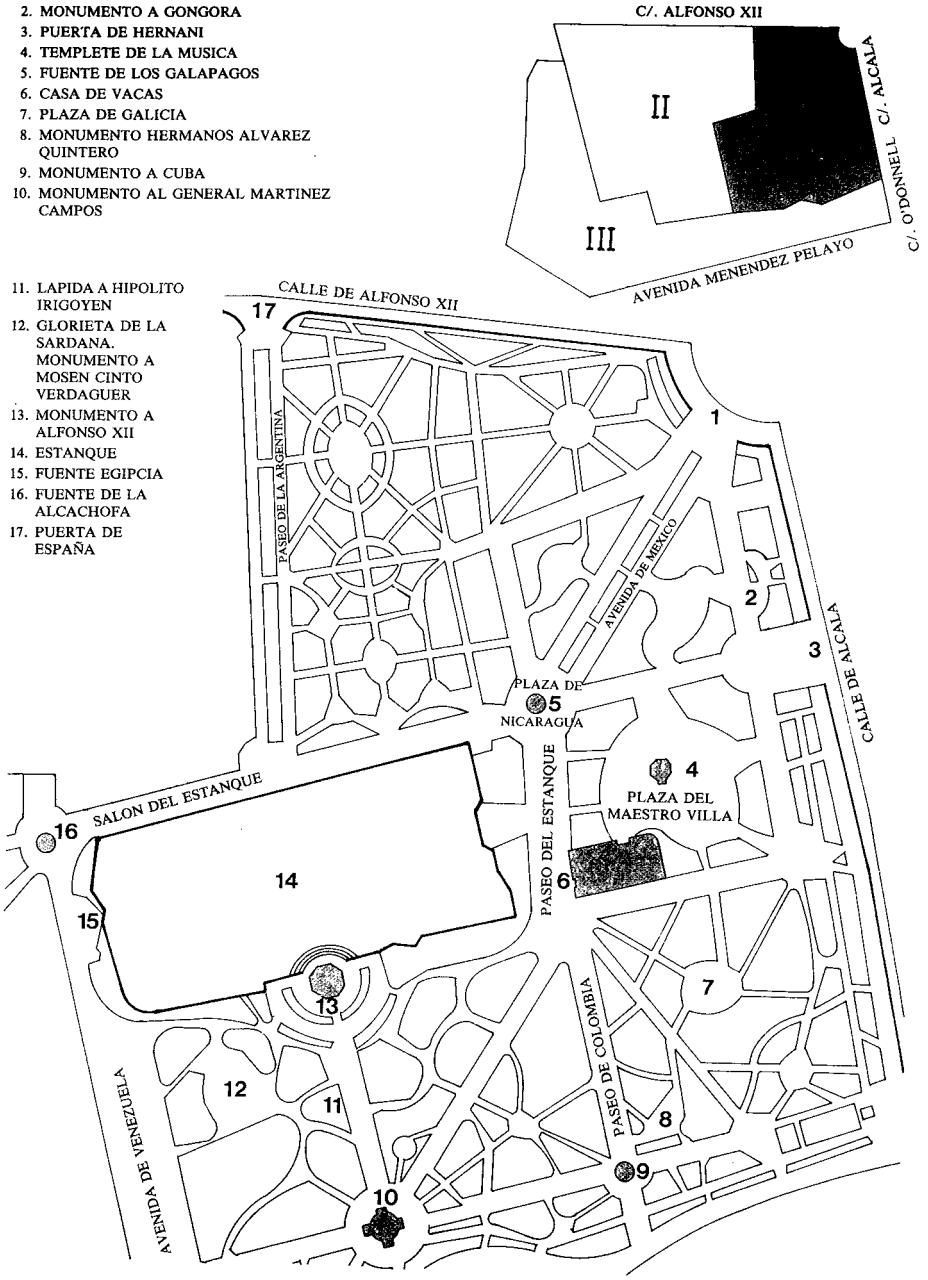
Desde 1950 para acá la transformación del Retiro ha sido total. Primero cambiaron sus visitantes. Mediado el siglo aún podía verse alguna nodriza paseando al niño que criaba, los «sorchis» tras las muchachas de servicio, los fotógrafos de la Puerta de la Independencia, los famosos «minuteros» con sus máquinas, los barquilleros con sus ruletas que inclinaban distraidamente para que nunca saliera el premio gordo, los marineros del vecino Ministerio, alrededor siempre del «mar de bolsillo», como llamó Ramón Gómez de la Serna al Estanque. Había personajes entrañables que formaron parte de la infancia de los niños criados en este Parque como Pirulo, con su intercambio de tebeos y cromos. Muy cerca de su puesto, trabajaba como camarero un popular autor de novelas policiacas de un diario vespertino, que firmaba naturalmente bajo seudónimo inglés, y al que las clientas trataban de sonsacarle el desenlace de la narración de turno. Las niñas jugaban a esconderse entre aquella vegetación salvaje de setos y arbustos y los chicos entraban una y otra vez en ellos para buscar el balón.

En los años 70 se inició la transformación. Tan sólo en parte de La Chopera y alrededores se mantiene el antiguo tipo de jardín agreste. El resto sigue hoy el modelo inglés de grandes praderas. La amplia visibilidad que permite ofrece, al menos en teoría, mayor seguridad pero ha restado lo que de melancólico y apropiado al «retiro» tuvo desde su creación, y esa diversidad de zonas que le permitía adaptarse al gusto de sus paseantes.

Rasgo peculiar de este jardín como se ha podido observar en su historia ha sido el amor a la Cultura en sus más variadas manifestaciones. Por eso desde que pasó al pueblo de Madrid, éste homenajeó a personajes ilustres: científicos, escritores, médicos, etc, con monumentos en su honor. Pues bien, en los años 70 se inició un giro inexplicable y comenzaron a dedicarse a militares americanos, héroes de la Independencia de sus países, convirtiendo el Retiro en una especie de centro reparador de hechos históricos.

Un acierto indudable fue el cierre al tráfico del Paseo de Coches en los años 80, que ha devuelto la tranquilidad al lugar. Tan sólo queda que las autoridades le presten la atención que merece por su historia y por lo que ha representado y representa para el pueblo de Madrid.

1. PUERTA DE LA INDEPENDENCIA
2. MONUMENTO A GONGORA
3. PUERTA DE HERNANI
4. TEMPLETE DE LA MUSICA
5. FUENTE DE LOS GALAPAGOS
6. CASA DE VACAS
7. PLAZA DE GALICIA
8. MONUMENTO HERMANOS ALVAREZ QUINTERO
9. MONUMENTO A CUBA
10. MONUMENTO AL GENERAL MARTINEZ CAMPOS
11. LAPIDA A HIPOLITO IRIGOYEN
12. GLORIETA DE LA SARDANA. MONUMENTO A MOSEN CINTO VERDAGUER
13. MONUMENTO A ALFONSO XII
14. ESTANQUE
15. FUENTE EGIPCIA
16. FUENTE DE LA ALCACHOFA
17. PUERTA DE ESPAÑA



VISITA DEL PARQUE

Recorrido I.

Puerta de la Glorieta o de la Independencia. —Monumento a Góngora. —Puerta de Hernani. —Plaza del Maestro Villa y Templete de la música. —Fuente de los Galápagos o de Isabel II. —Casa de Vacas. —Plaza de Galicia. —Monumento a los Hermanos Alvarez Quintero. —Monumento a Cuba. —Plaza de Guatemala: Monumento al general Martínez Campos. —Lápida a Hipólito Irigoyen. —Glorieta de la sardana: monumento de mosén Cinto Verdaguer. —Monumento a Alfonso XII. —Estanque. —Fuente Egipcia. —Paseo de la Argentina o de las Estatuas. —Puerta de España.

Puerta de la Glorieta o de la Independencia. En la popularmente conocida como Puerta de Alcalá, en la plaza de la Independencia, se halla una de las dos entradas principales del Retiro. Se construyó en 1885 utilizando varios elementos de la puerta que Juan de Villanueva había levantado para el Casino de la Reina. Tiene dos grupos de columnas y pilastras de órden dórico sobre las que descansan amorcillos. Por el paseo lateral izquierdo, antes de llegar a la Puerta de Hernani se encuentra el monumento dedicado al escritor

Luís de Góngora (1561-1627) Monolito en honor de este poeta cordobés, con relieves y versos de una de sus obras más famosas, la «Fábula de Polifemo y Galatea». Muy cerca la

Puerta de Hernani. Permite el acceso al Retiro por la calle de Alcalá. A su lado un paso subterráneo comunica directamente con la calle de Lagasca. Delante una plazoletita con dos bellas fuentes. La primera en un estanque con niño en bronce abrazado a un pez. La segunda, neoclásica, con cuatro ninfas que sostienen la taza mientras que a sus pies unos peces expulsan agua por la nariz.

Plaza del Maestro Villa. Ricardo Villa, nació en 1873. Fue compositor y director de orquesta. Desde 1909 dirigió la Banda Municipal de Madrid, creada entonces y con sus conciertos en el Retiro alcanzó gran popularidad. En el centro de la plaza se levantó en 1925 el quiosco de música, bajo la dirección del arquitecto municipal Luís Bellido, y en él se continuan celebrando los conciertos los domingos por la mañana. Al otro lado puede verse lo que aún queda de la antigua pista de patinar, que ha desaparecido y forma parte de la Casa de Vacas. Desde aquí contémplase al frente la

Fuente de los Galápagos o de Isabel II. Se construyó para celebrar el nacimiento de la Princesa, despues Reina Isabel II, y se inauguró el 10 de octubre de 1832. La trazó y dirigió José Mariátegui. Estuvo antes instalada en la Red de San Luís hasta que Urioste la llevó al Retiro a finales del pasado siglo. Tres gradas se levantan sobre un zócalo, formando una cascada con ovas y en el centro una columna con hojas acuáticas sostiene un tazón, de cuyo centro sobresale una caracola marina. Adornan la fuente cuatro niños sobre delfines, dos de los cuales enroscan la cola en el pie de la taza; otros cubren con la suya a los geniecillos y todos arrojan agua que corre por las gradas. Las dos ranas y los dos galápagos tienen

la particularidad de haber sido las primeras piezas de bronce fundidas en Madrid. Las esculturas son obra de José Tomás; la fuente es de granito y los delfines y niños de piedra caliza de Colmenar. En el paseo del Estanque que conduce al de Paraguay se encuentra la antigua

Casa de Vacas. Durante muchos años fue Pavillón, una conocida sala de fiestas. Recuperada ahora para actos culturales del Ayuntamiento. Se instaló en 1874 como lugar donde se despachaba la leche recién ordeñada. Tras contemplar la operación, el público se sentaba en un pequeño bar junto a los establos. Fue muy popular. A su lado estaba la Fuente de la Salud, famosa por sus aguas pero hoy desaparecida. A la izquierda del Paseo del Paraguay queda la

Plaza de Galicia. Decorada con una cruz de camino y un escenario para representaciones con la forma de una vieira. A su derecha, el Paseo de Colombia nos conduce al monumento dedicado a los hermanos

Serafín y Joaquín Alvarez Quintero. Comediógrafos costumbristas andaluces. Fue inaugurado en 1934, cuando aún vivían ambos. Al frente del monumento sus bustos tallados en bajorrelieve de mármol. Obra de los escultores Coullaut Valera, padre e hijo, la escena del balcón reproduce una de las muchas imágenes de su tierra con el señorito a caballo y la joven tras la reja.

Monumento a Cuba. En la Plaza de El Salvador, al final del Paseo de Colombia. Obra de Benlliure, Miguel Blay, Juan Cristóbal y Francisco Asorey. Formado por tres cuerpos, con pilones de granito en sus frentes. Planta de cruz con los brazos semicirculares y ejemplos en bronce de la fauna centroamericana. Del macizo emerge la proa de una carabela, obra de Benlliure. En plano superior, sentados y opuestos, la reina

Isabel y Colón, obras de Asorey. Como remate una alegoría de Cuba con gorro frigio, obra de Miguel Blay. El busto del general Gerardo Machado realizado por Benlliure no llegó a colocarse nunca y el pedestal quedó vacío. Iniciado en 1931 no se terminó hasta 1952, fecha de su inauguración. A la derecha, en la plaza de Guatemala se halla el

Monumento al General Martínez Campos. (1831-1900). Este general y político participó en las guerras carlistas, de Cuba, etc. Encabezó el pronunciamiento de Sagunto que restauró la monarquía en 1874. En medio de un estanque con patos se alza su monumento obra de Mariano Benlliure. El general aparece montado a caballo, sobre unas rocas. Delante del pedestal un trofeo en bronce y detrás, entre las rocas, escenas de la batalla de Castillejos. Se levantó por suscripción popular. Al fondo de la plaza se contempla el monumento de Alfonso XII. En el paseo que conduce a él se encuentra la placa a

Hipólito Irigoyen. (1850-1933) Presidente de la República Argentina entre 1916-1922. En 1917 instituyó como Fiesta nacional y Día de la Raza la fecha del Descubrimiento de América. Los españoles allí residentes regalaron al Ayuntamiento de Madrid una placa en bronce con el texto íntegro del decreto y el retrato en relieve del Dr. Irigoyen, los escudos de los dos países y la silueta del aborigen, sobre pedestal. Es obra de Rogelio González Roberts y se inauguró en 1928. Antes de llegar al Monumento a Alfonso XII, a la izquierda encontramos la

Glorieta de la Sardana. Se ha convertido en el centro de reunión de los catalanes residentes en Madrid los domingos por la mañana, cuando bailan tal y como han sido representados en el relieve de la fuente. Aquí se levanta, enfrente, la estatua de *Mosen Cinto Verdaguer.* (1845-1902) Fue un

Estanque y monumento a Alfonso XII en la actualidad.

gran poeta catalán autor de epopeyas como «La Atlántida» y «Canigó» y una de las figuras principales de la «Renaixensa» catalana. Desde aquí llegamos a la parte posterior del

Monumento a Alfonso XII. Se encuentra en el lugar que ocupaba el antiguo embarcadero. La iniciativa de su construcción partió de la reina regente doña María Cristina quién, para llevarlo a cabo, convocó concurso de proyectos entre todos los arquitectos y escultores españoles por un Real Decreto de 25 de febrero de 1901. La obra es un museo de escultura de ese tiempo al reunir trabajos de cuarenta y dos artistas de primera categoría. El autor del proyecto premiado, José Grases Riera, tardó muchos años en terminarlo.

Es una plataforma que se asoma sobre el estanque con balcones, antepechos, balaustradas y una escalinata curva que desciende hasta sumergirse en el agua, con peldaños circulares cortados en cinco partes por cuatro basamentos.

En el centro de la explanada general, se levanta una plataforma de planta octogonal, con varios cuerpos decorados con alegorías de la Historia representadas por figuras, medallones, inscripciones simbólicas, conmemorativas, etc. En sus frentes, grupos escultóricos de«La Paz», obra de Miguel Blay; «La Patria», de Querol; «el Progreso», de Trilles, y «La Libertad» de Aniceto Marinas. Sobre esta plataforma la estatua ecuestre de Alfonso XII en bronce, obra de Mariano Benlliure.

Al fondo destaca y enmarca el conjunto la doble columnata. Los cuatro pilares de sus extremos contienen grupos escultóricos y bajorrelieves representativos de «La Agricultura» de Alcoverro, «El Comercio», «La Industria» de José Clará, «El Ejército» de José Montserrat, «La Marina» de Mateo Inurria, «Las Ciencias» de Manuel Feijoo y «Las Artes» de José Bilbao y rematan sobre cúpulas, que sostienen la corona real.

En los pedestales laterales, junto a la escalera, entre varios leones destaca el «León encadenado con rosas y montado por un amorcillo», obra de Eusebio Arnau. Cuatro sirenas en bronce completan la decoración de la escalinata.

Estanque. Mide 250 x 125 metros, tiene forma rectangular y está limitado por una sencilla barandilla de granito y hierro forjado. El «gran vaso de agua de Madrid», «mar de bolsillo» o «reducción del inmenso Océano», como le llamaron Ramón Gómez de la Serna y Galdós conserva un público variopinto de artistas, estudiantes, jóvenes que hacen deporte en sus barcazas, echadores de cartas, medidores de tensión arterial, niños, etc. Han desaparecido las norias de sus esquinas, su isleta oval en el centro y se redujo con el monumento a Alfonso XII. Al lado norte se encuentra el embarcadero, de estilo clásico. Todavía sigue funcionando la motora «Puerta de Alcalá» que da la vuelta al estanque.

En el lado opuesto, entre dos quioscos de bebidas que hay al borde del estanque se halla la

Fuente Egipcia. Sirve de fachada a un depósito de agua y por eso pasa bastante desapercibida. Se concluyó en 1850 y sólo se conservan las dos esfinges laterales, falta el ídolo egipcio y la figura que la remataba. Sigue la moda orientalizante del siglo XVIII y se la conocía como «La tripera» por la vasija de agua que recuerda los vasos funerarios. Continuamos bordeando el estanque hasta llegar al Paseo de la Argentina, también conocido como

Paseo de las Estatuas. Remodelado durante la Regencia de Isabel II, formaba parte del antiguo Palacio. Se colocaron en él las estatuas de los reyes realizadas en el siglo XVIII por los escultores Juan Domingo Olivieri y Felipe Castro con la intención de que fueran colocadas en la balaustrada del Palacio Real, idea que se desechó. En la actualidad sólo hay

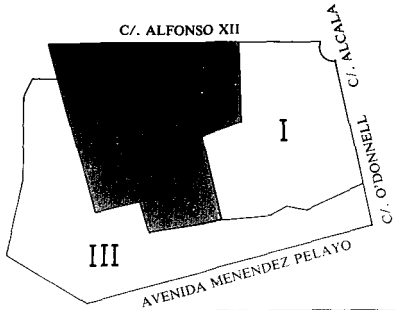
un pedestal vacío, el resto se encuentran en la plaza de Oriente. Es curioso el respetuoso tratamiento otorgado a los monarcas, ya que delante de su nombre figura siempre el «don». Desde el Estanque a la derecha: Doña Berenguela (+ 1246), Doña Urraca (+ 1126), Don García (+ 913), Don Enrique II (+ 1379), Don Sancho IV (+ 1295) obra de Francisco Boge, Don Fernando IV (+ 1312). A la izquierda: Don Sancho IV el Bravo, que antes se encontraba en la plaza de Hernani y que se ha colocado aquí repetida, Don Alonso I el Batallador, rey de Aragón (+ 1136), Don Chintila (+ 638) obra de Francisco Boge, Don Ramon Berenguer IV, conde de Barcelona (+ 1162), obra de Alonso Grana, Don Carlos II (+ 1700), Don Carlos I de España y V de Alemania (+ 1558), Don Gundemaro (+ 612), obra de Pedro Lázaro.

Puerta de España. Al fondo del Paseo de las Estatuas, frente a la calle de Antonio Maura. La realizó José Urioste, el mismo arquitecto que organizó la Puerta de la plaza de la Independencia y diseñó la verja que rodea gran parte del parque. Se terminó en 1893 y sigue el mismo estilo que las diseñadas, tiempo atrás, por Villanueva en la Casa del Labrador de Aranjuez y en el Casino de la Reina, de Madrid.

Flora. La Avenida de Méjico está bordeada de álamos, castaños de Indias, plátanos de sombra y falsas acacias. En el estanque de la entrada por la Puerta de la Independencia ninfas blancas y nenúfares. En la Puerta de Hernani castaños de Indias y sóforas. En la parte del Paseo de Coches junto al monumento de los Hermanos Alvarez Quintero la arboleda se compone de castaños de Indias, encinas, árboles del amor, ledischias, etc. En la Plaza de Guatemala hay grandes plátanos de sombra, cipreses recortados y laureles-cerezos. En el lado sur del Estanque, junto a la Fuente Egipcia olmos, castaños de Indias, sóforas y robinias. El Paseo de

la Argentina con arboledas de plátanos de sombra y castaños de Indias.

1. PUERTA DE FELIPE IV
2. PARTERRE
3. ESTANQUE DE LAS CAMPANILLAS
4. PASEO DE PARAGUAY. LAPIDA FCO. SOLANO
5. MONUMENTO A FRANCISCO MORAZAN
6. FUENTE DE LA ALCACHOFA
7. MONUMENTO A RAMON Y CAJAL
8. MONUMENTO A ANDRES ELOY BLANCO
9. PALACIO DE VELAZQUEZ
10. PALACIO DE CRISTAL
11. MONUMENTO A SANTIAGO CODORNIU
12. MONUMENTO A CARLOS M. CORTEZO
13. LA CHOPERA
14. PUERTA DE MURILLO
15. CERRILLO DE SAN BLAS. OBSERVATORIO ASTRONOMICO



15 ← CALLE DE ALFONSO XII

14 1 13 2 3 4 PASEO DE PARAGUAY 5 6 8 9 10 PASEO DE MENENDEZ PELAYO 7 11 12

Recorrido II

Puerta de Felipe IV. —Parterre. —Estanque de las Campanillas. —Paseo de Paraguay: lápida monumento a Francisco Solano. —Monumento a Francisco Morazán. —Fuente de la Alcachofa. —Paseo de Venezuela: Monumento a Santiago Ramón y Cajal. —Monumento a Andrés Eloy Blanco. —Palacio de Velázquez. —Palacio de Cristal. —Monumento a Santiago Codorniu. —Monumento a Carlos M. Cortezo. —La Chopera. —Puerta de Murillo. —Cerrillo de San Blas: Observatorio Astronómico.

Puerta de Felipe IV. En la calle Alfonso XII, frente al Casón, sirve de acceso al Parterre. Se construyó para la entrada de doña Mariana de Neoburgo, segunda esposa de Carlos II, a su llegada a la capital el año 1690.

Parterre. En el lugar donde estuvo el Ochavado en el siglo XVII con ocho calles radiales cubiertas. Proyectado por Robert de Cotte como parte de una reforma más amplia en los primeros años del siglo XVIII, que no se llevó a efecto porque los monarcas entonces prefirieron dedicar su interés a los jardines de La Granja. Con planta que imita la de una basílica, mantiene una perfecta simetría. Fue reformado en tiempos de Isabel II. Se repoblaron los setos de boj y se diseñó la fuente de los Tritones, dentro de una gran concha en piedra caliza. Gómez de la Serna comentó: «El Parterre, ese jardín de un corte de pelo especial, tiene una curiosa psicología; medio de cementerio, medio de parque de la reina..., va todos los días a la peluquería y huele a loción...».

Gracias a las lagunas que siempre ha padecido vive aún en la parte superior el conocido popularmente como «Cipres calvo» (Taxodium mucronatum). Tiene la particularidad de que pese a ser una conífera su hoja no es perenne y por eso se queda calvo en invierno.

En el muro de la derecha el busto del doctor dedicado a los niños, Angel Pulido, con un pequeño estanquito circular rodeando su pedestal. Enfrente el busto del doctor Benavente, también famoso pediatra, padre del escritor; fue construído por suscripción pública e inaugurado en 1886. En el centro, delante de la fuente de los Tritones se levanta sobre un pilar la alegoría en bronce del Teatro en honor del premio Nobel de Literatura (1922) Jacinto Benavente.

Estanque de las Campanillas. Fue el famoso estanque Ochavado del siglo XVII, con aves acuáticas, cisnes, gansos y patos, tenía dieciseis caños y en medio una torrecilla muy hermosa. La taza del estanque que se conocía como «de las campanillas» por el adorno chinesco está ahora desmochada y cubierta de líquenes.

En el lado izquierdo del Paseo del Paraguay se encuentra la

Lápida-monumento a Francisco Solano López. General del ejército paraguayo que luchó por la independencia de su país en el pasado siglo. Inaugurada el 14 de mayo de 1976 con asistencia de los ministros de Asuntos Exteriores del Paraguay y de España. Es un relieve en piedra, según boceto de Ramiro Rodríguez Alcalá, que reproduce el momento final del mariscal antes de morir en la batalla. La lápida en bronce es obra de Francisco Báez.

Francisco Morazán. (1792-1842) General y político hondureño defensor del federalismo en Centroamérica. Murió fusilado en San José. Se inauguró en la plaza de Honduras el año 1973 este monolito con un medallón en bronce en el que se reproduce el busto del general.

Fuente de la Alcachofa. Construída en tiempos de Carlos III. Situada primero en el paseo del Prado, hasta que en

La Fuente de la Alcachofa en la actualidad.

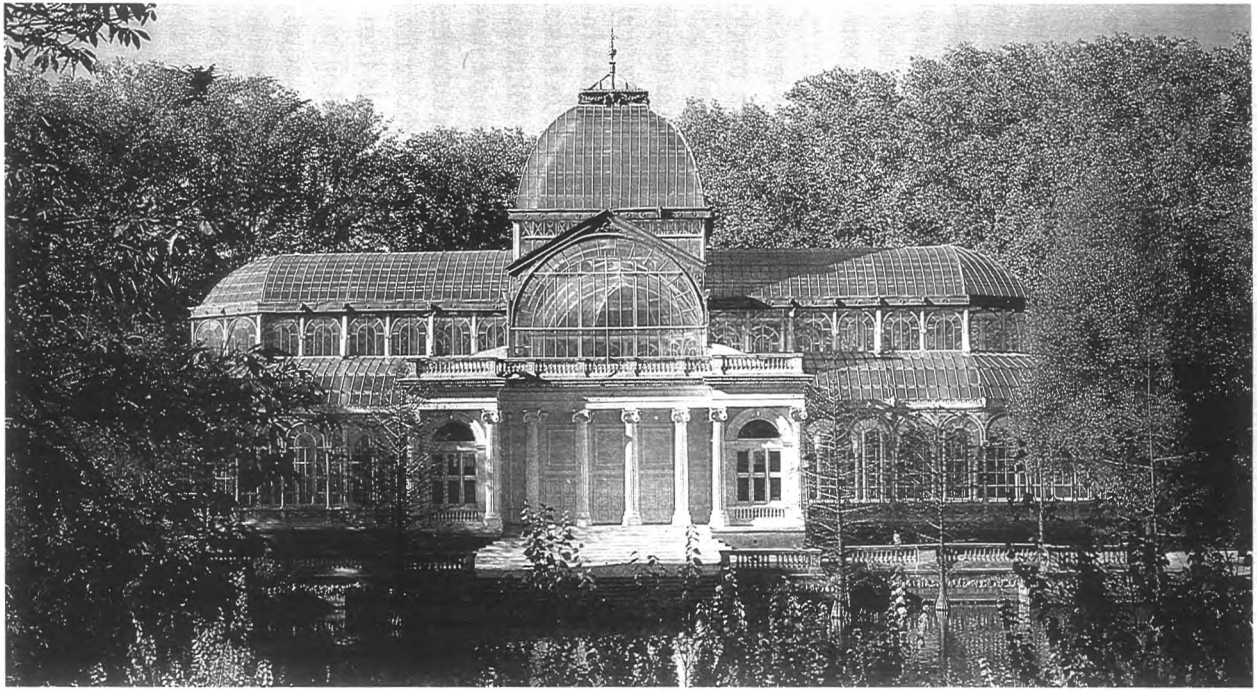
1880 se trasladó al Retiro por orden de José Urioste , director de Fontanería y Alcantarillado del Ayuntamiento. Su dibujo se debe a Ventura Rodríguez y su ejecución a los escultores Alfonso Vergaz y Antonio Primo. Una columna con las armas de Madrid es sostenida por una nereida y un tritón. Encima una taza sobre la que varios niños se agrupan bajo una alcachofa, de cuyo centro se eleva el surtidor. Construída en piedra de Colmenar.

Monumento a Santiago Ramón y Cajal (1852-1934). Médico e investigador español. Premio Nobel de Medicina en 1906. Su fuente monumento se levanta en el paseo de Venezuela. Obra de Victorio Macho, inaugurado el 24 de abril de 1926 con asistencia del monarca Alfonso XIII. La figura del científico, en el centro de un estanque cuadrangular, cubierta por un manto al estilo de las esculturas romanas. Tras él, en bronce, Minerva con una corona de laurel en la mano y en el fondo unos relieves alegóricos alusivos al principio y fín de la vida: la «Fons vitae» y «Fons mortis», de gran calidad. Esto opinaba la revista «Nuevo Mundo» sobre el monumento en 1933: «En plan de bañarse. Seguramente habrá quien piense: Pero este don Santiago, ¿no tendría baño en casa?». En el Paseo de Venezuela, en la acera de enfrente vemos

Monumento a Andrés Eloy Blanco (1897-1955) Poeta venezolano autor de «Poda» y «Barco de piedra» entre otras obras. El Ayuntamiento de la Villa y el Concejo Municipal de Caracas inauguraron este busto en bronce obra de M. L. Funes el 3 de julio de 1975.

A su espalda se levanta el

Palacio de Velázquez. El palacio de Exposiciones, o de Velázquez, está proximo al paseo de Venezuela y cercano al palacio de Cristal. Se realizó para la Exposición de Minería



El Palacio de Cristal en la actualidad.

en 1883 por Ricardo Velázquez Bosco que luego haría el Palacio de Cristal. Sigue en sus trazas las formas del Renacimiento. La fachada en ladrillo de dos colores, cubierta de cristal, basamento en piedra caliza y decoración de azulejería realizada por Daniel Zuloaga en los hornos de la Moncloa.

Palacio de Cristal. Inaugurado en 1887 como Pabellon-estufa en la Exposicion de Filipinas. Es la obra más bella en nuestro país de hierro y cristal; se refleja sobre el lago que con su surtidor central, patos, cisnes y la gruta lateral nos traslada a otro tiempo. Su autor fue el arquitecto Ricardo Velázquez Bosco y la estructura de hierro la fabricó Bernardo Asins.

La planta tiene semejanza con la cabecera de una iglesia gótica, con ábside, dos brazos y un deambulatorio a modo de girola. Una bella cúpula de cuatro paños sobresale por encima de las demás cubiertas. Los muros transparentes se apoyan en una esbelta arquería. Terminada la exposición el Gobierno decidió conservar esta bella obra y dedicarla a Museo Ultramarino. Los jardines que hay a su izquierda hasta la Rosaleda se habilitaron durante la Exposición de Filipinas imitando a los orientales, y se trajeron algunas tribus de malayos a vivir aquellos días en caserones de madera, caimanes auténticos en las praderas, serpientes... El escritor Victor Balaguer comentaba su encuentro con un antropófago y la tranquilidad que sintió al ver cerca a la Guardia Civil. Hoy tan sólo algún puentecillo y algún chamizo nos recuerdan aquella exposición. Allí se encuentran dos pequeños monumentos:

Ricardo Codorniu (1846-1923). Ingeniero de montes y esperantista. Busto de Pinazo Planes inaugurado en 1926, dedicado: «A Ricardo Codorniu, apostol del árbol»

Carlos M. Cortezo. (1850-1933). Catedrático y político. Bloque de piedra con perfil en relieve. Obra de Miguel Blay,

inaugurado en 1920. Emblemas de Esculapio en un lado y al otro niño desnudo sobre triple grada.

Cruzando el paseo del Ecuador llegamos a

La Chopera. Es conocida popularmente con este nombre por los árboles que la rodean. Fue un terreno abandonado hasta tiempos de Alfonso XII; el monarca lo habilitó para entrenar la Sociedad Hípica Española con obstáculos, fosos, vallas, etc. Ya en 1907 se trasladaría al Hipódromo y entonces se aprovechó el lugar para sede de la Exposición de Industrias Nacionales, que instaló sus pabellones de estilo modernista bajo los chopos y que han desaparecido lamentablemente. En la actualidad el Instituto Municipal posee zona acotada con campos de deportes. Al fondo se abre la

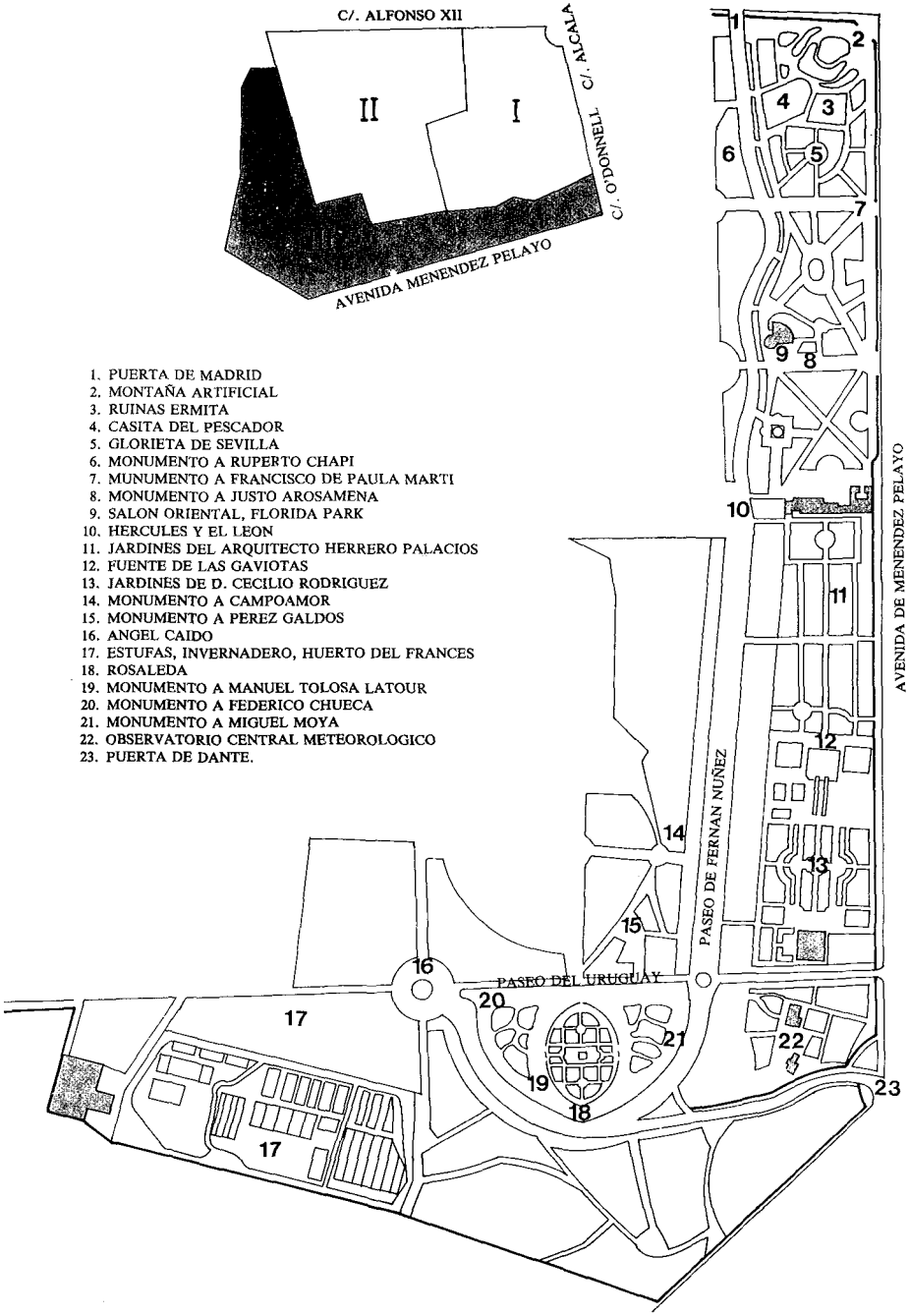
Puerta de Murillo. Entrada desde Alfonso XII. Formada por un cuerpo con dos pilastras de granito y varios adornos en piedra caliza, entre los que se ve a la Fortuna con el pie sobre la rueda. Si se continúa por lo que fue antiguo cementerio, y hoy una de las pocas zonas que se conserva con vegetación agreste, llegamos a la Puerta del Angel Caido, donde recientemente se inauguró un busto en honor a Pío Baroja. Por el número 3 de la calle Alfonso XII se accede al Cerrillo de San Blas. En él se encuentra el

Observatorio Astronómico. El edificio está construído a 312 pies sobre el nivel del Manzanares. Forma el cuerpo central un paralelogramo rectángulo. Es muy bello el pórtico trazado por Villanueva en la parte sur y el templete de forma circular, con 16 columnas exentas de granito, de 17 piés de altura, que se eleva en el centro del edificio.

Flora. En el Parterre, jardín de estilo francés, con olmos podados y setos de aligustres, macizos de bolas de nieve, olmos, castaños de Indias, magnolios, robinias, laureles. En

la glorieta norte el árbol más famoso de Madrid, el taxodium mucronatum. Tras el monumento a Jacinto Benavente un hermoso fresno y una banda de cipreses enanos. Hay tambien en el Parterre un ejemplar del árbol de amor o árbol de Judas que al llegar el mes de mayo adquiere un bello color rojo asalmonado. Alrededor del estanque del Palacio de Cristal álamos blancos, sauces, eucaliptos, plátanos de sombra. Entre el Palacio de Cristal y el de Velázquez en los grandes cuadros ejemplares de pinos carrascos, cedros del Atlas, laureles, cerezos, aligustres del Japón, castaños de Indias, plátanos de sombra, álamos blancos. La Chopera, trazado clásico con figuras geométricas, caminos rectos de arena con pequeñas plazas que bordean los «cuadros» llenos de vegetación de arboleda y cañas, que dan la sensación de misterio. Hay especies mezcladas chopos, sóforas, olmos, robles, almeces, arces, gleditsias, tejos, castaños y plátanos, con algunos ejemplares de cedros, aligustres, pinos y encinas.

Fotografía del Parterre desde el interior del Retiro hacia la calle Alfonso XII.


C/. ALFONSO XII
C/. ALCALA
C/. O'DONNELL
AVENIDA MENENDEZ PELAYO
II
I
1. PUERTA DE MADRID
2. MONTAÑA ARTIFICIAL
3. RUINAS ERMITA
4. CASITA DEL PESCADOR
5. GLORIETA DE SEVILLA
6. MONUMENTO A RUPERTO CHAPI
7. MUNUMENTO A FRANCISCO DE PAULA MARTI
8. MONUMENTO A JUSTO AROSAMENA
9. SALON ORIENTAL, FLORIDA PARK
10. HERCULES Y EL LEON
11. JARDINES DEL ARQUITECTO HERRERO PALACIOS
12. FUENTE DE LAS GAVIOTAS
13. JARDINES DE D. CECILIO RODRIGUEZ
14. MONUMENTO A CAMPOAMOR
15. MONUMENTO A PEREZ GALDOS
16. ANGEL CAIDO
17. ESTUFAS, INVERNADERO, HUERTO DEL FRANCES
18. ROSALEDA
19. MONUMENTO A MANUEL TOLOSA LATOUR
20. MONUMENTO A FEDERICO CHUECA
21. MONUMENTO A MIGUEL MOYA
22. OBSERVATORIO CENTRAL METEOROLOGICO
23. PUERTA DE DANTE.
AVENIDA DE MENENDEZ PELAYO
PASEO DE FERNAN NUÑEZ
PASEO DEL URUGUAY

Recorrido III.

Puerta de Madrid. —Paseo de Fernán Núñez o de coches. —Montaña artificial. —Ermita del Retiro. —Casita del Pescador. —Monumento a Fr. Pedro Ponce de León. —Glorieta de Sevilla. —Ruperto Chapí. —Monumento a Francisco de Paula Martí. —Monumento a Justo Arosamena. —Salón oriental, hoy Florida Park. —Hércules y el león. —Jardines del Arquitecto Herrero Palacios. —Fuente de las gaviotas. —Jardines de don Cecilio Rodríguez. —Monumento a Ramón de Campoamor. —Monumento a Benito Pérez Galdós. —Angel Caído. —Estufas, Invernadero, Huerto del Francés. —Rosaleda. —Monumentos a Manuel Tolosa Latour, Federico Chueca y Miguel Moya. —Observatorio Central Metereológico. —Puerta de Dante Alighieri.

Puerta de Madrid. Diseñada en el último tercio del siglo XIX por José Urioste, sirve de entrada por la calle de Alcalá al paseo del duque de Fernán Núñez, más conocido como Paseo de coches.

Paseo de Fernan Núñez. Construido por iniciativa del duque de Fernán Núñez, se inauguró en 1874. Rodea el parque en parte, puesto que llega hasta la glorieta del Angel Caído, con una derivación que conduce hasta la calle de Alfonso XII. A lo largo de sus avenidas laterales numerosos monumentos decoran el paseo. Aquí se han celebrado misas de campaña, carreras de motos, ferias del libro, etc. Aún permanece en el centro un islote con un pino y un cedro, que fue el lugar de cita preferido por los madrileños del pasado siglo que los conocían como «los Torenos», en honor del político. Equivalían a nuestro actual kilometro 0 de la Puerta del Sol.

Montaña artificial. Se encuentra entre las puertas de Madrid y de O'Donnell. Construida en tiempos de Fernando VII

como parte de su «Jardín reservado». Cubierta de hierbas y arbustos, su interior está hueco y revestido de mampostería y al pie hay un estanque en forma de ría con patos, gansos y peces. En la cúspide, cuando se construyó, había una casa rústica o persa, en forma de gabinete-observatorio. Su sillería tenía aspecto de estar hecha con cortezas de árbol y «daba la ilusión de verse transportados a los mágicos salones persas». Desde allí se distinguía, mediado el siglo, la estación de ferrocarril y los pueblos vecinos, algo hoy sorprendente. En la parte posterior hay una noria de algún mérito por la media naranja que la cubre, decorada hoy su fachada con pinturas de estilo pompeyano.

Se ha conocido como Montaña rusa, de los gatos, la escribanía, etc.

Ermita del Retiro. Sobre un pequeño montículo se encuentran los restos de una antigua ermita dedicada a San Pelayo y San Isidoro, levantada extramuros de Avila en 1232. Tras la Desamortización, un filántropo, don Emilio R. de Nicolau la regaló al Estado y la trasladó a Madrid por su cuenta, a los jardines del actual Museo Arqueológico. Pasó al Retiro en 1897, sin que la intención de Cánovas de que fuera reconstruída se haya llevado a efecto. Junto a estos restos se instaló otro posterior y que no tiene ninguna relación: se trata de un arco ciego, sostenido por cuatro columnas con una ventana cuadrada y un óculo.

Casita del Pescador. Muy cerca de la Montaña artificial.

Rodeada de estanque con patos, gansos y peces de colores. Fue en tiempos de Fernando VII uno de los gabinetes de descanso en su jardín reservado. Al otro lado del Paseo el monumento a

Fray Pedro Ponce de León (1520-1584). Monje benedictino nacido en San Salvador de Oña (Burgos). Monumento

La Casita del Pescador, uno de los restos de la época de Fernando VII.

dedicado por la Asociación de sordomudos, a quienes enseñó con su método oral. Obra de Iglesias Regio, inaugurado en 1920. Se le representa enseñando a hablar a un niño sordomudo. En el lado opuesto del pilar una inscripción dedicada a Juan Pablo Bonet (1560-1620?), «inventor de la reducción de las letras y arte de hablar a los mudos».

Cerca de la Casita del Pescador la

Glorieta de Sevilla. Se inauguró coincidiendo con la primera Feria de la Planta y de la Flor. Decorada con bancos revestidos de azulejos sevillanos, un murete con hornacinas para libros inexistentes y la imagen de la Virgen de los Reyes; al pie, una pequeña fuente de estilo andaluz. Al otro lado del Paseo el monumento a

Ruperto Chapí (1851-1909). Músico. Obra póstuma de Julio Antonio, inaugurado en 1921. Realizado en arenisca, Chapí aparece en pose intelectual, semidesnudo y sedente. A sus espaldas la Música española con mantilla, peineta y una Victoria alada en las manos. Al descomponerse tuvo que sustituirse la piedra por bronce, encargado a Eduardo Capa. Los cuatro pilares y basamentos son de granito.

Llegamos a la Puerta de América, frente a la calle de Menorca, allí se encuentra el monumento a

Francisco de Paula Martí Mora (1761-1827). Valenciano. Autor del método de Taquigrafía española. Busto sobre pedestal, con fondo adintelado y una inscripción latina de Marcial. Se hizo por acuerdo del IV Congreso Hispano-Americano Filipino de Taquigrafía. En el Retiro desde 1961 y en el lugar actual desde 1968.

Justo Arosamena. (1817-1896). Defensor de la Independencia frente a Colombia. Busto y lápida de Laiz Campos, en el Paseo de Panamá frente al Florida Park, fue inaugurado en 1978.

Salón Oriental, hoy Florida Park. Levantado en tiempos de Fernando VII, más tarde sirvió de sede a la Sociedad Colombófila y desde hace años es una conocida Sala de fiestas.

Hércules y el león. En el Paseo de Fernán Núñez, delante de la antigua Casa de Fieras. Pertenece al grupo de las llamadas por Gómez de la Serna «estatuas recatadas» de las que hay bastantes en el Parque, por ejemplo la Diana Cazadora de la placita frente al monumento a los Quintero, o el grupo de la isleta central del Paseo. Aquí Hércules mete la mano en el boca del león de Nemea, dice Ramón, «como si buscase algo».

Jardines del arquitecto Herrero Palacios. Al trasladarse la Casa de Fieras a la Casa de Campo esta zona se transformó, y se dedicó al que durante muchos años ha sido responsable del Parque y uno de los arquitectos más prestigiosos de Madrid, autor entre otras obras de la Fuente de la Plaza de la República Argentina y del Centro Cultural de la Villa.

En estos jardines se encuentran las Oficinas de Parques y Jardines del Ayuntamiento.

Se han conservado algunas jaulas , los estanques con patos y el foso de los osos. Se ha asfaltado el piso en tono rojizo que contrasta con el tono de los laureles recortados que decoran el paseo, muy concurrido por los juegos infantiles allí instalados. Hay una copia reducida de la famosa Pajarera de tiempos del Conde-Duque de Olivares.

Fuente de las Gaviotas. Donada por la Embajada Noruega en Madrid. Sirve de entrada a los jardines de Cecilio Rodríguez desde los de la antigua Casa de Fieras.

Jardines de Cecilio Rodríguez. (1865-1953) Fue durante cuarenta años Jardinero mayor del Ayuntamiento. Dispuso que se pagara, ya en este siglo, una cantidad mínima por

entrar a la Casa de Fieras y jardines y pudo así enlosar el camino central, instalar arbustos y adecuar las jaulas. En la actualidad son una continuación de los jardines de su sucesor, Herrero Palacios. Se conserva la magnífica decoración con arcos de hierro, pérgolas cubiertas por ramajes y estanques. Junto al muro, a la izquierda, se encuentra el busto dedicado, en 1949 por el Ayuntamiento de Madrid al autor de estos jardines, obra de J. Algueró.

Al fondo un cenador cubierto donde se celebran los actos sociales del Ayuntamiento. Una verja de hierro con dos puertas deja aislado el lugar durante la noche y cuando el municipio celebra recepciones. En el siglo XIX estaba aquí el famoso «baño de la elefanta», explotado por un particular que en las horas en que no era ocupado por su propietaria lo alquilaba para bañar a los perros por medio real.

Si cruzamos al otro lado del paseo vemos el

Monumento a Ramón de Campoamor (1817-1901). Escritor autor de las famosas «Doloras», «Humoradas» y pequeños poemas que se representan en bajorrelieve. Inaugurado en 1914, obra de Lorenzo Coullaut Valera. Las tres figuras femeninas junto al poeta , abuela, hija y nieta, evocan una de sus composiciones. A un lado un pedestal con el «Gaitero de Gijón». Falta la figura del otro pedestal que correspondía a «¡Quién supiera escribir!». Entrando un poco llegamos a la Glorieta de Pérez Galdós donde se encuentra su estatua

Benito Pérez Galdos. (1843-1920). Escritor nacido en Las Palmas pero afincado en Madrid y uno de los mejores novelistas españoles. Su estatua, obra de Victorio Macho. Se inauguró en 1919, con asistencia del homenajeado, que falleció pocos meses después. Se le representa ya en sus últimos años en un sillon con patas leoninas y cubierto por una manta.

Cruzando por lo que queda de aquellos jardines hechos para la Exposición de Filipinas llegamos a la Glorieta del Angel Caído.

Angel Caído. Aquí estuvo antes la ermita de San Antonio de los Portugueses y más tarde la Fábrica de Porcelana «de la China», como era conocida. En 1880 se instaló la fuente del Angel Caído, obra de Ricardo Bellver y dirección técnica de Urioste. La realizó estando pensionado en Roma y mereció el primer premio de la Exposición Internacional de París, en 1878. Representa a Luzbel expulsado del Paraíso con la serpiente enrosacada en su cuerpo. Madrid es, al parecer, la única capital que ha dedicado un monumento al diablo.

Lo que se ve enfrente en el lado opuesto son las

Estufas o *Viveros, el Invernadero* y el *Huerto del Francés.* Aquí se cultivan las flores de temporada. El gran invernadero fue un regalo hecho por el anterior Duque de Alba al municipio madrileño. En el llamado «Huerto del francés» están depositados los restos de los monumentos madrileños. Por el Paseo de Coches se llega a

La Rosaleda. Aquí estuvo desde 1883 la estufa invernadero que regaló el marqués de Salamanca para aclimatación de plantas exóticas hasta los años 30 de este siglo. En 1914 el alcalde Carlos Prats propuso la idea al Ayuntamiento de realizar una Rosaleda al estilo de la de la Bagatelle de París, creada por Nicolas Forestier. Realizada por D. Cecilio Rodríguez, se la llamó en principio «Rosería» hasta que Mariano de Cavia censuró el término desde «El Imparcial» y se la bautizó como «Rosaleda». Las rosas que se cultivan, junto a las del parque del Oeste, son las más bellas de la capital. Hay varios monumentos en sus alrededores. En la parte opuesta al Paseo de Coches los de:

Manuel Tolosa Latour (1857-1919). Médico. Fundó el Instituto Biológico. Tuvo aficiones literarias, fue redactor de «El Diario Médico» y fundador de varias revistas sobre la infancia. Consiguió que en 1904 se aprobara la Ley de Protección a la Infancia. Casó con la actriz Elisa Mendoza. Su escultura es un busto en piedra. Una matrona romana eleva a su hijo desnudo y le ofrece una corona de laurel. El grupo es obra de José Ortells.

Federico Chueca Robles (1846-1908). Busto del músico sobre un pedestal enano. En la parte próxima al Paseo la estatua de

Miguel Moya (1856-1920) Periodista, director del diario «El Liberal». Fue presidente de Asociación de la Prensa. Su estatua es obra de Benlliure en 1928. A los lados del busto dos chicos de la Prensa. Al otro lado del Paseo, tras una zona libre para los perros, el

Observatorio Central Metereológico. Comenzó siendo una simple torre telegráfica en 1856. En 1870 la Dirección general de Estadística solicitó del Ayuntamiento la azotea para instalar un Observatorio Geodésico y en 1888 se instaló el Instituto Central Meterológico y Geográfico Estadístico.

Puede continuarse el paseo por una zona de rocallas, de gran belleza cuando se creó pues estaba dedicada a plantas vivaces, pero hoy abandonada y salir a la calle Menéndez y Pelayo por la

Puerta de Dante Alighieri. Se le dedicó al poeta italiano (1265-1321) con relieves en bronce de su obra más famosa «La Divina Comedia» y el busto del autor.

Flora. En el primer tramo del paseo de Coches con praderas amplias, alineaciones de laureles, magnolios y plátanos,

agrupaciones de olmos, chopos y palmeras, algunos ejemplares de almeces, pinos y gleditsias. En la zona de los Jardines de Don Cecilio alineación de cedros, de plátanos y de pinos piñoneros en sus extremos y algunos ejemplares de álamos blancos, gleditsias, olivos, abetos y cipreses. Alrededor de la Rosaleda hay un seto de ciprés que la separa de los paseos. En ellos grandes ejemplares de fotinias, arbolitos de hojas perennes con hojas apiñadas en el extremo de las ramas, que da flores blancas. Algunos árboles de Júpiter, matas de fuego en forma de matorrales en el borde del Paseo de Coches. En el lado del Angel Caído hay un bosquecillo de pinos de Alepo. En la zona entre los dos Observatorios espacios asilvestrados con restos del antiguo encinar y algunos fresnos, almeces, eucaliptos, cedros y acebos.

BIBLIOGRAFIA

Arboles del Retiro. Madrid. Ayuntamiento. 1985. 245 págs.

Azcárate, José María. "Anales de la construcción del Buen Retiro", en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños,* I, Madrid, 1966, págs. 99-137.

Brown, J y J. H. Elliot. *Un palacio para el rey. El Buen Retiro y la corte de Felipe IV. Madrid.* Revista de Occidente y Alianza Editorial. 1985.

Caturla, María Luisa. *Pinturas, frondas y fuentes del Buen Retiro.* Madrid. Revista de Occidente. 1947. 50 págs.

Corral, José del. "Las ermitas del Buen Retiro", en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños,* XXIII, 1986, págs 27-35.

Chueca, Fernando. *El semblante de Madrid.* Madrid. Revista de Occidente. 1951.

Fernandez de los Ríos, A. *Guía de Madrid, Manual del madrileño y del forastero.* Madrid. La Ilustración Española y Americana. 1876. 830 págs.

Sánchez Beltran, María Jesús. *La porcelana del Buen Retiro de Madrid en el Museo Arqueológico de Madrid.* Madrid. Universidad Complutense. 1987. 2 vols. (Colección Tesis Doctorales).

Simón Palmer, María del Carmen. "El Cerrillo de San Blas", en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños,* IX, 1973, págs 117-27.

Tobajas, Marcelino. "Documentos del Archivo de Palacio: Ocupación del Retiro por los franceses. La destrucción del Real Sitio", en *Reales Sitios,* 1977, núm. 52 y 53.

Vidal Boix, Carlos. *Guía de recursos pedagógicos en Madrid y sus alrededores.* Madrid. CSIC. 1977, págs. 367-407 (Flora del Retiro)

Archivo del Palacio Real de Madrid.

INDICE TOPOGRAFICO

Aguaducho de la Canuta, 79.
Alcachofa (Fuente), 116.
Alfonso XII (Monumento), 110.
Aligheri, Dante (Puerta), 132.
Alvarez Quintero, Serafín y Joaquín (Monumento), 107.
Angel Caído (Monumento), 131. V. Ermita de San Antonio de Padua y Fábrica de Porcelana.
Angustias, Nuestra Señora de las (Ermita), 41-42, 62.
Antonio, San (Barrio), 36, 46.
Antonio de Padua, San (Ermita), 18, 25-26.
Antonio de los Portugueses, San (Ermita). V. Antonio de Padua.
Aparicio (Puerta), 52.
Argentina (Paseo). V. Estatuas (Paseo).
Arosamena, Justo (Monumento), 128.
Baño de la Elefanta, 67.
Benavente, Dr. (Busto), 116.
Benavente, Jacinto (Monumento), 116.
Blanco, Andrés Eloy (Monumento), 118.
Blas, San (Cerrillo), 44-45, 82-84, 101-102.
Blas, San (Ermita), 19-22.
Bosque, 55-56.
Botillería, 67.
Bruno, San (Ermita), 24, 56.
Buen Retiro (Jardines), 80-82.
Campanillas (Estanque), 116. V. Ochavado.
Campoamor, Ramón (Monumento), 130.
Casa de Aves, 66-67.
Casa de Fieras, 66, 88-92.
Casa de Vacas, 79, 107.

Casón, 11, 33.
Cementerio, 42.
Cementerio de pájaros, 85.
Coches (Paseo). V. Fernán Núñez (Paseo).
Codorniu, Santiago (Monumento), 120.
Contrabandista (Gabinete), 66.
Cortezo, Carlos M. (Monumento), 120.
Cristal (Palacio), 120.
Cuba (Monumento), 107-108.
Chapí, Ruperto (Monumento), 128.
Chopera, 121.
Chueca, Federico (Monumento), 132.
Egipcia (Fuente), 111.
Ermita, 126.
Escuela, 67-68.
España (Puerta), 112.
Estanque, 16, 18, 31-33, 57, 70-73, 79, 80, 92-94, 111.
Estatuas (Paseo), 111-112.
Estufas, 131.
Felipe IV (Puerta), 115.
Fernán Núñez (Paseo), 18, 74-78, 92, 125.
Florida Park. V. Salón oriental.
Galápagos (Fuente), 106-107.
Galicia (Plaza), 107.
Gallinero, 15, 30.
Gaviotas (Fuente), 129.
Glorieta (Puerta). V. Independencia (Puerta).
Góngora, Luís de (Monumento), 106.
Hércules y el león (Monumento), 129.
Hernani (Puerta), 106.
Herrero Palacios (Jardines), 129.
Huerto del Francés, 131.
Independencia (Puerta), 105.
Invernadero, 131.
Irigoyen, Hipólito (Monumento), 108.
Isabel II (Fuente). V. Galápagos (Fuente).
Isidro, San (Ermita), 25.
Jardines reservados, 63, 73.
Jerónimo, San (Ermita), 25.
Juan, San (Ermita), 24.
Leonera, 15, 31, 54.

Madrid (Puerta), 125.
María Egipciaca, Santa (Ermita), 26-28.
Martí Mora, Francisco de, 128.
Martínez Campos, General (Monumento), 108.
Montaña artificial, 125-126.
Morazán, Francisco (Monumento), 116.
Moya, Miguel (Monumento), 132.
Murillo (Puerta), 121.
Museo del Ejército, 12.
Nieve (Pozos), 39.
Nuevo (Barrio), 46.
Observatorio Astronómico, 48-51, 121.
Observatorio Central Metereológico, 132.
Ochavado, 14. V. Parterre.
Oriental (Salón), 64, 129.
Pablo, San (Ermita), 22.
Pajarera, 15.
Palacio, 10-13, 29-30.
Palomares, 55-56.
Parterre, 14, 57-59, 63, 115-116. V. Ochavado.
Pérez Galdós, Benito (Monumento), 130.
Pescador (Casita), 126.
Pobre (Gabinete), 64.
Ponce de León, Pedro (Monumento), 126.
Porcelana (Fábrica), 26, 40, 45-48.
Pulido, Angel (Busto), 116.
Ramón y Cajal, Santiago (Monumento), 18, 118.
Rodríguez, Cecilio (Jardines), 129-130.
Rosaleda, 131.
Ruínas, 126.
Sardana (Glorieta), 108.
Sevilla (Glorieta), 128.
Solano, Francisco (Monumento), 116.
Templete de la Música, 106.
Tívoli, 69.
Tolosa Latour, Manuel (Monumento), 132.
Velázquez (Palacio), 118-120.
Verdaguer, Jacinto (Monumento), 108-109.
Villa, Maestro (Plaza), 106.

SUMARIO

El Retiro, Parque de Madrid 7

Siglo XVII 9
Los orígenes. La creación del Palacio. Los jardines. Su nacimiento. El agua: canales y estanques. Riego de los jardines. Las ermitas: ermita de San Blas, ermita de San Pablo, ermita de San Juan, ermita de San Bruno, ermita de San Jerónimo, ermita de San Isidro, ermita de San Antonio de los Portugueses, ermita de Santa María Egipciaca. El público. Diversiones.

Siglo XVIII 35
La llegada de los Borbones al Buen Retiro. Nuevo orden impuesto por Felipe V. Los jardineros: su vida en el interior del Buen Retiro. Ermita de Nuestra Señora de las Angustias. El cementerio. La Ilustración en el Buen Retiro. El Cerrillo de San Blas. La Fábrica de Porcelana. El Observatorio Astronómico. Los visitantes de este tiempo y sus problemas de vestuario. Diversiones. La técnica como recreo.

Siglo XIX 61
La invasión francesa del Sitio. El regreso de Fernando VII: Jardín reservado. Café y botillería. La escuela. El Tívoli. El inicio de la devastación. Diversiones. De Buen Retiro a Parque de Madrid. Paseo de Coches. Entretenimientos del Parque. Los "Jardines del Buen Retiro". El Cerrillo de San Blas.

Siglo XX 85
Casa de Fieras. El Paseo de Coches. El estanque. Los guardas. La institutriz. Pobres vergonzantes. Los novios. Minifalderas de los años 20. Vendedores. Los suicidas. Pájaros. El Cerrillo de San Blas. El Retiro actual.

Visita del Parque.

Recorrido I 105
Puerta de la Glorieta o de la Independencia. —Monumento a Góngora. —Puerta de Hernani. —Plaza del Maestro Villa y Templete de la música. —Fuente de los Galápagos o de Isabel II. —Casa de Vacas. Plaza de Galicia. —Monumento a los Hermanos Alvarez Quintero. —Monumento a Cuba. —Plaza de Guatemala: Monumento al general Martínez Campos. —Lápida a Hipólito Irigoyen. —Glorieta de la sardana: Monumento de mosén Cinto Verdaguer. —Monumento a Alfonso XII. —Estanque. —Fuente Egipcia. —Paseo de la Argentina o de las Estatuas. —Puerta de España.

Recorrido II 115
Puerta de Felipe IV. —Parterre. —Estanque de las Campanillas. —Paseo de Paraguay: lápida monumento a Francisco Solano. —Monumento a Francisco Morazán. —Fuente de la Alcachofa. —Paseo de Venezuela: Monumento a Santiago Ramón y Cajal. —Monumento a Andrés Eloy Blanco. —Palacio de Velázquez. —Palacio de Cristal. —Monumento a Santiago Codorniu. —Monumento a Carlos M. Cortezo. —La Chopera. —Puerta de Murillo. —Cerrillo de San Blas:Observatorio Astronómico.

Recorrido III 125
Puerta de Madrid. —Paseo de Fernán Núñez o de coches. —Montaña artificial. —Ermita del Retiro. —Casita del Pescador. —Monumento a Fr. Pedro Ponce de León. —Glorieta de Sevilla. —Monumento a Ruperto Chapí. —Monumento a Francisco de Paula Martí. —Monumento a Justo Arosamena.— Salón oriental, hoy Florida Park. —Hércules y el león. —Jardines del Arquitecto Herrero Palacios. —Fuente de las gaviotas. —Jardines de don Cecilio Rodríguez. —Monumento a Campoamor. —Monumento a Pérez Galdós. —Angel Caído. —Estufas, Invernadero, Huerto del Francés. —Rosaleda: Monumentos a Manuel Tolosa Latour, Federico Chueca y Miguel Moya. —Observatorio Central Metereológico. —Puerta de Dante Alighieri.

Bibliografía 135

Indice topográfico 137

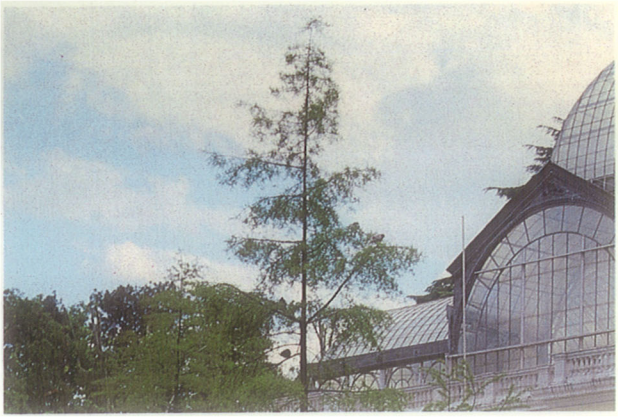
BIBLIOTECA BASICA DE MADRID

«Madrid, 1561. La capitalidad»
José del Corral.

«La Castellana, escenario de Poder»
Francisco Azorín e Isabel Gea.

«El Manzanares. Río de Madrid»
José M.ª Sanz García.

«El Retiro. Parque de Madrid»
M.ª Carmen Simón Palmer.



El Retiro es el parque con más historia de Madrid. Desde su creación, cuando los Reyes recorrían sus canales en barco o cazaban en el bosque hasta hoy, muchas cosas han pasado en él.
Se trata de recordar la vida de sus jardineros, las fiestas y también las épocas de crisis, sus monumentos ya desaparecidos y los actuales. La suerte de haber tenido visitantes tan ilustres como Baroja, Galdós, Arniches, Gómez de la Serna, etc., nos permite ofrecer entrañables retratos, salidos de sus plumas, de algunos tipos de madrileños característicos del parque.

ISBN 84-87290-17-5

9 788487 290176

BIBLIOTECA BASICA DE MADRID

EDICIONES LA LIBRERIA